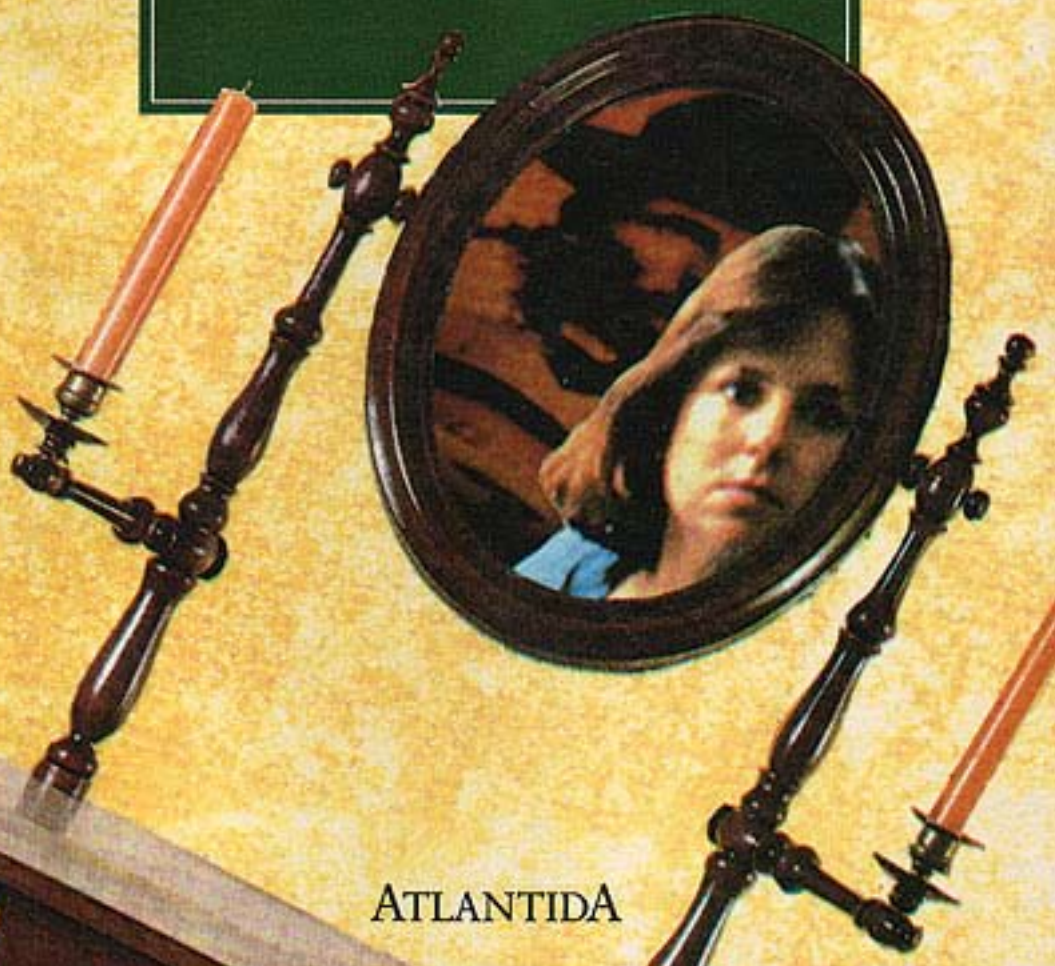


VOCES DEL PLATA

# LA DOBLE VIDA

LUISA  
PELUFFO



ATLANTIDA

***LA  
DOBLE VIDA***

**LUISA  
PELUFFO**

**EDITORIAL ATLÁNTIDA  
BUENOS AIRES**

**A Pablo Juan,  
al camino compartido**

# ÍNDICE

---

- I. LA FAMILIA PAPA FRITA – HUEVO FRITO
- II. MALA PRAXIS
- III. EL TOTO VA PRIMERO
- IV. EL VIEJO SAN ROMÁN
- V. LA LAGUNA DE LUGONES
- VI. VOLVERÁN
- VII. RAJÁ TURRITO, RAJÁ
- VIII. UN AIRE NUEVO
- IX. LA NOVIA DE ORIENTE
- X. CHILLARÉ
- XI. TRAGO AMARGO
- XII. ÚRSULA
- XIII. EL CORAZÓN DE UNA MADRE
- XIV. LA VIDA ES SUEÑO
- XV. DESPIERTA MI BIEN, DESPIERTA
- XVI. DE JOSÉ HERNÁNDEZ A SIGMUND FREUD
- XVII. ARTE DE MAGIA
- XVIII. CENIZAS, NADA MÁS
- XIX. FLAUBERTIANO
- XX. MONJA CON CHAPARRÓN
- XXI. FICCIÓN, REALIDAD

I

---

*LA FAMILIA PAPA FRITA-HUEVO FRITO*

Las primeras noticias que yo tuve de los San Román fueron a través de Cipriano Argentino Mirola.

Según él, Gregorio había tenido una hermana, Joaquina, entregada a una ocupación insólita: los pesebres de Navidad. Aplacaba esta pasión recortando imágenes de cuanto diario o revista caía en sus manos. Las pegaba sobre cartón y las reclutaba a los nacimientos que, además de los consabidos Reyes Magos, pastores, ovejas y ángeles sobrevolando montañas de arpillera salpicadas de harina, alojaban tractores, elefantes, políticos, estrellas de cine y objetos varios.

En Mallín del Gringo, un bajo pantanoso bautizado así, me dice Cipriano, porque aquí, a orillas del río, Butch Cassidy se detuvo a dar agua a su caballo, la reputación de los San Román es más que dudosa. Les dicen “la familia papa frita – huevo frito”, por su evidente inepticia respecto al más elemental ejercicio del arte culinario, falencia que enmiendan comprando pizzas y empanadas en el bar del pueblo, o cocinando lo único que saben: papas fritas y huevos fritos.

La propiedad que pomposamente llaman “La Estancia” es un predio abandonado en el que alguna vez, en épocas mejores, Vanessa Calfupán (la primera mujer de Gregorio) cultivó una huerta y regentó un tambo.

Ahora, lo único que sobrevive a esos esplendores es un gallinero ruinoso.

La muerte de Vanessa provocada por un quiste hidatídico, hecho que los San Román siempre invocan para justificar su dieta (dicen que contrajo el mal por empeñarse en comer crudas las verduras de su huerta), instauró esa dejadez que Francisca (la actual y legítima mujer de Gregorio según Cipriano) nunca logró disipar.

- La Vanessa, que le dio dos hijos, fue la concubina nada más. Mire qué injusticia. Cipriano se moría por contarme más cosas de los San Román:

- Mire Sofia, usted podría escribir una novela...

- No, no me cuente más – lo frené -, que entonces no me divierte escribir.

Ya había oído lo suficiente y prefería dejar el resto a mi imaginación. Aunque no creo que me haya comprendido porque me miró con cierto desprecio, como lo debe de haber mirado a Henry James (salvando las distancias) ese amigo que empezó a contarle “una historia” y que el escritor hizo callar al cabo de unas frases.

Pero no pude atajarlo y mientras lo escuchaba hablar de la hermana de Gregorio iba modificando mentalmente su relato:

Joaquina y Gregorio San Román eran idénticos. Esto, que desde un punto de vista estrictamente físico podría haber sido considerado por ella como un agravio, la conmovía.

- Somos igualitos – solía proclamar con idiotez fanática y voz singularmente estridente.

Al oírla, Francisca (la mujer de Gregorio), con sorprendente dominio guardaba silencio. La temible voz de su cuñada ejercía una especie de efecto hinóptico sobre ella. La paralizaba.

Dados estos antecedentes ni ella ni su marido quisieron indagar, y mucho menos aventurar, una explicación al interés de Cristian Gabler por Joaquina. A lo sumo manifestaron cierta aprensión. Más tarde, al conocerlo, comprendieron que dominaba el arte de conciliar lo inconciliable y que, como en el tango, le daban lo mismo Don Bosco y la Mignon, Biblia y calefón.

En materia de literatura tenía sus debilidades sin embargo; leía simultáneamente “Hamlet” y “El ventrílocuo y la muda” de un tal Samuel Ros. Prefería a este último. – Es más cachondo – decía.

Cristian Gabler no pertenecía a esa categoría de gringos inexpresivos que hablan poco y mal. Con notable determinación él hablaba mucho y mal.

Había vivido unos cuantos años en España, pero no medía las distancias que separan a Madrid de un pueblo perdido en la Patagonia, e insistía en piroppear a las mujeres de Mallín del Gringo, cuya proverbial hosquedad se traducían en previsibles insultos. De Joaquina se enamoró cuando ella le endilgó un airado: “¡Tilingo!” La palabra le fascinó:

- Me ha respondido con algo que suena a campanillas – le oyeron musitar encantado. Pero lo cierto era que alguien se interesaba por Joaquina, hembra incolocable, si las hay; y, aunque al decir de Gregorio San Román ese alguien no era más que un aventurero de poca monta, milagros así no sólo no se investigan sino que se favorecen, por lo que invitó al candidato a pasar un fin de semana en “La Estancia”.

El único comentario de Francisca San Román al enterarse fue que nadie, ni siquiera su marido, podía arrogarse el derecho a desafiar ciertas leyes de la naturaleza; y según su opinión estas leyes habían decretado solterona a su cuñada desde el día de su nacimiento.

Hasta llegó a aventurar como muy probable que Joaquina hubiera emergido del vientre de su madre: “Igualita a como es ahora, con flequillo y anteojos”.

La idea que Cristian Gabler tenía de la duración de un fin de semana no coincidió con la que al respecto tenían los San Román; llegó antes de lo previsto y se fue recién el día de su casamiento, dieciséis meses después.

Durante esa memorable estadía en “la Estancia” todos descubrieron que al futuro marido de Joaquina no había que atenderlo o distraerlo. Se atendía y distraía él solo. Hablaba.

Y el tema de toda su conversación era Cristian Gabler.

Cristian Gabler era fuente de incesante interés para Cristian Gabler.

Los relatos que hizo de sus andanzas provocaron en los San Román cierta apática resignación que los identificó solidariamente con Joaquina. Pero sólo en parte, porque ella fue la única que, sin parpadear, celebró esas historias.

De todas maneras, en un momento dado, todos se sintieron víctimas de Cristian

*Gabler y el abismo que habían creído los separaba de Joaquina ya no les pareció tan profundo, ni el sonido de su voz tan definitivamente insoportable.*

*Por primera vez, al influjo de la desgracia común, casi se sintieron atraídos por ella.*

*Sin embargo, cuando Cristian Gabler le pidió que se casara con él, Joaquina, ante la consternación general, contestó que no.*

*A partir de aquel momento, y sin abandonar “La Estancia”, él siguió insistiendo con inflexible regularidad. Experimentaba cierta agradable melancolía cada vez que ella lo rechazaba.*

*Fue tal vez una de las épocas más felices de su vida; tenía un objetivo. Inalcanzable, pero objetivo al fin.*

*Los San Román comenzaron a impacientarse.*

*- ¿Y ésta quién se cree que es? – murmuraban cada vez que el huésped, despechado, emprendía la retirada, aunque sólo hasta su habitación.*

*- ¿Viste que tu hermana no es normal? Si sigue así, sin darle artículo, lo va a hartar al pobre hombre – dictaminó Francisca San Román.*

*- El que está harto soy yo – bufó su marido, cuya solidaridad hacia Joaquina se había esfumado por completo. Antes de que apareciera Cristian Gabler había creído que a nadie podía caberle mayor aflicción que tener una hermana como la suya. Había descubierto su error.*

*Había descubierto a Cristian Gabler y a la posibilidad de tenerlo como cuñado.*

*Había descubierto además que tampoco sabía cocinar.*

*Y ahora, al persistir ella en su temeraria negativa, no sólo descubría la convivencia con Cristian Gabler; ahora vislumbraba la posibilidad de que esa convivencia fuera eterna.*

*Pero una tarde, al cabo de dieciséis meses, Joaquina respondió con un inesperado sí a la rutinaria propuesta de su enamorado; y si bien éste la había hecho más por hábito que por convencimiento, ya era tarde para echarse atrás.*

*Al principio Cristian Gabler se mostró entusiasmado con la novedad de su estado civil y aplicadamente aprendió a hacer arroz con leche y bifés a la criolla; pero cuando poco tiempo después del casamiento comprendió que su esposa no era la rica heredera que había imaginado, optó por una suerte de pasiva y amable indiferencia hacia ella y su familia.*

*- Por lo menos es rubio y aquí eso siempre impacta – le comentó Gregorio San Román a su mujer cuando logró que lo contrataran en la estafeta postal. Pero Cristian Gabler rechazó desdeñosamente ese privilegio alegando que un empleo de esas características le impediría dormir la siesta.*

*Gregorio San Román siempre había tenido la difusa sensación de que los gringos no le gustaban; dicha intuición se convirtió, a partir de aquel momento, en certeza absoluta.*

*Elegido por la fortuna a pesar de todo, Cristian Gabler acertó en la compra de un billete de la lotería provincial. Nadie, y mucho menos los San Román, supo cuánto había ganado y se fabularon las más variadas cifras y versiones. Lo único evidente fue que la hazaña le permitió concordar con su vocación de tarambana de raza. A partir de aquel momento Cristian Gabler modificó sus hábitos y no pernoctó más en su casa.*

*En vano Joaquina intentó extorsionarlo; de nada valieron promesas, amenazas o arrumacos, a los que sucedían languideces e intempestivos llantos que en las tardes*

*enjugaba escuchando por la radio una historia áspera y extrema; un relato dramático, en cuyos personajes vibraba la emoción del amor atormentado bajo el dominio de las más violentas pasiones.*

*Influenciada por “Corazón sediento”, así se llamaba el radioteatro, comenzó a inquietarse: ¿Qué clase de sentimientos albergaba hacia ella ese hombre? ¿Derramaría abundantes lágrimas en el hipotético caso de que ella falleciera víctima de alguna enfermedad misteriosa y fatal?*

*Entonces probó con las enfermedades. Las tuvo de todo calibre, aspecto y duración. Combinó dolorosas púrpuras con folclóricas culebrillas; repugnantes verrugas con malignas fiebres y deambuló en camión por la casa vacía declamando con su voz estridente el poema que amenazadoramente recitaba, cada tanto, la protagonista de “Corazón sediento”:*

*“La tierra llamaba al río  
y el río quería llegar.  
Había una tierra sedienta  
y un río impaciente y ancho  
y en la noche y en el día  
se miraban tierra y río  
sin tocarse y sin llegar  
y las gentes se decían  
el día que ellos se encuentren  
¿qué pasará?...  
La tierra llamaba al río  
el río se hacía esperar  
y en la noche y en el día  
se miraban tierra y río  
sin tocarse y sin llegar...”*

*Pero Cristian Gabler se mostraba escéptico. El sólo había llegado a la conclusión de que, sana o enferma, Joaquina era indestructible.*

*Y porfiada.*

*Seducida ante la visión de un Cristian Gabler arrodillado a los pies de su ataúd, llorando convulsivamente, como siempre lloran los hombres en los radioteatros, no se conformó con imaginar su propio velorio; lo dramatizó, convirtiéndose así en la precursora del happening.*

*La víspera de Navidad de ese primer, azaroso año de matrimonio, después de vestirse con su traje de novia, espolvorear su cara con talco y peinar prolijamente su flequillo, se acostó en la cama, las manos piadosamente cruzadas sobre el pecho y custodiada por doce cirios encendidos.*

*No previó, o tal vez sí, quedarse dormida; ni tampoco que Cristian Gabler esa noche regresaría completamente borracho.*

*Todas las versiones coinciden en suponer que al entrar en su casa y toparse con Joaquina yaciendo nívea en medio de la docena de cirios, su discolo marido no dudara de que por fin había ocurrido lo increíble.*

*Aquello que sólo había vislumbrado en algún rapto de glorioso optimismo; y que, mientras la observaba con mirada entre impotente y fascinada, ella de repente despertara*

*y se sentara en la cama emitiendo un desalentador bostezo.*

*Este habría sido, según los San Román, el momento fatal en que Cristian Gabler con aturrido horror trastabilló, derrumbándose con tanta mala suerte que su nuca golpeó, así dijeron, contra un mortero de piedra que todavía existe y que desde entonces fue bautizado: “el mortero del pobre Cristian”. Pero no faltaron voces perversas afirmando que Cristian no pudo disimular una irrefrenable alegría al presumir que Joaquina había muerto y que, en consecuencia, ella le estrelló el mortero en la cabeza.*

*Lo cierto es que a partir de la desgracia Joaquina enmudeció, y nadie acertó a explicar si esto obedeció al impacto emocional, a una determinación autopunitiva, o si simplemente ella resolvió que era la mejor solución a fin de no tener que aclarar nunca el episodio.*

*A Gregorio San Román no le afligió en absoluto la muerte de su cuñado. Nunca le perdonaría el desplante antilaboral. Alguien le oyó decir que lo peor de su hermana había sido casarse con ese inútil y lo mejor haber logrado desembarazarse de él con singular rapidez.*

*Por lo demás, el hecho de que se acallara el terrible sonido de su voz, no sólo no le preocupó, sino que lo consideró un regalo del cielo; y celebró lo que calificó de decisión ejemplar que todas las mujeres deberían seguir, y cuyas innegables ventajas lo impulsaron a albergarla nuevamente en su casa con el mortero fatal. Una vez allí la viuda reanudó silenciosamente su antigua pasión por los pesebres de Navidad. Esta vez en homenaje al desdichado Cristian.*

*Anteriormente, los pesebres siempre habían ocupado dimensiones lógicas, como el interior de una chimenea; pero ahora Joaquina había agotado todas las chimeneas y la familia desistido de desarmarlos; ella los reproducía de inmediato con maniática obstinación. Inocentes, desbordaban sus reductos tradicionales, avanzando sobre la casa con la ciega e inexorable determinación de la que sólo es capaz un ejército o una lunática.*

*Acosados, los San Román le adjudicaron una de las habitaciones más grandes; allí, recluida, ella pasaba los días en medio de un pesebre multitudinario y cambiante. En ocasión de un viaje de Gregorio a la capital, su mujer lo convenció de que llevara con él a su cuñada.*

- Ya llenó este cuarto también - anunció a modo de justificación.*
- Tírele todo o nos va a tapar de nuevo – ordenó él sin titubear.*
- Preferiría hacerlo mientras ella está con usted en Buenos Aires. En una de esas allá recupera el habla.*
- Dios nos libre – contestó él.*
- Distraerse la haría bien. Llévela al Teatro Colón – insistió ella.*
- No me gusta la ópera – masculló Gregorio San Román vencido de antemano.*
- Pero a ella sí, y además le zurcirá las medias y le hará papas fritas y huevos fritos.*
- No seas bruta Francisca – Gregorio San Román siempre la tuteaba cuando se irritaba – allá hay restaurantes.*
- No importa – se obstinó ella -, quien sabe qué porquerías les van a dar de comer en esos lugares.*

*Y Joaquina hizo papas fritas y huevos fritos y también zurció las medias de su hermano en Buenos Aires, y además se le murió en la mitad de una función del Teatro Colón.*

*Aunque más tarde Gregorio San Román lamentaría el arrebató, en ese momento una indignada aflicción le dictó el siguiente telegrama a su mujer:*

*“Estúpida. Joaquina se murió de emoción. Va cadáver. Gregorio.”*

*Ella no se inmutó. Inmediatamente después de leer esas palabras contestó:*

*“Estúpido usted. La naturaleza es sabia. Francisca.”*

El laconismo de ambos fue compensado por Cipriano Argentino Mirola que, rebosando orgullo, me dio a leer la hoja amarillenta de un remoto “Noticias del Mallín” con una semblanza de Joaquina redactada por él que empezaba así:

“Bajo el imperio de una ineludible ley humana, vengo aquí, con la lámpara votiva de mi pensamiento enlutado, a arrodillarme ante la tumba de Joaquina San Román, Vda. de Gabler, ese exquisito ser que acaba de abandonarnos en la culminación de una vida...”.

- Vea Sofía – agregó interrumpiendo mi maravillada lectura – usted no lo va a creer, pero semblanzas como éstas fueron mis primeras armas en el periodismo.

Lo miré y decidí que nunca le daría a leer mi versión de la historia de Joaquina.

Anotación al margen:

Podría escribir una novela que comenzara con la historia de Joaquina; su hermano Gregorio sería uno de los protagonistas.

Otro personaje podría ser Vanessa Calfupán, la mujer que le dio dos hijos a Gregorio, y también Francisca, que se casa con él unos años después de la muerte de Vanessa.

En cuanto a Joaquina y Cristian Gabler ya se murieron y me parece que no tendrán mayor participación de aquí en adelante.

También está Cipriano Argentino Mirola, periodista local, que me provee datos sobre los San Román; pero no sé si incluirlo como personaje.

Localización: Mallín del Gringo, pueblito turístico, zona patagónica.

Temporalidad: la acción del episodio de Joaquina transcurre en la década del 40 al 50. Ella puede haberse casado con Cristian en el 41 o 42 y morir en el 50.

## II

---

### *MALA PRAXIS*

“Además, le decía a Emma, ¿qué se arriesga? Fíjese (y enumeraba con sus dedos las ventajas de la tentativa): éxito casi seguro, alivio y embellecimiento del enfermo, celebridad inmediata para el cirujano. ¿Por qué su marido, por ejemplo, no querría liberar a ese pobre Hippolyte, del “*Lion d’or*”? Tenga en cuenta que no dejaría de contar su curación a todos los viajeros, y además (Homais bajaba la voz y miraba a su alrededor) ¿quién me impediría enviar al Diario una pequeña nota? ¡Y un artículo circula... Se habla... Y eso termina por hacer una bola de nieve! Y quién sabe... Quién sabe...”

Gustave Flaubert - *Mme. Bovary*

No le comenté a Cipriano que mis primeras y únicas armas en el periodismo fueron hace diez años, a fines de los sesenta cuando una importante editorial decidió lanzar al mercado una revista semanal que competiría con *Primera Plana*. No hacía mucho los argentinos habíamos padecido La Noche de los Bastones Largos en que fue intervenida la universidad y sus alumnos y profesores apaleados por la policía; nadie imaginaba que todavía faltaba la de los Lápices.

*Primera Plana* era un semanario con formato copiado del *Time* que combinaba cierta elíptica agresividad con un tono sofisticado y pseudointelectual. Tenía éxito porque desmantelaba muchos mitos, pero al mismo tiempo creaba otros.

Conseguí trabajo en su presunta rival, la nueva revista; allí se alineaba la *intelligenza* de “izquierda” que era algo así como muchos gatos en una misma bolsa maullando una jerga de diván y LSD. Todos se psicoanalizaban, atesoraban en sus casas el legendario afiche del Ché y se sentían frustrados porque ni en sueños lograban sobrepasar los demoledores índices de venta de *Primera Plana*.

- ¿No te analizás? - comprobaron un día espantados.

- No - musité sintiéndome como una infiltrada súbitamente descubierta.

- Sos una mujer de las cavernas - y a partir de entonces me exhibieron como a un fenómeno. A mí me sorprendía que gastaran tanto tiempo y tanta plata para escuchar, en el mejor de los casos, conclusiones bastante obvias.

Una vez, una amiga de esa época me confesó que cuando iba al sicoanalista éste se pasaba toda la sesión mudo y ella también.

- ¿Cómo?

- El dice que la que tengo que hablar soy yo, pero yo pienso que él es el que tiene que bajar línea, para eso le pago ¿no te parece?

Estuvieron así como dos meses. Al final le propuse que en vez de dilapidar su sueldo se comprara un Sylvester.

- ¿Qué es eso?

- Un muñeco de fibra de vidrio que parece una persona.

Viene con ropa o desnudo. En Yanquilandia lo usan para simular acompañantes o guardaespaldas. A vos te convendría encargar uno y vestirlo de sicoanalista - le dije - te va a salir más barato y podés objetivar igual.

No sé si me hizo caso.

Mi primer día de trabajo en la nueva revista, el Secretario de Redacción me indicó la dirección de la Casa de la Cultura de Villa Lugano donde se llevaría a cabo una conferencia de prensa por parte de ACTE (Asociación Civil de Tecnología Espacial) con el tema: “Cinco años de realizaciones y sueños”.

Me envió allí tanto como para desalentar a la pendeja de Barrio Norte. Pero no contaba con mi masoquismo. Un mediodía tórrido me trepé a dos colectivos e irrumpí en el salón de la Casa de la Cultura de Villa Lugano donde un señor, arriba de un estrado, vociferaba en nombre de ACTE por no haber recibido nunca apoyo económico y no haber sido invitado jamás a ningún lanzamiento de cohetes.

Un fanático destello iluminó sus ojos cuando se enteró de que había una periodista. Con renovados bríos me acorraló contra un mapa estelar y pasó a detallarme lo realizado por la institución durante sus cinco años de existencia.

Aparentemente de 67 cohetes lanzados habían tenido 16 fracasos totales y 22 fracasos parciales llegando a alturas superiores de la atmósfera.

Aunque no entendía nada, escribí el informe compenetrada con los problemas económicos y discriminatorios que padecía el ACTE. Después me enteré que en la redacción habían llorado de risa al leerlo, convencidos de que lo había escrito en joda.

Adquirí prestigio. Ahora, el hecho de no analizarme era algo sofisticado, original. Pero en sus relaciones laborales la *intelligenza* de izquierda era tan cagadora como la de derecha.

- Che Sofia, tenés que ir con Beto (Beto era el fotógrafo) y entrevistar a este pintor español en su taller - me dijeron una vez, dándome una tarjeta con un nombre y una dirección. El nombre era Oscar Rivera y el taller quedaba en Córdoba al 3600. Allí partimos con Beto.

Oscar Rivera nos mostró entusiasmado sus acrílicos y Beto sacó muchas fotos; la noticia iría en colores, prometí, tal como me había asegurado el Secretario de Redacción.

Cuando presenté el informe pregunté:

- ¿Va a salir o no? Porque es bueno lo que hace este tipo.

- Sí, sí, no te preocupés, vamos a tratar de que salga algo en el próximo número.

Pero el próximo número apareció sin la nota de Oscar Rivera que empezó a llamarme por teléfono y a invitarme a salir con un tono conspirativo, como si se ocultara de alguien. Yo aceptaba con culpa porque la nota estaba tardando demasiado en aparecer.

Cuando, una tarde, en el Museo de Bellas Artes, Oscar Rivera me dijo que me parecía a Ingrid Bergman, me asusté.

Al día siguiente, en la redacción, me confirmaron lo que me temía:

- Esa nota no va. Fue una experiencia piloto, para ver cómo te manejabas en ese tema.

- ¿Y?

- Andás mejor en Ciencia y Técnica. Tenés buen olfato para rastrear ese tipo de información. No pude articular palabra; pensé en Oscar Rivera y quise desaparecer, cambiar de identidad. Pero como soy masoquista salí con él y le canté la justa.

- Ahora me gustas más que antes - me dijo - eres tan auténtica y, quieres que te diga una cosa mujer, para mí lo más importante de todo esto es habernos encontrado.

- ¿Y tu mujer? - le pregunté yo, sin el menor sentido de la oportunidad, porque la había conocido y me caía simpática.

- Mira guapa, eso a ti no te incumbe; ahora sólo quiero hablar de nosotros.

Oscar Rivera siguió insistiendo durante un tiempo pero además de una mujer, a la que no pensaba dejar, tenía dos hijos y ya eran tres contras gordas; después se volvió a España y no volví a verlo.

Comencé a trabajar para Ciencia y Técnica; mi trabajo, como el de cualquier principiante era de notera. Yo hacía un informe sobre un tema que pudiera resultar de interés científico o técnico y que incluía entrevistas a sus protagonistas y a los especialistas, ese material lo entregaba al redactor quien escribía la versión final.

Por lo general a los protagonistas y/o especialistas no les gustaba la versión final y, lo que es peor, me la atribuían a mí.

Descubrí además que en las revistas todo es “seudo” y que los temas “seudocientíficos” que les interesaba que yo investigara eran éstos:

“La jueza correccional C... condenó al médico cirujano plástico K... a dos meses de prisión en suspenso y a un año de inhabilitación para ejercer la profesión por “mala praxis” en la implantación de una prótesis luego de recetar un tratamiento que no arrojó

mayores resultados.

El paciente dijo que, consciente de su problema sexual, trató con los médicos K y X y se acordó la operación quirúrgica de implante peniano, realizada finalmente en marzo de 1966.

K prescribió al paciente 30 días de abstinencia sexual luego de la operación a la que consideró exitosa.

Concluido ese plazo el paciente realizó una serie de experiencias y concluyó que, sexualmente, quedó peor que antes de la operación por cuanto presentaba el síndrome SST, consistente en la flaccidez del tercio distal del pene, por no haberse cumplido con los requisitos de medición de los cuerpos cavernosos, y un error en la colocación de la prótesis, que llevó a decaimiento con formación de “gorro frigio”. Los médicos dijeron al paciente que se trataba de un problema psicológico, y le dieron algunas pastillas, a la espera de alguna mejoría.

El paciente realizó interconsultas con otros médicos y entendió que había sido víctima de “mala praxis” por lo cual realizó la correspondiente querrela criminal, al recordar que los médicos K y X le aconsejaron la operación señalando que no había ningún riesgo y le aseguraron la solución total de su problema sexual.

La jueza C... al resolver la situación de los médicos acusados comprobó que K implantó una prótesis no adecuada con lo cual provocó una serie de lesiones que determinaron la realización de una nueva intervención quirúrgica a fin de que retomara la actividad.

Recalcó la jueza que según los peritos médicos hubo “un erróneo tamaño de la prótesis colocada por K, siendo la conducta del médico culposa y susceptible de sanción penal”

Pedí el pase a Culturales. Se apiadaron de mí y me mandaron a hacer una nota en el teatro San Martín; allí lo conocí a mi marido. Debía entrevistar al elenco de Macbeth que se estaba por estrenar.

Esta vez me tocó Paco Sánchez de redactor; yo lo admiraba como poeta y aún hoy me siguen gustando sus poemas. Era un tipo encantador; siempre andaba de impermeable, a lo Marlowe y le gustaban las orquestas viejas de tango: Maglio, De Caro, Arolas, Firpo... Se había copado todo con una colección de tangos que tenía mi hermano y siempre me hablaba de eso. Pero cuando salió la nota yo me quería morir, le había cambiando el nombre al actor principal. Después me enteré que se trataba de una pequeña maldad porque su ex mujer, una actriz, lo había dejado por ese actor.

Al tiempo me harté del periodismo y sus pequeñas miserias; no me dejaba tiempo para escribir y contaminaba mis relaciones con las personas. Me di cuenta de eso cuando empecé a ver a la gente que me rodeaba sólo en función de una posible nota. Tal vez ésa era una de las razones por las que todos mis compañeros se psicoanalizaban: la necesidad de amortizar cierta inconfesable culpabilidad por tanto manoseo.

Ahora el Secretario de Redacción y algunos redactores están exiliados; hay dos desaparecidos y Paco murió en su ley, el año pasado, en un contexto que no tiene nada que envidiarle a la novela negra. Sorprendido por la policía mientras viajaba en un automóvil junto a otras personas, ordenó a sus acompañantes que huyeran mientras él los protegía abriendo fuego.

Consumidas sus municiones se mató ingiriendo la pastilla de cianuro que todo miembro de la organización Montoneros lleva encima para no caer vivo en manos de la cana.

Nuevo:  
CONOZCA A SYLVESTER  
un rudo y silencioso acompañante que la protegerá  
durante las 24 horas

Una mujer joven maneja de noche por una remota ruta de California; sus tres adormecidos compañeros están hundidos en los asientos. De pronto un camión ruge en la oscuridad y trata de echársele encima. La mujer grita despertando a sus acompañantes que se incorporan alarmados. Viendo que su víctima no está sola, el hombre del camión se aleja.

Este aterrador incidente fue la inspiración para el novedoso Sylvester: un muñeco portátil que parece vivo y disuade a los delincuentes por su fuerte y masculina apariencia.

### SEIS PIES DE MÚSCULO MACHO

Un corpulento muchacho; Sylvester es una reconfortante presencia en su auto. El compañero ideal para mujeres solas, enfermeras nocturnas, de edad madura o impedidas, o cualquiera que tenga que viajar de noche por lugares peligrosos.

De cualquier ángulo que se mire parecerá que su auto tiene más de un ocupante y que esa segunda persona es un fuerte varón.

Siente a Sylvester cerca de una ventana para que sea visible desde afuera y su presencia protegerá su casa o negocio mientras usted no está.

Sylvester también puede cuidar su quiosco, estación de servicio, casa de fin de semana o barco.

Sylvester es fácilmente transportable. Está hecho de fibra de vidrio y plástico de alta resistencia y pesa muy poco.

Su ruda apariencia no es casual. La áspera y agrietada barbilla, la mandíbula cuadrada, su firme expresión y anchos hombros telegrafían a los delincuentes que éste es un hombre a evitar.

Para completar su realismo, la cabeza, los brazos, los hombros y muñecas de Sylvester son totalmente articulados y puede ser ubicado en cualquier posición. Sus manos pueden agarrar objetos para simular que está leyendo o escribiendo. Está balanceado para sentarse en butacas de vehículos, sofás o sillas.

### GUARDAESPALDAS CON MUCHAS IDENTIDADES

Las orejas de Sylvester le permiten llevar anteojos de sol o recetados y usted puede modificar su edad o su raza con cosméticos; también puede dibujarle líneas faciales, agregarle bigotes o barba y cambiar la peluca incluida.

Viene con una remera gris y pantalones oscuros pero, según la ocasión, puede vestirlo de sport o ponerle un esmoquin.

Lo que usted jamás logrará es que Sylvester cambie una cubierta de su auto o le haga el amor.

Tampoco habla, aunque esto tal vez sea una ventaja. De todos modos usted puede hacer de cuenta que es sordomudo.

### III

---

## *EL TOTO VA PRIMERO*

Hoy mis planes deberían haber sido seguir con la historia de los San Román (todavía no se me ocurre ningún título) en lugar de eso estoy trepada al Citroën intentando hacer arrancar el motor helado; un grado, acaba de informar la radio y la presión en descenso ¿nevará o quedará en lluvia? De todas maneras se supone que aquí nieva en julio y no a principios de mayo.

Inútil, la batería no da más. Habrá que empujar. El título es lo de menos; lo peor es que la editorial me está reclamando el primer borrador de una novela que me comprometí a escribir y todavía no la empecé. ¿Quién me manda meterme en estas cosas? Manejar cincuenta kilómetros para llegar a un lugar perdido en el mapa porque propuse un ciclo de talleres literarios en distintas escuelas. La directora, Yolanda Monterroso de Mirola, sólo me pidió una charla titulada pomposamente: “El hecho literario” (Yolanda es la mujer de Cipriano).

- Me interesa que usted, como escritora, desarrolle ese tema - me dijo.

Arrancó, no lo puedo creer; es un milagro ¿Por qué no me quedé en el molde? No, tuve que sugerirle lo de los talleres porque es imposible explicar cómo se escribe un libro, y mucho más un buen libro. Según Patricia Higsmitth, maestra del suspenso, eso hace que la profesión del escritor sea apasionante: la constante posibilidad de fracasar. Alentador.

Estoy viendo el auditorio: un salón de actos gris, ocupado por unos cuantos adolescentes con cara de abatimiento.

Ustedes no saben lo que yo padecí en la escuela a su edad; la odiaba y además está nevando; en mayo. Puedo imaginar la cara de Yolanda Monterroso de Mirola escuchando eso desde su guardapolvo almidonado, porque serán las primeras palabras de mi charla.

¿Y este camión? ¿De dónde salió? A ver qué le pintó... FRENÁ GIL QUE EL TOTO VA PRIMERO...

- Mirá Toto, si freno con este hielo me voy a la mierda y teniendo en cuenta que toda acción predestinada al fracaso me atrae, mejor alejate.

En voz alta, estoy hablando en voz alta y además me estoy yendo en digresiones. Debe ser una venganza de Sterne por no haber terminado de leer Tristram Shandy. - Pero ¡qué estás haciendo animal!

Sí, qué estás haciendo en vez de pensar en lo que les vas a decir a esos chicos dentro de un rato. Eso, doblá sin avisar Toto y que yo me estrole. Titular en el “Noticias del Mallín”: “ESCRIBIR ES UNA TENTATIVA INÚTIL”. Subtítulo: “Escritora local arrollada por camión de Toto”.

De todas maneras vivir es una actividad condenada al fracaso desde el vamos; tiene su seducción sin embargo el jodido latir y desgastarse por tiempo indeterminado. Y dentro de ese panorama escribir, por ejemplo: “La noche está estrellada, y tiritan, azules, los astros, a lo lejos...” No, nada de Neruda; “nada de Neruda”, parece un juego de palabras. Escribir, por ejemplo, las historias de los San Román; inventarlas de cabo a rabo a partir de los datos que me tira Cipriano puede ser una tentativa en medio del desgaste. Historias que se van desgranando, que adquieren forma en un eterno rehacerse, o requechos de historias que van surgiendo de un borrador interminable.

Anotación al margen:

Creo que Flaubert me hubiera desaconsejado escribir una novela basada, justamente, en unos personajes cuyo nombre, en francés, parece querer decir: “sin novela”; no importa, la novela de los San Román empezará con la historia de Joaquina que ya tengo escrita. Ese será el primer capítulo.

En el próximo aparecerá en escena:

Gregorio Cristóbal San Román, padre de Gregorio y Joaquina.

Para evitar confusiones me referiré a él como “el viejo San Román”.

Le voy a adjudicar algunos rasgos de B...

Localización: Un saladero en Paysandú y Mallín del Gringo.

Temporalidad: 1885 - 1908.

IV

---

*EL VIEJO SAN ROMÁN*

- El viejo San Román se vino de España a los catorce años. Primero se radicó en el Uruguay y trabajó en un saladero, en Paysandú - me contó Cipriano - allí aprendió todo lo relacionado con los saladeros y después se instaló por cuenta propia en Entre Ríos. Pero estaba harto del calor y decidió venirse al sur. Compró estas tierras regaladas.

*Ya instalado en la Argentina, el viejo San Román cortó definitivamente sus lazos con la madre patria. Pero en Paysandú todavía se carteaba con un amigo adolescente que había quedado en Madrid:*

*Saladero Santa Rosa, Mayo 24, 1885.*

*Mi querido amigo Diego:*

*Tengo a la vista tu carta del 23 de febrero a la que con placer contesto.*

*Veo primero, aunque con salud, que continúas con tus residuos del gálico que te zampó la "persona decente", por lo que tomo tu consejo y al mismo tiempo te lo apropio: el de Mister Condon. Respecto de esto te diré que más afortunado que tú, aún no he tenido ningún percance, y espero en lo sucesivo me pasará lo mismo, gracias a la benevolencia de mis aventuras.*

*En dicha carta, veo con asombro no parecer que recibiste mi última del 12 de enero y mucho sentiría hubiese ido a manos ajenas (tales como las de tu familia) porque la tal cartita cantaba claro y llano; por lo que te agradeceré me digas si corre riesgo alguno para moderarme en mi estilo de correspondencia. Por tu parte puedes escribirme cuanto se te antoje pues yo no estoy al lado de la familia como tú y puedo obrar a mi antojo en estas cosas.*

*Continúo todavía ganando lo mismo pero a la conclusión de la faena ganaré más. El tenedor de libros se va para esta fecha y mi patrón piensa ponerme en su lugar; veremos cómo puedo soportar todo el trabajo. ¿Y tú? ¿Qué haces o qué piensas hacer? Yo no te diría que vinieses porque a Dios gracias, no te hace falta trabajar, pero para ti mismo te convendría que te separases de la familia y salieses a correr un poco de mundo.*

*Ahora el Saladero está aburrido, con el trabajo no hay absolutamente donde ir; los maridos por la madrugada, cuando van a trabajar, cierran las puertas de sus casas y se meten la llave en el bolsillo, quedando las señoras encerradas como pájaros, no quedándole a uno otro remedio que asaltar las ventanas a riesgo de quebrarse las narices o romperse una pierna.*

*He recibido unas cartas de mi familia en que me comunicaban que salían de ésa para Toledo; de manera que ahora únicamente tú eres la persona que puede enterarme de las cosas de Madrid, y espero lo harás escribiéndome algo a menudo.*

*Cuando se acabe el trabajo de matanza pensamos tomar una... ya sabes, en sociedad para entretenernos. Como no faltarán episodios buenos voy a ir anotándolos para escribirte. Ya que me reclamas te voy a contar uno pequeño: Hace ya un mes fuimos a cierta casa donde hay tres señoras y la abuelita; estábamos allí tres locos verdaderos y como ves la partida era completa; el caso era que las niñas aguardaban a otros, y como era noche nos tomaron por ellos y nos abrieron la puerta.*

*Adentro una vez ya fueron las confusiones y las palabrotas de costumbre, pero como nosotros no íbamos a charlar y veníamos cargados con fuertes gases, avanzamos y allí principió que “yo no puedo, que ahora viene el otro”, así estuvimos como diez minutos, pero viendo que el tiempo se iba nos metimos a ¡forzadores! que ¡¡horror!!! Allí fueron los gritos y trompadas, rodaron las sillas, apagamos las velas y fue Troya. Había dos entre ellas muy malas, y me tocó una con quien pelear, por lo que llovió sobre mi una granizada de trompadas, puntapiés y coces de todos lados, que me aturdió ¿pero, qué era? la puñetera zorra vieja, la alcahueta que había tomado causa común y repartía a oscuras a diestro y siniestro. Entretando uno de mis compañeros en el burdel logró finar sus deseos en su adversaria, la más mansa, y después se vino derechito a ayudarnos, pero las tales mujeres eran unas fieras y nada podíamos adelantar...*

*Cuando andábamos más encarnizados oímos un grito desgarrador y angustioso pidiendo misericordia y socorro. Yo, temiendo alguna barbaridad de parte de las rufianas, encendí un fósforo precipitadamente, en un momento de tregua que me dio mi adversaria. Y qué veo... ¡¡a mi puñetero compañero que tenía a la vieja con las manos en la garganta y dándola silletazos!!*

*Al momento prendí una vela y los separamos y entonces oímos llamar a la puerta y corren las putas a abrir. Nosotros saltamos por la ventana uno tras otro y echamos a correr al tiempo que un par de balas nos pasaron zumbando y conocimos que hicimos muy bien en no quedarnos en la tal casa.*

*Después mi compañero me contó que cuando venía a socorrernos sintió una mano descarnada agarrarle de los huevos y él, que no tenía ganas de jugar y conociendo a la vieja, la cazó y nos aseguró que si no los separamos la hacía pedazos.*

*Pasado el susto puedes figurarte las risas y ocurrencias de todos.*

*Adiós Diego, te saluda tu amigo que espera la contestación y te desea felicidad.*

*Gregorio Cristóbal San Román*

Gregorio y Joaquina nacieron en “La Estancia”. En ese entonces la propiedad tenía unas cuarenta mil hectáreas y destacamento policial propio. Al viejo San Román le llevaba más de un día recorrer sus tierras a caballo y algunos de por aquí insisten en que mandaba estaquear sin miramientos a los peones holgazanes o insolentes, pero según Cipriano éstos son infundios.

- Lo que pasa es que cuando él se instaló aquí había mucho bandidaje - afirma - cuatrerros famosos como el Asencio, que también le decían el Chileno. Ese los supo molestar mucho tiempo. Lo mataron cruzando el río Contrario, allá por Manos Vacías, pero los paisanos no se convencían; tuvieron que pasar los años para que perdieran el miedo. Cada tanto alguno amanecía diciendo que había vuelto, que en medio de la noche lo había despertado un galope y que era el Chileno; que había alcanzado a verlo pasar, huyendo, envuelto en su capa oscura.

Cipriano también recuerda que el viejo San Román acostumbraba a sentarse en un sillón por las mañanas mientras le cebaban mate.

A eso de la una extraía de su chaleco un hermoso reloj con cadena, controlaba la hora, le daba cuerda y lo cerraba. Esa era la señal de que el almuerzo tenía que estar listo.

Recuerda también, con nitidez, su estampa formidable, su olor a tabaco mezclado con colonia y whisky y su voz grave, aterciopelada, que parecía surgir de remotas mucosas nasales. Voz particular que, según él, Gregorio había heredado y, sobre todo, le fascinaban las pausas larguísimas que hacía en su conversación y que a todos exasperaban.

- Eran silencios incómodos - evoca Cipriano - uno quedaba colgado pero se podía adivinar que él andaba detrás de un pensamiento, de un recuerdo, vaya a saber...

Anotación al margen:

En este mismo capítulo aparecerán también:

María Calfupán, cocinera de “La Estancia” en épocas del viejo San Román.

Vanessa Calfupán (hija de la anterior), se sospecha que el viejo San Román es su padre.

Haré también una referencia fugaz a la mujer del viejo San Román; tan fugaz como su paso por “La Estancia”.

Localización: Mallín del Gringo.

Temporalidad: 1908 - 1918.

*Sólo en épocas del viejo San Román había habido en “La Estancia” una cocinera. Se llamaba María Calfupán y decían que era hija de un cacique.*

*María Calfupán tenía la obsesión de hablar “bien” y por las dudas agregaba eses a diestra y siniestra; tenía también una hija de padre desconocido: Vanessa, pero nadie dudaba que esta criatura era hija del patrón.*

*Vanessa debía su nombre al caprichoso arbitrio de un misionero gringo que, como Butch Cassidy, acertó a pasar por “La Estancia” cuando María Calfupán estaba pariendo y la bautizó de prepo.*

*La niñita jugaba con Joaquina y a veces se entretenía también con Gregorio, algo mayor que ella, torturando pollos.*

*Armaban un lazo en el piso del gallinero y en el medio echaban un puñado de maíz. Era infalible, indefectiblemente los pollos y las gallinas caían en la celada y cuando estaban en lo mejor de su angurria los mocosos tiraban bruscamente y la víctima, en un revuelo de plumas, cacareos y sacudones, quedaba sorpresivamente presa para deleite de los verdugos que, a los pocos segundos la soltaban y volvían a empezar. Hasta que llegaba María Calfupán:*

*- ¡Suelten esos pollos mocosos de mierdas! - Y enseguida, mirando a Gregorio a quien no se animaba a retar, agregaba hipócritamente:*

*- Usté no niños.*

*Y él se admiraba de la casi eléctrica velocidad de ella para agarrarlos.*

*Un día y no sin sadismo, leyendo en sus ojos esa admiración, le espetó:*

*- Tomá, tenele bien juerte las patas - el pollo se sacudía con desesperación; María, entonces, lo agarró diestramente por debajo de las alas y le ubicó la cabeza sobre un tronco mocho que utilizaba siempre para esa ceremonia; cuando Gregorio quiso acordar la pesada cuchilla de la cocina ya había caído de un golpe seco sobre el cogote del pollo cuyo cuerpo decapitado y chorreando sangre seguía estremeciéndose entre sus manos.*

*Lo soltó espantado entre las carcajadas de María:*

*- ¡No tontos, que te ensucias todo! - le gritó abarajándolo.*

*Así se mataban los pollos, le explicó, mientras lo pelaba rápidamente rociándolo con chorros de agua hirviendo.*

*- Hay otra formas también, me lo pongo bajo el brazos, así, y le doy una vueltas a la cabeza y lo desnucó; es más rápidos pero más difícil.*

*Gregorio tenía la sensación de que ella prefería el método sangriento de la guillotina y la ayudaba morbosamente, fascinado por esa vida que proseguía unos segundos y a los tumbos, en el ave ya muerta que él asia con toda la firmeza de que era capaz a los doce años.*

*La mujer del viejo San Román, tenía la entrada prohibida a “La Estancia”. Su última estadía había culminado un invierno particularmente riguroso en que, al ir al baño y comprobar que hasta en el inodoro se había congelado el agua tuvo un arrebato de histeria.*

*Al día siguiente emprendió el regreso a Buenos Aires jurando que en la vida volvería a poner un pie en Mallín del Gringo.*

*Su marido le tomó el desplante al pie de la letra; de esa manera no sólo se daba el gusto de dormir con la cocinera, además cubría su cama con una bandera argentina.*

*- Este es el país que me dio de comer y ésta es mi patria - decía señalando la cama en donde merodeaban las gallinas que más de una vez se alojaban allí escapando de la temible cuchilla de María Calfupán.*

*De todas maneras, a la mujer del viejo San Román, lo único que le interesaba era jugar a las cartas o a los dados y prefería hacerlo en su casa del Tigre, concretamente en su dormitorio cuyas ventanas no abría nunca. Una lámpara de pantalla cónica y luz definitiva colgaba sobre su cama. Allí reinaba ella en camión armando mesas de póquer y generala, la cabellera revuelta y un cigarro entre los labios, en medio de una humareda de puchos.*

*Si bien no siempre conseguía adeptos a la timba con su misma pasión y tenacidad, la mujer del viejo San Román era capaz de jugar hasta con las piedras y en días de crisis su cama alojaba al cadete del almacén y al casero que, admirados, la observaban voltear el cubilete con golpe seco sobre una bandeja y barajar con inaudita precisión.*

*A Vanessa le gusta jugar con el lápiz roto o con el esmalte de uñas, mientras María Calfupán suelta su mata de pelo aceitoso que se enrula inesperadamente en las puntas bajo los efectos, ya oxidados, de una vieja permanente.*

*Pero cuando su madre va a la pieza del patrón no la deja ir con ella.*

*- Vaya para la cocina - le dice - que yo tengo que trabajar.*

*La puerta de la pieza del patrón es distinta a las otras; tiene visillos color marfil que se pueden apartar un poco. Lo suficiente como para espiar a través del vidrio. Del otro lado de esa puerta se oyen murmullos y risas, a veces algún grito sofocado.*

*Vanessa aplasta la nariz contra el vidrio. Al principio no distingue bien; la enorme bandera argentina ondula rítmicamente sobre la cama. Sólo puede ver la cara de su madre porque esa bandera gigante le cubre el resto del cuerpo. Por momentos la cara de María Calfupán sonríe, pero como si sufriera. De pronto se queda inmóvil, con la mirada fija en la puerta, concretamente en la hendidura abierta entre los visillos color marfil.*

*La bandera se incorpora y se da vuelta; es el patrón. De una patada espanta a una gallina que ha osado asomarse bajo la cama y que ahora escapa cacareando. Vanessa siente vergüenza.*

*Entonces, imprevistamente, María Calfupán echa la cabeza y el magnífico pelo hacia atrás y, exhibiendo todos sus hermosos dientes, se arquea en una carcajada.*

Anotación al margen:

Seguir inspirándome en los rasgos físicos de B... para caracterizar al viejo San Román.

Incluir anécdota que contaban de él en casa y en la que intervenía Lugones; en mi ficción, el episodio puede ser protagonizado por Vanessa, el viejo San Román y, por supuesto, Lugones.

No puede suceder en Mallín del Gringo, necesito una justificación para que Vanessa viaje a Buenos Aires.

Mencionar en algún lado que el viejo San Román era un apasionado por la mitología griega.

Dar cuenta de la relación (¿tal vez incestuosa?) de Gregorio y Vanessa.

Localización: una isla en el Tigre (lugar de residencia de los San Román en Buenos Aires) y Mallín del Gringo.

Temporalidad: Entre el 20 y el 30. Puedo ubicar la anécdota con Lugones en 1926, los amores de Gregorio con Vanessa en 1928 y la muerte del viejo San Román en 1930.

V

---

*LA LAGUNA DE LUGONES*

- Preparate que mañana nieva - le dije a Martín.
- Si estamos en otoño.
- Vos acordate de lo que te digo.
- ¿Qué, sos bruja ahora?
- No, pero mañana me toca ir a una escuela.

Enciendo la radio y alcanzo a escuchar:

“lejano Buenos Aires, qué lindo que has de estar, ya van para diez años que me viste zarpar. ¡Cómo habrá cambiado tu calle Corrientes, Suipacha, Esmeralda, tu mismo arrabal! Alguien me ha contado que estás floreciente y un juego de calles se da en diagonal, ¡no sabés las ganas que tengo de verte!...”

¿Diez años? No, hace apenas un año que decidimos venir al sur y de todas maneras hace mucho que vos ya nos sos la de Cadícamo y Barbieri. Tu diagonal siguió su curso hacia el río, sí; pero nosotros te dejamos porque tuvimos miedo.

Miedo a los atentados; a esas bombas que explotaban en pleno centro, a pocos metros de donde vivíamos y trabajábamos.

Una mañana, en que volvía de la plaza con Martín junior en el cochecito, vi cómo subían a una chica, a la fuerza, a un Falcon verde. Nadie hizo nada; yo tampoco; paralizada, vi cómo se la llevaban.

Un amigo nuestro trabajaba en el, irónicamente llamado, Ministerio de Bienestar Social, por quienes nunca sospecharon que algún día estaría en manos de López Rega y la Triple A. De Director de departamento de Vivienda pasó al área de Mantenimiento. Allí su trabajo consistía en detectar a qué canillas del edificio había que cambiarles el cuerito. Con todo tuvo suerte; su jefa, una arquitecta también muy amiga nuestra, ingresó en las temidas listas de prescindibles. Mujer, profesional, y en un cargo clave para detener negociados, era la candidata ideal como para que una noche irrumpieran en su departamento. También la metieron en un Falcon verde. También tuvo suerte; a los dos días apareció. Viva. Esas cuarenta y ocho horas permaneció con los ojos vendados y la amenaza de que si llegaba a ver a quiénes la interrogaban sería boleta. La acusación era haber estado becada en París, en mayo de 1968. Ironía: nuestra amiga estuvo becada en la Cité Universitaire, es cierto; pero por poco tiempo; como no adhirió a la legendaria revuelta estudiantil, sus enfebrecidos compatriotas la echaron del pabellón argentino.

*El deambular esquivo, silencioso, rondando la cocina, y el carácter chúcaro de la hija María Calfupán le hacían gracia al viejo San Román que probablemente se divertía con el temor reverencial que su autoridad provocaba en esa criatura. Cuando se instalaba cerca del fuego, Vanessa era su favorita para cebarle mate. Entonces con su voz penumbrosa y grave y esas largas pausas pensativas que fascinaban a Cipriano, desgranaba historias de la mitología griega que ella escuchaba en silencio, sin perder palabra, mientras Joaquina y Gregorio bostezaban y se dormían. Nunca ocultó el viejo San Román esa predilección y era un hecho que su regalona fue la hija de la cocinera.*

*Una vez la llevó a Buenos Aires. El médico del Mallín había aconsejado operarla luego de un ataque de apendicitis sin consecuencias.*

*- Quiero que la vean allá - dijo él, que no confiaba en absoluto en los procedimientos hipocráticos locales.*

*- Como usted diga doctor - accedió la madre de Vanessa.*

*Ya en la capital el médico consultado coincidió con el de Mallín del Gringo en que, dados los antecedentes y la precaria atención médica del lugar, convenía operar preventivamente en Buenos Aires. Después, la chiquilina pasó la convalecencia en la casa de los San Román, en el Tigre.*

*Esa casa era visitada con frecuencia por Lugones, viejo amigo de la familia; una de las visitas coincidió con la estadía de Vanessa. En esa oportunidad se hizo alusión a la leyenda de Melampo de Tesalia, hijo de Idomene, que Lugones admitió no recordar. El dueño de casa no perdió ocasión de burlarse:*

*- No puedo creer que usted, justamente usted, con la erudición que le conocemos no recuerde a Melampo, el que comprendía el lenguaje de los pájaros...*

*- No, se me ha hecho una laguna - se sonrojó Lugones.*

*- La laguna de Lugones - bromeó malignamente el viejo San Román - ¡vamos, si hasta una criatura iletrada como Vanessa seguro tiene noticias de esa historia!*

*Lugones sonrió incrédulo y visiblemente molesto mientras su anfitrión llamaba a la chiquilina que les cebaba mate:*

*- A ver Vanessa, ¿cómo era la historia de Melampo y su hermano Bías?*

*Vanessa dejó el mate y la pava a un lado y, sentándose en el suelo, contó de cabo a rabo, con su voz ronroneante, las vicisitudes de Melampo.*

*- ¿Ve mi amigo? Si hasta una mocosa de doce años la sabe.*

*Después del episodio no faltó quien murmurara que si bien el hombre se había encamado con la madre, ahora también lo hacía con la hija.*

*Lo cierto es que en esa época Vanessa ya era una criatura bellísima, de piel oscura y asombrosos ojos dorados, que conocía de memoria todos los senderos y picadas de los cerros que rodean Mallín del Gringo. Se internaba por ellos durante días enteros, al comienzo de la primavera, en procura de pájaros que encerraba en grandes jaulas de caña colihue que ella misma construía pacientemente.*

*Los atrapaba con extraña facilidad, como si los hechizara, al punto de que mientras les cambiaba el agua o los trasladaba de una jaula a otra, podía dejarlos en libertad, y ellos se arremolinaban a su lado pero no huían. Sólo en ocasiones los vendía; la mayoría de las veces, después de un tiempo de cautiverio, los dejaba libres; en reparación tal vez, a su lejano sadismo infantil con los pollos.*

*Un verano, Gregorio, que por sus estudios volvía solo esporádicamente a Mallín del Gringo y que apenas recordaba sus juegos infantiles con la hija de María Calfupán,*

vio aparecer en el patio de “La Estancia” a esta muchacha de gracia áspera y sensual y ojos casi transparentes. Llevaba dos grandes jaulas, rumorosas de pájaros, colgadas de una larga pértiga cruzada sobre sus hombros menudos.

Como las aves, Gregorio quedó hechizado. Le escribió entonces unos versos que consideró absolutamente modernos y que ella no apreció porque no sabía ni leer ni escribir: “La vendedora de pájaros/ instauró aquí / su vaivén descalzo / intérprete / del vivo, tembloroso acorde, / apoyaba las jaulas en el suelo / y abría una a una las puertas. / Libres / los pájaros se arremolinaban / en breve tumulto de sonidos y fulgores.”

Un día Gregorio le siguió el rastro en la montaña como a una corza.

Recién al final de esa cacería simbólica, en la que esta vez ella fue la presa, pudo sorber esos pechos morenos de pezones violáceos, casi negros, y entrar con su sexo enhiesto en el húmedo callejón sin salida. Y también dormir con la cara hundida en el hueco de esas piernas; allí, donde ella palpitante se abría y lo dejaba hacer.

*Desde chiquito el Melampo tuvo los podere. Y dicen que jue porque una vez que iba caminando por el campo encontró una víbora muerta y tuvo la intiligencia de hacer un fueguito y rezar por ella. Las cría de esta víbora le limpiaron los oído con sus lengua y entonce el Melampo pudo escuchar lo que hablaban los pájaro y otro animale. El Melampo tenía un hermano que se llamaba Bía; los do se jueron de Tesalia, y se jueron a Pilo, que era otro lugar, a la casa del tío, que le llamaban Neleo y tenía una hija: la Pero. Y el Bía se enamoró de ella, y el Neleo le dijo al Bía que le daría el permiso para que noviaran si le traía los animale del Filaco que los cuidaba un perro malo.*

*El Bía trató pero no pudo, entonce le pidió al Melampo que lo ayudara. El Melampo dijo que bueno aunque sabía, lo que era adivino, que ante de conseguir esos animale pasaría un año acovachado.*

*Esa misma noche jue donde el Filaco y le agarró una vaca, pero el perro le tarasconeó las pierna. El Filaco se despertó, lo agarró al Melampo y lo encerró en una pieza. Una tarde, ante que pasara el año, el Melampo escuchó hablar a dos gusano, de esos que comen la madera.*

*- ¿Nos queda mucho por comer? - le preguntaba un gusano al otro.*

*- Esta cumbrera ya está toda hueca; si en vez de hablar trabajá mañana temprano se cae.*

*Entonces el Melampo gritó llamándolo al Filaco y le pidió que lo lleve al otro lado.*

*Al día siguiente el techo se cayó como si lo hubieran piedrado y el Filaco de ver que el Melampo tenía podere le dijo que lo iba a soltar y que además le iba a regalar una vaquita si le curaba a su hijo que no podía juntarse con mujere porque no se le paraba. El Melampo acetó pero dijo que primero quería hacer un sacrificio. Le dieron dos toro grandote que pidió y él los mató y los cuereó. Quemó los hueso de las pata y dejó los cuerpo. Despué se sentó a esperar.*

*En eso llegaron dos carancho y principiaron a conversar:*

*- ¿Ti acordá la última ve que estuvimos aquí? - dijo uno - fue cuando el Filaco estaba capando los carnero y nos dio unos pedazo.*

*- Sí, claro que me ricuerdo; y vino el pibe y se asustó al verlo con la cuchilla llena de sangre. Se creyó que el padre lo iba a capar también a él. Y entonce el Filaco dejó la cuchilla clavada en el árbol y jue a calmarlo. Ese espanto es el que no deja que se le pare el pito; y mirá, la cuchilla todavía está ahí, clavada en el árbol.*

*- El remedio para eso - dijo el otro carancho - es muy fácil: hay que sacar la cuchilla del árbol, lavarle bien la sangre y darle de tomar esa agua al pibe en durando diez día. El Melampo preparó el remedio y lo curó al hijo del Filaco. Y entonce el Bía pudo noviar con la Pero.*

*Despué, el rey de Argo lo llamó también al Melampo para que le curase a sus hijas que estaban mal de la cabeza y corrían desnuda y mugiendo como vaca por todo el Piloponeso.*

*El Melampo se ofreció a curar a las loca si el padre le daba la tercera parte de su reino. El rey dijo que no, pero despué, al ver que las hija empeoraban y le contagiaban la locura a otras mujere de Argo lo llamó de nuevo al Melampo que entonce le pidió otra tercera parte del reino para el Bía.*

*El rey acetó y el Melampo con ayuda de unos muchacho arrió con las loca y se las llevó a Sición, que era otro lugar; y allí les hizo unas magia y las curó.*

Creo que elegí la leyenda de Melampo de Tesalia porque pienso que su medicina alternativa era mucho más efectiva y menos peligrosa que la que hoy practican legiones de Doctores X y K.

*El viejo San Román murió sorpresivamente en su casa del Tigre aferrado al lavatorio y presa de un violento ataque de tos.*

*- Angina de pecho - dictaminó el médico que su mujer mandó llamar y que llegó para encontrarse con ese hombre tendido y ya amarillento, de mirada fija y vidriosa a través de los párpados entreabiertos.*

*Gregorio no pudo olvidar nunca ese rictus doloroso que desde el rostro de su padre se prolongaba al lavatorio arrancado de cuajo y pensó que su muerte se había producido en el mismo estilo abrupto de esas verdades descarnadas que al viejo le gustaba espetar.*

Anotación al margen:

En los próximos capítulos introduciré a Cándido y a Carmelo, los dos hijos que tuvo Gregorio San Román con Vanessa.

Tiene que empezar a la manera de Gabo; pero del primer Gabo (Coronel no tiene..., etc.). Aunque, en realidad, algunos episodios de esta novela serán un homenaje a Oliverio Girondo, Felisberto Hernández y también a Richmal Crompton, la autora de “Guillermo el conquistador” y “Los proscritos”. Y más que a Richmal Crompton al gaita que la traducía al español en los ‘50 y les hacía exclamar a Guillermo Brown y sus amigos: ¡Atiza! ¡Troncho! ¡Cáspita! y comer unas indescriptibles “bolas de regaliz”.

Localización: Mallín del Gringo.

Temporalidad: Medios del 40 hasta 1957, año en que regresa Carmelo.

VI

---

*VOLVERÁN*

“Varvara Petrovna (la mamá del escritor Ivan Sergueivitch Tourguéniev) había comenzado por esperar con afecto el retorno de su hijo. Después, cuando él tardaba tanto, cuando ligó su vida a la de esa cantante mitad francesa y mitad española, la terrible soberana de Spasskoïe se irritó. ¿Así que sus dos hijos habían, uno después de otro, huido de esa casa en la que ella había esperado reinar sobre ellos, sobre sus esposas, sobre sus niños? Hizo poner un cartel en la carretera (un pasacalle, bah) con estas palabras: ‘VOLVERÁN’. Pero no volvieron.”

André Maurois - *Tourguéniev*

*Cuando Gregorio San Román recibió aquel telegrama anunciando: “Van leones. Carmelo”. Su reacción fue eufórica:*

*- Al fin - dijo.*

*El viento, que a una velocidad de sesenta kilómetros la hora había soplado sin parar durante tres días y sus noches, acababa de amainar. Era la primera noticia que tenía de su hijo mayor desde el día en que, ocho años atrás, el ofuscado primogénito vencido por Francisca, su madrastra, en una partida de ajedrez, decidiera abandonar la casa paterna situada en las inmediaciones de Mallin del Gringo.*

*El asma crónica de Gregorio San Román se había agravado con el polvo azulado por la ventolera; así y todo, y contrariando a su mujer encendió un cigarro. Mientras contemplaba la perfecta e intangible espiral de humo pensó que prefería vivir diez años menos, como le había vaticinado el médico, a suprimir ese momento de placer.*

*- Ustedes, los médicos, son tan fastidiosos cuando se padece de males imaginarios, como cuando se trata de enfermedades reales - le había contestado aquella vez.*

*Esos últimos años la imagen de Carmelo se había ido destiñendo hasta resultar algo borroso y bastante lejano. Algo que esa mañana irrumpió sin embargo, con imprevista nitidez, y aunque a Gregorio le seducía, secretamente, la idea de unos cuantos leones deambulando por esos páramos, se mostró escéptico y concluyó que se trataba de un mensaje cifrado.*

*Sólo Francisca, su segunda mujer; sospechó. Pero nadie le hizo caso; ella siempre sospechaba. Si bien jamás le reprocharía nada, Gregorio San Román atribuyó la suspicacia al hecho de que ella seguía sintiéndose culpable por la drástica partida de Carmelo.*

*Francisca San Román no era lo que se dice una mujer expansiva; su locuacidad se agotaba en una serie de cáusticas sentencias. De aquel muchacho la separaban apenas unos años y sentimientos encontrados que, en oportunidad de su éxodo luego del infortunado jaque mate, la impulsaron a tallar y hacer colocar bien alto, sobre la tranquera de la entrada a “La Estancia” esa enorme tabla de ciprés, hoy grisácea y podrida, donde todavía sobrevive una solitaria aunque esperanzada amenaza: “VOLVERÁ”.*

*Cuando un año después, Cándido, el segundo hijo de Gregorio San Román también se fue, sólo agregó una “N” a la palabra tallada en la madera.*

*Pero ahora, en el terreno impreciso de sus sospechas campeaba otra cosa; tal vez un presentimiento. El telegrama de Carmelo le recordaba otro, remoto, en el que Gregorio le había anunciado la muerte de su hermana Joaquina.*

*Un súbito presagio de evento familiar comenzó a flotar en el ambiente. Un presagio de hecho consumado y de mujer.*

Queridos chicos, hablarles del hecho literario me aburre profundamente y supongo que a ustedes también. Prefiero a Gardel, aunque ustedes poco y nada sepan de él o de Buenos Aires, ciudad en la que yo nací. Mis padres afirmaban que en otras épocas, las del “Anclao en París” probablemente, Buenos Aires había sido próspera y limpia. Tenía fama, decían con orgullo, de ser una de las ciudades más limpias del mundo. Suena brasileiro: a cidade mais limpa do mundo...

A esta altura Yolanda Monterroso de Mirola, le tengo miedo a Yolanda, me observará consternada. No habíamos quedado en esto. Pero no pienso mirarla. De todas maneras cuando yo divago miro sin ver porque estoy pensando que si Gardel resucitara ahora, chicos, en Buenos Aires, se sentiría mal. Tan mal como esa viejísima cortesana francesa a quien en ocasión de un aniversario ilustre llevaron a Versalles para que rememorara tiempos idos.

Frustración, la viejita no reconocía nada y ya se volvían todos defraudados cuando quiso el azar, que sí rige estas cosas *dear Georgie*, que la comitiva de funcionarios y periodistas en pleno se viera obligada a cruzar, chapaleando, plaf, plaf, plaf, un charco de mierda producto del caño roto de una cloaca.

Todas las narices se fruncieron menos la de la vieja marquesa que, inefable, aspirando el fétido aroma alzó sus ojos al cielo y exclamó transportada: “*ça, ça c’est Versailles!*” No, esta digresión es demasiado, Yolanda tiene razón, además no tiene nada que ver con el famoso hecho literario y mi charla, como un cuento, debería converger hacia una sola emoción dominante y congregadora; Edgard Allan dixit. Vuelva Yolanda, retomaré la idea inicial, esa de que la literatura, además de ser una aventura peligrosa puede desembocar en un fracaso. Es que ha perdido espacio. Ni siquiera la poesía ha logrado persistir en su rol transgresor; nadie les da pelota a los poetas ni a sus poemas. Ese espacio lo ha ocupado la canción, el rock. Aunque tal vez, el solo hecho de escribir poesía, hoy, en pleno auge de la sociedad de consumo, sea una transgresión. Pero sólo la actitud, no el producto.

Por eso cada vez hay más gente que escribe y menos gente que lee; por una necesidad de transgredir, aunque más no sea mediante un acto suicida y llenar el planeta de libros que nadie leerá, que serán arrojados a mares y lagos, bibliotecas enteras a las aguas que se empastarán y se volverán un engrudo contaminado y contaminante. Fin del mundo del fin, anunció Cortázar, y Calvino vaticinó que la absoluta inutilidad de la literatura nos obligará a la máxima concentración, a cuentos de una sola frase, a escribir por ejemplo: “Cuando Sofía terminó de hablar, Yolanda Monterroso de Mirola todavía estaba allí “.

*Gregorio San Román sostenía que Carmelo se había mandado mudar porque tenía el mismo temperamento que Vanessa, su madre.*

*- Ella, que en paz descansa pobrecita, era una mula. Cuando se le metía algo en la cabeza no había nada que hacerle. Y el hijo igual, son así, indinos - decía - uno nunca sabe bien qué están pensando, porque hablan poco ¿vivo?*

*Nunca reconocería que, probablemente, Carmelo había decidido mandarse mudar porque ya no toleraba más su brutalidad con Francisca.*

*Pero otras veces, cuando se mamaba, algo que sucedía con bastante frecuencia, se sentía culpable:*

*- Yo no supe ser buen padre - se lamentaba -. ¿Por qué no fui detrás de él y me lo traje? - le preguntaba llorando a Francisca, mientras ella le sacaba los zapatos y lo arrojaba en la cama como a una criatura.*

*- Orgullo, puro orgullo - se contestaba no sin cierta complacencia. Pero la desazón se evaporaba con la borrachera y al despertar y recordar su congoja, Gregorio se indignaba:*

*- ¡Ese hijo de puta! Nunca lo voy a perdonar.*

*Francisca no decía nada. Se había casado con Gregorio por despecho, a los diecisiete años, después que sus padres la habían descubierto en amoríos con un primo hermano. Disgustados le prohibieron verlo, alejando además al indeseable del lugar.*

*En ese entonces Gregorio todavía era muy joven y en Mallin del Gringo no abundaban los candidatos; todos se iban finalmente.*

*Los padres de Francisca se opusieron débilmente al principio, los escandalizaba la diferencia de edades; Gregorio ya había pasado los treinta y el hecho de que tuviera dos hijos sin reconocer, de una relación anterior clandestina. Pero, por otra parte, era persuasivamente rico.*

*Cortejada por ese hombre importante, que la prefería a las otras muchachas del pueblo, Francisca se sintió halagada y también poderosa. Más poderosa que sus padres. Descubrió que ésta era una sensación interesante y también una sutil manera de vengarse. Nunca les perdonaría lo de su primo.*

*Pero Gregorio no resultó ser un príncipe azul precisamente. Era un alcohólico que sólo esporádicamente y sin querer la hacía gozar. Muy pronto Francisca se acostumbró a asociar sus requerimientos amorosos con cierto grado de violencia.*

*A veces, cuando oía regresar a su padre borracho del pueblo Carmelo la ayudaba. Francisca siempre recordaría una noche en que Gregorio la había arrastrado fuera de la cama y después de sacudirla brutalmente le había golpeado la cara. De su nariz comenzó a brotar sangre, se incorporó quejándose y avanzó unos pasos hacia el baño. El la siguió tambaleándose. Al oírlo detrás suyo giró y se apartó para evitarlo y Gregorio tuvo que agarrarse al quicio de la puerta. Ella buscó el picaporte y él se le echó encima.*

*- Sé que estoy borracho en este momento - farfulló - pero eso no cambia las cosas; soy tu marido y no me gusta que mi mujer me rechace - y se apoyó pesadamente contra ella. Francisca se escabulló y dio un paso atrás lo que enfureció mucho más a Gregorio que la sujetó por las muñecas. Asustada, comenzó a patearlo frenéticamente hasta que logró soltarse. Lo sintió respirar con dificultad mientras ella por fin abría la puerta del baño y entraba poniéndose a salvo, pero cuando intentó cerrarla el peso del cuerpo de él fue más fuerte. Comenzó a gritar, pero ya lo tenía encima de nuevo.*

*- Por qué me casé con vos ¿eh? Ni siquiera un hijo me has dado.*

- *Basta, basta - Francisca intentó atajar los cachetazos cubriéndose la cara.*  
 - *Te conozco a vos, son todas iguales, decime putita ¿con quién me engañás? - mascullo él enardecido.*

*En ese momento se oyeron golpes en la puerta del dormitorio.*

- *¿Quién es? - aulló Gregorio saliendo del baño.*  
 - *Carmelo - se oyó del otro lado.*  
 - *¿Qué pasa?*  
 - *Me siento mal papá, me parece que tengo fiebre.*  
 - *Ahora va Francisca, andá a acostarte - y mientras se derrumbaba pesadamente en la cama ordenó:*  
 - *Andá a ver que tiene ese chico; siempre le pasa algo.*

*En esa época Carmelo era un mocoso todavía y muchas veces, después de casada, ella se encontró jugando con él como una criatura; recuperando tal vez la infancia que, por ser la mayor de muchos hermanos a quienes había prácticamente criado, no había tenido.*

*Desde el primer momento los unió el temor a Gregorio y el muchacho le había enseñado a deslizarse por la nieve en unos esquíes de madera, actividad en la que era experto y también a nadar en el río vecino al Mallín. Cuando faltaban unos meses para que Carmelo cumpliera dieciocho años, el padre lo llevó a la capital a tramitar sus documentos.*

*De sus dos hijos había decidido, arbitrariamente, reconocer sólo a Carmelo. Cándido no existía para él. Tal vez porque el segundo hijo de Vanessa no sólo no se le parecía en nada (había heredado los rasgos aindiados del bisabuelo materno); además padecía un retraso mental.*

*Cuando regresaron Carmelo ya no era el muchachito que había partido dos meses antes.*

- *Parece un hombre - le dijo Francisca a Gregorio.*  
 - *Es un hombre - respondió el padre orgulloso - aunque sin comentarle que lo había hecho debutar con la señora Carola, una veterana encantadora muy frecuentada por el mismo Gregorio.*

*Los días que siguieron Carmelo se quedaba en el pueblo y no volvía hasta muy tarde.*

- *Extraña la ciudad - decía Gregorio.*

*Pero Carmelo se había conchabado en un circo que cada tanto recalaba en el pueblo. Un sábado apareció por "La Estancia".*

- *Te juego al ajedrez - le espetó Francisca después de almorzar. Estaba deseando medirse con él, que siempre le había ganado y porque durante su ausencia se había entrenado metódicamente. Carmelo aceptó el reto sonriendo:*

- *Te voy a ganar - advirtió sobrador.*

*Ella acomodó las piezas en el tablero sin decir nada. La partida fue reñida y la noche del domingo Francisca acorraló al Rey de Carmelo. Este se fue a dormir sin poder ocultar su malhumor.*

*La tarde del sábado siguiente Carmelo acorraló a Francisca en el río. Ella había querido terciar en una pelea entre hermanos; Cándido tenía terror al agua y esto exasperaba a Carmelo que lo hundía con saña.*

- ¡Dejalo, es más chico que vos! - gritó.

- ¡Esto es por maricón! - vociferaba Carmelo sin escucharla.

- ¡Dejalo te digo, que lo vas a hogar! - gritó ella de nuevo metiéndose en el río.

- Ahí viene mamita a defenderte - se burló Carmelo, mientras Cándido tosía vomitando agua, entonces Francisca comenzó a golpearlo hasta lograr que lo soltara para trenzarse con ella.

- Estúpido, mocoso de mierda... - forcejeó inútilmente. Carmelo se rió despacio mirándola desde arriba.

- Mirá que habías sido chiquitita, tan chiquitita que un mocoso de mierda te puede...

Francisca detuvo el forcejeo; si hubiera querido le hubiera plantado un rodillazo ahí, en los huevos, pero no quiso. Su mejilla rozaba apenas el pecho de él; tenía olor a sol y a río y se quedó muy quieta aspirando. De pronto Carmelo sintió la rigidez de la erección contra la tela mojada del traje de baño. La soltó con tanta brusquedad que ella tropezó y cayó al agua. Lo vio alejarse, huyendo casi, a grandes trancos por la orilla.

Después, en la casa, él la rehuía y apenas si hablaba con nadie.

- Mal de amores - vaticinó ingenuamente Gregorio.

- No, lo que pasa es que está ofendido porque le gané al ajedrez - lo excusó precipitadamente Francisca. Pero le daba rabia que se escabullera sin hablarle; te voy a joder, pensó y escribió en un papel:

“Estoy muy deprimida. Probablemente caeré enferma. O me volvés a hablar o no quiero verte más”.

- Gregorio empezó a darle al trago después que murió la Vanessa, y hay algo que no todos saben: Cándido es mayor que el Carmelo - me dijo Cipriano cuando le pedí más información acerca de los hermanos San Román.

- Pero como salió así, atorunado, y el Carmelo en cambio tan despierto, siempre pasó por el menor y Gregorio siempre lo prefirió. Capaz que porque salió rubio, en cambio Cándido nada que ver; ese salió como brazo de negro castigao.

- ¿Como qué?

- Como brazo de negro castigao; así decía mi finada madre que en paz descanse.

*VII*

---

*RAJÁ TURRITO, RAJÁ*

“Llorar a lágrima viva. Llorar a chorros. Llorar la digestión. Llorar el sueño. Llorar ante las puertas y los puertos. Llorar de amabilidad y de amarillo.”

Oliverio Girondo - *Espantapájaros*.

Sí Oliverio querido, hace dos semanas que el cielo aquí no para de llorar. Dentro de mi casa también porque hay goteras y te puedo asegurar que se me empapa el alma, la camiseta y además, la alfombra. Tuve que poner la Pelopincho de Martín junior en el entretecho y pelearme con el otro Martín. Él dice que el agua siempre sigue el curso más fácil. Y a mí qué. En este momento sólo me gusta la que sale por la canilla y mientas ríos de agua fiaca se despeñan arrasando con todo y nuestro jardín se inunda yo nado entre las palabras de estos borradores interminables.

Debe haber sido durante un lloroso mes de junio, como éste, que Gregorio rumbeaba a ciertos lugares tanto como para calentarse el garguero con unas ginebritas y llorar de amor, de hastío, improvisando y de memoria. Porque lo estoy viendo volver de lo de “Las Ñatas” cantando bajo la lluvia, aunque esto no tiene nada que ver con Gene Kelly; Gregorio volvía en auto y no bailaba con el paraguas.

“La última noche que pasé contigo  
quisiera olvidarla pero no he podido.  
La última noche que pasé contigo  
tengo que olvidarla por mi bien.  
¿Por qué te fuiiste, aquella noooche?  
¿Por qué te fuiiste y me dejaaaste?...”

### *Bolero*

- *Me voy de negras - había anunciado Gregorio al salir y estaba contento. Las chicas locales no eran la Señora Carola pero tenían lo suyo.*

- *Por las calles de La Habana se paseaba una mañana la mulata Trinidad - tararé o entusiasmado - entre dos la sujetaron y presa la llevaron ante el juez de la ciudad...*

*En lo de “Las Ñatas” había una chilenuita que lo volví loco.*

- *Canta bien la maldita gitana - murmuró pensativo.*

*Siempre volví contento de allí. Pasó la tranquera de “La Estancia” a los tumbos y cuando, al llegar a la curva de la arboleda, el Ford pegó una costalada en el barro, Gregorio largó una risotada que repentinamente le provocó asma. Al llegar a la casa se desplomó tosiendo sobre el volante y la bocina comenzó a sonar.*

*Como de costumbre tuvieron que ayudarlo a bajar.*

- *¿No vas a invitarme a una copa? - Gregorio avanzó unos pasos hacia Carmelo tambaleándose, pero con expresión sonriente y decidida.*

- *No; ya me voy a dormir ¿por qué no hacés lo mismo? - Carmelo le dio la espalda y se encaminó hacia su cuarto.*

*De pronto una mano lo obligó a volverse y Carmelo sintió que su corazón se aceleraba. El puño de su padre lo golpeó en la boca del estómago. Se dobló en dos mientras Gregorio se reía estúpidamente.*

- *Aquí nadie se va a dormir - barbotó desplomándose en un sillón y cerrando instantáneamente los ojos.*

*Carmelo se incorporó. Le faltaba la respiración pero su padre no demostraba intenciones de volver a agredirlo. Se dio cuenta de que no lo hubiera atacado si él no le hubiera dado la espalda. Estaba tan borracho que no habría sido capaz de enfrentarse con él cara a cara.*

*Lo arrastraron hasta su cama donde Francisca le sacó las botas. Por suerte ahora el sueño lo vencería casi enseguida, aunque alcanzó a barruntar desentonadamente:*

- *Ella en vano gritaba y decía: esto sí es una gran picardía, ¿eh Francisca, qué te parece? Señor Juez no me trate tan duro yo le aseguro que no he hecho na...*

*La euforia de la borrachera cedió paso, sin transición casi, a los ronquidos; obviando esta vez la etapa romántico-melancólica.*

*Francisca no tenía sueño y se sentó en el suelo en la oscuridad de la habitación contigua. Estaba harta de las curdas de Gregorio. Odiaba su aliento a vino y la canción de la mulata Trinidad, y también los intentos de acercamiento que él desplegaba en esas ocasiones.*

*No oyó los pasos de Carmelo hasta que lo vio rondando la ventana. Seguía*

*lloviendo. Vacío las dos palanganas que atajaban el agua que se filtraba por todas partes ya. Probablemente Carmelo había leído el mensaje que ella ahora se arrepentía de haber escrito. Después de todo qué le importaba ese mocoso. Ahora había desaparecido de la ventana. Fue hasta la puerta que daba a la galería. Allí se quedó inmóvil, escuchando. ¿Qué estoy haciendo? se preguntó. Pero abrió la puerta de golpe y sin ruido y lo vio ahí, esperando en la oscuridad como un perro mojado. Estuvieron así, mirándose en silencio, durante unos segundos.*

*Carmelo dio un paso y entró en la habitación cerrando la puerta tras de sí. Seguía mirándola, tenso y callado. Ella temblaba. Pero sonrió para tranquilizarlo o de nervios. Alzó una mano y rozó su mejilla.*

*¿Qué estoy haciendo?, volvió a preguntarse, pero cuando quiso reaccionar las manos de Carmelo aferraron sus brazos. Ahora me va a sacudir, me va a pegar, alcanzó a pensar. Hasta que sintió contra sus labios estúpidamente entreabiertos la presión tierna, desesperada de los labios de Carmelo.*

*- No, no - atinó a balbucear al sentir la punta rígida de esa lengua buscando, abriéndose paso en su boca mientras todo el peso de ese cuerpo se apoyaba sobre ella empujándola primero contra la pared, después hacia abajo, hacia el piso, donde una mano la recorría bajo el camisón hasta deslizarse entre sus piernas. Sacudió la cabeza intentando respirar.*

*- ¡Dejame! ¡Dejame! - gimió y entonces él le mordió la boca hasta que la oyó llorar despacio. Forcejearon, mientras él apartando la mano de ese sexo húmedo se abría el pantalón y le rogaba que no gritara. Al penetrarla sintió el estremecimiento rítmico, ondulante, del cuerpo de ella bajo el suyo.*

*- Puta madre - murmuró apoyando su boca en la curva suave del cuello de Francisca. Desde la habitación de Gregorio llegó, inesperado, un ronquido. Ella se escabulló del abrazo entonces.*

*- Andate - pidió sin mirarlo.*

*- Sí - dijo él lentamente, - mejor me voy ya.*

*Francisca se acurrucó entonces contra la pared y allí se quedó toda la noche con los ojos abiertos.*

*A los pocos días Carmelo partió con el circo. Iban a Buenos Aires.*

Por supuesto, como hoy me toca escuela, nevó; pero por lo menos ya estamos en julio. Ahora un sol pálido comienza a imponerse. Estoy llegando y siento esa desilusión, un poco infantil, que siempre aparece al cesar una tormenta.

Me bajo del auto y cruzo el patio; mis botas hacen crac, crac, apisonando nieve-polvo. Me vuelvo a mirar la senda formada por las huellas perfectas de mis pasos y me dan unas ganas irrefrenables de agarrar nieve y ponerme a jugar como los chicos.

Mañana tengo que ir al cerro. No, mejor hoy. Maldito taller. Atravieso el corredor helado que desemboca en la puerta del salón de actos. La abro. El salón es gris, por supuesto y no hay nadie.

Ahora oigo algo parecido a un trotecito agitado. Me doy vuelta y me encuentro cara a cara con Yolanda Monterroso de Mirola que, desde su guardapolvo almidonado y blanco me dice:

- ¡Sofía! la estaba esperando porque no tenía cómo avisarle; se suspendieron las clases por la nevada. ¡Qué pena vio! Lamento tanto que haya tenido que venir hasta aquí...

No digo nada. De pronto me encuentro corriendo por el corredor. Al llegar al patio me arrodillo en la nieve, armo una bola bien grande y la lanzo a la cabeza de Yolanda Monterroso de Mirola que se acaba de asomar, azorada, por la puerta de entrada.

¿Le irá con el cuento a Cipriano? Seguro. La estoy oyendo: “Viejo, la escritora es loca, yo sé por qué te lo digo”. Y creo que sí, que la nafta me alcanza como para ir y volver del cerro.

*Hacia un año que Carmelo se había ido y Cándido vagaba por la casa. Era la hora de la siesta y estaba aburrido. A pesar de los esfuerzos de la maestra de Mallín del Gringo apenas lograba descifrar algunas letras; sin embargo a veces se entretenía mirando las historietas de la colección de Tit Bits que su hermano había dejado.*

*Le gustaba la que mostraba unas casas parecidas a las del pueblo y hombres a caballo; todo eso debía pasar muy cerca de allí, pensaba Cándido porque las montañas y el río eran iguales a las montañas y el río que él conocía. Los hombres eran un poco distintos en cambio; usaban unos sombreros que nunca había visto y revólveres. Cándido había comprobado que siempre que los revólveres disparaban aparecían las mismas letras: “¡Bang! ¡Bang!” Y eso lo ponía contento porque era algo que se podía comprender.*

*Fue entonces cuando se acordó que en el cajón de la mesa de luz de Gregorio San Román había un revólver idéntico a éstos.*

*Fue hasta el cuarto del padre y se sentó en la cama. Abrió el cajón, sin ruido. Allí estaba. Negro, brillante. Hermoso. Lo agarró y comprobó que era pesado y frío. Se lo colocó en la cintura, sujetándolo con el cinturón y delante del espejo probó a desenfundar y apuntar como hacían los hombres de la historieta Tit Bits. Lástima que sólo había un revólver. Los hombres de la historieta llevaban dos; uno a cada lado de la cintura y los desenfundaban al mismo tiempo; ¡Bang! ¡Bang! Sonrió.*

*Estuvo un rato así, pavoneándose frente al espejo. Después salió a la galería. Su padre estaba arreglando algo debajo del auto.*

*- Papá - lo llamó.*

*- ¿Eh?*

*- Mirá papá.*

*Gregorio San Román se asomó con fastidio.*

*- Qué... - pero no alcanzó a terminar la pregunta. Sonriente, acentuado el tic que lo hacía parpadear sin control, Cándido lo apuntaba con el 38 que guardaba cargado en la mesa de luz.*

*- Mirá qué hago papá, igual que en la revista...*

*Pero el padre lo miraba de una manera extraña y no sonreía. Se había puesto muy pálido y levantaba el brazo como hacía él cuando le pegaban. ¿Por qué haría eso si él jamás se animaría a pegarle?*

*- Bajá eso... - le decía ahora y Cándido obedientemente bajó el arma.*

*Entonces alcanzó a ver el bulto enorme de su padre abalanzándose sobre él y, todavía asombrado, sintió en la mano inerte el impacto de la patada que hizo volar lejos el revólver. Miró al padre con la boca abierta; en la bragueta de Gregorio había aparecido un lamparón inconfundible. Cándido lo señaló:*

*- Te, te measte...*

*Y entonces sí, recibió la paliza de su vida.*

*Esa noche, cuando Francisca se enteró del episodio, ya Cándido se había ido. Ella había estado toda la tarde en el pueblo, en una reunión organizada por la Sociedad de Horticultura.*

*- Evita dijo que las mujeres también vamos a votar - anunció.*

*- Lo único que faltaba; aunque como idea para tener más votos no está mal.*

*- "Buscaba mi alma con afán tu alma..." - tarareó Francisca mientras abría con*

*un fierro el cajón de brasas de la cocina y echaba más leña.*

*- ¡Tengo hambre! - rugió Gregorio - ¿Qué vamos a comer?*

*- Papas fritas y huevos fritos; ¿y Cándido?*

*- Podría haber traído una pizza. Cándido se fue.*

*- ¿Cómo “se fue”? ¿Adónde se fue?*

*- Se fue; no sé adónde.*

*- Pero ¿por qué tuvo que irse?*

*- Porque le grité y creo que lo eché. - Francisca lo miró sorprendida.*

*- ¿Cree que lo echó?*

*- Agarró mi revólver cargado, del cajón de la mesa de luz y me apuntó. - Estaba molesto consigo mismo y prefería no recordarse gritándole a Cándido que ya era hora de que se fuera de “La Estancia”.*

*- Lo habrá hecho por jugar, porque es...*

*- Un retardado - la interrumpió Gregorio.*

*- El error fue dejar el revólver a mano.*

*- Así que ahora la culpa la tengo yo; él no tiene nada que hacer en mis cajones.*

*Me podría haber matado m'hijita; me podría haber pasado lo que a Julio Verne.*

*Francisca no sabía lo que le había pasado a Julio Verne.*

*- Uno de sus sobrinos, que lo quería mucho, fue a verlo un día a su casa. De pronto sacó un revólver y le disparó, hiriéndole en la pierna izquierda. Lo dejó inválido para toda la vida. ¿Y sabe qué dijo?*

*- Qué.*

*- Que lo había hecho para llamar la atención sobre la candidatura de Verne a la Academia Francesa. Como se imaginará lo metieron en un asilo. Y en realidad eso es lo que habría que hacer con Cándido.*

*Al principio Francisca pensó que, pasados unos días, el muchacho regresaría. Pero cuando al mes lo encontró en el pueblo e intentó convencerlo de que volviera con ella a “La Estancia”, Cándido, mudo, se negó moviendo enfáticamente la cabeza.*

*Y fue precisamente en esa época, recordaría ella siempre, que le apareció en la cara parpadeante esa sonrisa rara, como extraviada.*

*Después se enteró de que se había refugiado en casa de unos vecinos y que hacía changas; entonces comprobó que Gregorio, en aquel arranque excesivo, lo había echado.*

*Esto no habría tenido mayores consecuencias de no haber sido Cándido como era; para él Gregorio tenía la categoría de un dios temido y venerado a quien obedecía sin chistar. Su sumisión llegaba a tal extremo que, más de una vez, Carmelo se divertía diciéndole por ejemplo:*

*- Che, dice papá que tenés que juntar todos los tréboles que veas en el jardín y comértelos en ensalada - y Cándido iba y juntaba los tréboles y si ella no lo detenía era capaz de comérselos ante la mirada fastidiada de Gregorio.*

## VIII

---

### *UN AIRE NUEVO*

Hacía frío; un frío límpido de mediodía soleado. Un día peronista, dijo la niñera de mi prima que se llamaba Juana, aunque no era 17 de octubre, sino el 9 de julio de 1947. A mí me daba lo mismo porque no sabía lo que quería decir con eso de “un día peronista” y no me animaba a preguntar. Los ojos negros y achinados de Juana me daban miedo; siempre parecían estar censurándome.

- ¡Apuren que quiero ver al general! - nos dijo.

- ¿Qué general? - preguntó mi prima.

- ¿Cómo qué general? El general Perón. Y yo quiero verlo bien de cerca porque él es el padre de nosotros, los cabecitas negras.

- Y a mí qué; yo no soy cabecita negra - le contestó mi prima sacudiendo sus trenzas rubias.

- ¿Y vos? - me preguntó socarrona la niñera -. ¿Vos tampoco sos cabecita negra?

- No le contestés - dijo mi prima a quien Juana no infundía ningún temor sino el más absoluto desprecio; pero yo dudé por mi pelo oscuro. ¿Sería una cabecita negra? Por otra parte me mortificaba la actitud servil de la niñera hacia mi prima; actitud que compensaba con una manifiesta hostilidad hacia mí. Aun así no quise ofenderla, por lo tanto tímidamente, balbuceé un sí ambiguo.

- Estúpida - mi prima forcejeó por desprender su mano -. Soltame negra sucia. Me hacés doler. Soltame, le voy a contar a mamá y vas a ver.

Juana soltó la mano de mi prima que comenzó a corretear alegremente delante nuestro.

- Soltala a Sofía también, así jugamos; dale soltala - rogó mi prima.

La niñera ni se dignó responder y siguió, izándome casi, en su avance a grandes trancos, los pies calzados con unos viejos mocasines pintados de blanco, cuya tiza se había corrido sobre el empeine moreno.

A mí me dolía la mano pero no me animé a protestar y además ya llegábamos a Plaza Francia donde a codazos Juana consiguió un lugar entre la gente que se agolpaba a ambos lados de la avenida esperando el desfile.

Había un ambiente circense en la plaza invadida por vendedores de banderitas y pochoclo, y olor a garrapiñada mezclándose al rotundo y fresco aroma a bosta que habían dejado los caballos de algunos policías al pasar.

Una fanfarria se oyó a lo lejos. Cesaron los murmullos y en medio del silencio surgió el cuchicheo: ya viene, ya viene.

Un auto negro pasó velozmente; una cadena de vigilantes hizo retroceder a la gente que pugnaba por romper el cerco para ver mejor. Un chiquito lloró perdido en medio de un bosque de piernas.

- ¡Ahí está! - gritó alguien y casi al mismo tiempo se alzó un clamor: ¡Viva Perón!

Un hombre sonriente, montado en un soberbio caballo blanco con pintas negras, avanzó caracoleando. De pronto sentí mi mano entumecida pero libre; Juana aplaudía. Desde sus alturas nos miró y ordenó:

- ¡Aplaudan!

- No le haga caso - susurró mi prima - mamá me dijo que Perón es un guarango.

- ¡Aplaudan! - insistió amenazante la niñera; entonces yo sentí que tenía que agradecerle y obedecí.

Al regresar Juana nos dejó correr libremente.

- Espérenme para cruzar la calle - advirtió.

Llegué primero a la esquina y triunfalmente grité:

- ¡Gané!

- Y a mí que me importa; vos sos una peronista.

- No

- Sí. Lo aplaudiste a Perón. Yo te vi.

- Y qué. Ella me dijo.

- ¡Peronista! ¡Sos una peronista! - se burló mi prima.

A partir de entonces, cada vez que nos enfrentábamos por algo, volvía a la carga con el estribillo que consideraba un supremo insulto:

- ¡Peronista! Lo que pasa es que vos sos una peronista. Eso es lo que sos.

Me convertí así en el blanco de escandalizados y deliciosos asombros que finalmente opté por no defraudar con vanas justificaciones.

Ahora oigo nuestras voces como si todo aquello hubiera ocurrido ayer, tal vez porque acabo de recibir una carta en la que mi tía me informa la muerte de Juana.

Querría, necesitaría hablar de todo esto con mi prima, pero no puedo; no está en Buenos Aires. Ni siquiera está en la Argentina. Tuvo que irse por militar en la Juventud Peronista. Tal vez recuerde aquel desfile. No sé.

¿Existe algo llamado estilo? Estilo debe ser el ritmo. Pero el ritmo, por lo menos en poesía, es la respiración.

- Mira, yo te voy a decir una cosa - me comentó una vez el poeta chileno Gonzalo Rojas - ¿sabes en qué creo? En el balbuceo. Lo que pasa es que yo no alcanzo a decir, soy balbuceante. Cuando yo era un niño, era un gran tartamudo y aprendí entonces que si era capaz de reemplazar una palabra por otra que me fuera más fácil de pronunciar creaba un espacio imaginativo, ¿me entiendes? Y aquí estoy dando una de las claves de mi poesía.

- Y de tu respiración - aventuré.

- Y de respiración. Al fondo hay un proyecto de respiración. Es que cuesta respirar, cuesta respirar... Para mí la palabra es esto:

Un aire, un aire, un aire,

un aire,

un aire nuevo:

no para respirarlo

sino para vivirlo.

Por el momento lo único que sé es que la historia de los San Román me exige una prosa nerviosa; una prosa que no sólo caracolee como caballo en un desfile, sino que avance.

- Le dicen “La Señora”.

- No sé por qué - se encrespaba mi tía, y agregaba en voz baja para que mi prima y yo no escucháramos:

- ¿Ustedes saben que vivía con él sin casarse?

Sin embargo a mí me gustaba Evita, pese a lo que dijeran mi tía y sus amigas, o tal vez por eso mismo. Hay algo deliciosamente seductor en esos pequeños escándalos provocados por quienes transgreden ciertas reglas. En este caso se trataba de una mujer hermosa cuya voz de tonos graves y modulación irrespetuosa me llamaba la atención.

- Es una rea - decían las amigas de mi tía.

- ¿Vieron el conventillo que armó al llegar a Madrid?

- Un horror.

- Qué papelón.

- Y todo lo que gasta en ropa.

- Y la cachetada que le dio a la Lamarque.

- Quién te ha visto y quién te ve...

Esa última frase yo no la entendía y tampoco sabía muy bien qué quería decir “lamarque”; pero igual no perdía palabra.

- ¿Y él?

- Es un hipócrita.

- Un débil - sentenciaba mi tía - si fue ella la que lo convenció de que aceptara y la que movió a la gente.

Aquí bajaba la voz:

- Parece que le dieron una pateadura.

- Quién le manda meterse en cosas de hombres.

Se referían al 17 de octubre de 1945, pero ahora estábamos en 1951, cuando una multitud en la 9 de Julio le pide a Evita que acepte la vicepresidencia; ella ya está muy enferma y llorando le dice a la gente que lo va a pensar.

- Pobrecita - concedió esta vez mi tía - mirá cómo la usa.

Tiempo después, la escuchamos por la radio renunciando a su candidatura. Al año siguiente Perón asume la presidencia y ella lo acompaña en el auto desde el Congreso hasta la Casa Rosada, envuelta en un soberbio tapado de visón. Pálida, exangüe, Eva apenas puede mantener los brazos en alto y él la sostiene.

Después que murió fuimos a la residencia presidencial a ver su ropa que, con notable mal gusto, fue puesta en exhibición.

- ¿Vieron cómo gastaba mientras sus “grasitas” se morían de hambre?

- Pero era linda - mi voz, inesperada, sonó como una nota discordante. Mi tía y sus amigas me miraron estupefactas. Imperturbable, yo repetí con esa demoledora franqueza que uno sólo ejerce durante la infancia:

- Sí, ella era linda y ustedes no.

Está bien, los hermanos Tourguéniev no volvieron, pero me dice Cipriano que después de ocho años de ausencia, Carmelo sí regresó. Esto lo contaré en los próximos capítulos en los que también haré aparecer a Violeta Isabel Bertrand alias: Salomé, la Novia de Oriente.

- Ella vino con Carmelo; en el 57 si mal no recuerdo - dice Cipriano y agrega:

- Ese año los rusos enviaron al espacio el Sputnik I, pero usted es muy joven, ni se debe acordar...

- Sí me acuerdo, tenía quince años - y rememoro algunos nombres: Françoise Sagan, James Dean, Marilyn Monroe, Albert Camus, Brigitte Bardot...

- Aquí no había cine todavía y no había llegado la tele ¿sabe qué llegaba en cambio? las fotonovelas. Una invasión. Todas las mujeres las leían y Carmelo trajo esa revista, la "Tía Vicenta", que aquí tampoco se conocía.

## IX

---

### *LA NOVIA DE ORIENTE*

*Las sospechas de Francisca San Román respecto al telegrama de su hijastro no andaban del todo descaminadas; Carmelo apareció, las manos metidas en los bolsillos de una raída chaqueta de cuero, después de ocho años de ausencia, acompañado bíblicamente por Salomé, la Novia de Oriente y precedido por el hedor de tres leones, encerrados en una jaula que despachó por tren.*

*Le costaba desprenderse de ellos; era un sentimental y vivía rodeado de recuerdos y desechos que no se animaba a tirar.*

*Ahí estaba, de pie, en medio de la mañana polvorienta, mirándola fijamente a los ojos y lo único que Francisca atinó a decir fue:*

*- Se te ve pálido.*

*Se había dejado los bigotes y estaba distinto, muy parecido a Gregorio, sin embargo la expresión de la boca y su mirada eran las mismas; pero nada quedaba ya de su ansiosa tensión adolescente. El cuerpo de Carmelo tenía ahora cierta definitiva opacidad.*

*¿Sería eso la adultez? se preguntó ¿cómo estaré yo entonces? y recordó nostálgica su propia radiante belleza de años atrás, hostigada por Gregorio y conmovida por la admiración de Carmelo.*

*¿Cómo me ve él a mí ahora? No me saca los ojos de encima. Más vieja, estoy ocho años más vieja; eso es un hecho. ¿Y Salomé? ¿Qué tiene que ver esta estúpida con Carmelo? ¿Estarán casados? Decidió odiarla.*

*- Hace mucho que no nos vemos - murmuraba él ahora.*

*Chocolate por la noticia, pensó Francisca, por supuesto que él ya no era aquel mocoso torpe y desesperado que le había hecho el amor una noche lluviosa y lejana y que después se había mandado mudar; dejándola librada a su suerte. Acostarse con niños y amanecer meada se había repetido entonces con rencor y también que él habría hecho bien en irse porque ¿qué otra cosa podía hacer? No, ya no era un pendejo y sin embargo ella sentía que él seguía perteneciéndole; que todavía era “su” Carmelo. ¿Por qué habría vuelto? se preguntó y en ese mismo instante comenzó a sospechar que estaba ahí por ella, nada más que por ella.*

*Y si bien Francisca siempre sospechaba, esta vez, como todas las anteriores, estaba en lo cierto; Carmelo, todavía conservaba aquel mensaje que ella le había escrito ocho años atrás. Lo guardaba, ajado y amarillento, adentro del manual de instrucciones del proyector de cine que Salomé jamás leería porque la retórica de esos libros le resultaba confusa.*

*- Mirá todas las hojas que gastaron para explicarte que tenés que agarrar y enchufarlo - decía indignada.*

*Se había cansado de la vida errática del circo, y cuando envió el telegrama Carmelo la dejó hacer; de esta manera ella era la única culpable de lo que sucediera en el futuro y él podría echárselo en cara.*

*De lo único que Carmelo no consintió en desprenderse fue del colchón de dos plazas; decía que llevaba impresa la huella indeleble de sus abrazos y que le entristecía separarse de él. Este tema era objeto de periódicas discusiones entre ellos; casi tantas como las que suscitaban los ronquidos de Carmelo. A Salomé ese pozo en medio del colchón*

la mortificaba. Hondamente. Sabía que los precipitaba a un abrazo ya declinante.

Los leones causaron sensación en Mallín del Gringo; la gente acudía en caravanas a “La Estancia” y se quedaba horas observándolos.

El intendente, con vistas a las próximas elecciones, prometió un zoológico; él era candidato por el partido Intransigente. Pero la Sociedad Protectora de Animales, cuyos socios eran peronistas, vetó la propuesta arguyendo que los animales no debían estar en cautiverio. Y para fastidiar al Intendente también prometió un zoológico, único en la región, donde las fieras no estarían encerradas sino que podrían deambular libremente en un ámbito natural convenientemente cercado.

- ¡Y todo esto lo hacemos por los animales y también por nuestros niños; porque en Mallín del Gringo siempre, pase lo que pase, los únicos privilegiados serán los niños! - concluyó en medio de una ovación el Presidente de la Sociedad Protectora de Animales. Carmelo también aplaudió entusiasmado. Salomé lo miró lúgubrememente.

- ¿No estás contenta? - le preguntó él.

- No papi, acordate de Tres Arroyos - contestó ella.

Al cabo de un tiempo, cuando Gregorio San Román comprobó lo que eran capaces de comer tres leones jóvenes, acudió a la Sociedad Protectora de Animales. Pero no obtuvo más que frases vagas e imprecisas: sí, nos interesan los leones. Los queremos aquí, nos haría falta un zoológico...

- ¡Pero si ya lo prometieron! - rugió Gregorio.

- Ya vamos a ver San Román. En el futuro. ¡Qué hermosos animales! Dese una vuelta pasado mañana.

Pasaron los meses y cuando los leones ya amenazaban acabar con todas las ovejas de “La Estancia” no hubo más remedio que sacrificarlos dado que en el zoológico de Buenos Aires tampoco los querían.

Después Salomé pidió que quemaran los cuerpos cuyas cenizas fueron colocadas en tres pequeñas urnas.

- Los usaron probrecitos, los usaron para su política... - sollozó indignada - eran guachitos - recordó moqueando - Zulema se encargaba de ellos hasta que llegamos nosotros.

- ¿Zulema? ¿Quién es Zulema? - indagó Francisca.

- La trapecista; cuando hacía su número los encerraba en una valija. Tenía miedo de que le comieran al bebé recién nacido, pero los pobrecitos se ahogaban allí.

- ¿Qué bebé? - preguntó Francisca.

- El bebé de Zulema que quedaba en su cunita, al lado de la pista, mientras ella hacía su rutina - aclaró Carmelo.

- ¿Y por qué no estaban en una jaula? - insistió Francisca.

- Eran muy chiquititos... - dijo sonriendo Carmelo.

- ¡Divinos! - recordó Salomé enternecida.

- Podían pasar entre los barrotes - terminó de explicar Carmelo - entonces nosotros nos hicimos cargo de ellos.

- Los podrían haber atado - murmuró con lógica implacable Francisca.

La reacción del pueblo no se hizo esperar. Aparecieron sueltos impreparatorios en el “Noticias del Mallín” y manifestaciones adversas a los San Román por las calles. Todos estaban indignados por el sacrificio de los animales que calificaron como un crimen. Y no sólo un crimen hacia tres fieras indefensas, como se encargó de puntualizar el Intendente, sino hacia la comunidad toda que ya las había aceptado, porque éstos eran

*nuestros leones, ¡los leones de Mallín del Gringo! ¡las fieras de nuestros niños!*

*- ¿Y a mí quién me paga las ovejas? - tronaba Gregorio al tiempo que a “La Estancia” llegaban amenazantes anónimos que eran leídos con total despreocupación por la familia que se dedicó a detectar en ellos las faltas de ortografía; estaban acostumbrados a los vaivenes histéricos de la opinión pública y sabían que lo único que podían hacer era esperar a que se apaciguaran los ánimos y alguna otra causa ignota ocupara nuevamente esas mentes afiebradas. Pero Salomé gimoteaba aferrada a las urnas:*

*- ¡Igualito a Tres Arroyos!*

*- ¿Por qué igualito? - inquirió picada Francisca, para quién Mallín del Gringo era superior no sólo a Tres Arroyos sino a París, Londres y Nueva York juntas. En una oportunidad al observar unas fotografías de Venecia comentó con desprecio:*

*- ¡Mallín del Gringo inundado!*

*- Porque allí nos pasó exactamente lo mismo - asintió Carmelo - es por las elecciones.*

X

---

*CHILLARÉ*

“She (we gave her most of our lives)  
is leaving (sacrificed most of our lives)  
home (we gave her everything money could buy)

She (what did we do that was wrong)  
is having (we didn't know it was wrong)  
fun (fun is the one thing that money can't buy).”

John Lennon y Paul Mc Cartney - *She's leaving home*

*Carmelo había conocido a Salomé, que en ese entonces se llamaba Violeta Isabel, en el estudio de Fotografía Artística Tulio Baratti, donde ella solía posar para la publicidad del Elixir Bertrand, Vigorizador del Cabello.*

*Animaba esos avisos, producto de la fértil imaginación de Tulio Baratti, encarnando alternativamente a Lady Godiva montada sobre un caballo embalsamado, y a una Magdalena, cuya arrepentida cabellera barría el piso.*

*En ese entonces a Tulio Baratti comenzaban a asediarlo las imágenes de Violeta Isabel y un peluquero, preferiblemente francés, rociándole la cabeza con el producto.*

*El destino quiso que contratara como asistente a Carmelo y que éste, libre ya de la esclavitud del servicio militar, se hubiera dejado crecer los bigotes que Tulio Baratti atribuía sin excepción a todos los peluqueros franceses. Obviamente lo hizo posar junto a Violeta Isabel.*

*Además de hacer crecer el pelo la publicidad afirmaba que, ya en la antigüedad, el Elixir Bertrand había curado la neurastenia, la anemia, la debilidad general, las enfermedades del estómago, las jaquecas, la diabetes, el raquitismo, las enfermedades de los huesos, la escrófula, la esterilidad y la falta de vigor sexual.*

*Una tarde Carmelo robó un frasco pero Violeta Isabel le rogó que no lo probara.*

*- Pero por qué.*

*- Andá a saber con qué lo hazen - en esa época ella, además de no llamarse todavía Salomé, era ceceosa.*

*- Con extracto de zanahorias y germen de trigo; aquí lo dice - contestó él mostrándole la etiqueta.*

*- Qué zabras voz... - replicó escéptica.*

*- ¿Y vos?*

*- Yo algo ce porque el fabricante ez mi papá y en caza nadie lo toma - y lo observó críticamente entrecerrando los ojos.*

*Violeta Isabel daba siempre la sensación de estar despertándose y a punto de desperezarse, algo que hizo en ese preciso momento recostándose contra el apolillado caballo de Lady Godiva. Estaban solos en el estudio y desde la radio permanentemente encendida una voz andrógina cantaba: "Luna lunera, cascabelera, dile a mi chiquita por Dios que me quiera; dile que la quiero, que tenga compasión; dile que se apiade de mi corazón..."*

*Carmelo se sintió súbitamente atraído por esa melena rubia que evocaba vagamente la de Marilyn Monroe. Se le acercó hasta sentir su respiración agitada y comenzó a jugar con el botón de su blusa. Se miraron.*

*- Hazémelo - pidió ella - ahora.*

*El ceceo había excitado a Carmelo desde el principio, y que la hubiera convencido de cambiar el Violeta Isabel por Salomé, no extrañó a los San Román; desde chico Carmelo había manifestado una irrefrenable inclinación a modificar todo lo que lo rodeaba. Víctimas de su obsesión fueron, entre otras cosas, los cuadros.*

*Gregorio San Román odiaba metódicamente a los perros y los había desterrado de "La Estancia". Los hacía responsable de la muerte de Vanessa a quien, según él, habrían transmitido el fatídico quiste de la hidatidosis. Pero Carmelo, que no recordaba*

*a su madre y siempre había deseado tener un perro, agregó vengativamente un cuzquito a su único retrato, mientras que a un tempestuosos naufragio, de luz amarillenta, que presidía el comedor le hizo aparecer un intempestivo islote.*

*- Para que los del barco se salven - explicó.*

*Salomé, tal vez inspirada en ese tango de Gichandut y Taguini que se llama “Misa de once”, adhirió rápidamente a la manía revisionista y, después de conocer a los San Román, modificó los detalles de su primer encuentro con Carmelo:*

*- Nos conocimos en Buenos Aires, en la iglesia del Pilar, a la salida de misa - mintió, sin recordar que en otra oportunidad se le había escapado lo del fotógrafo.*

*- Yo estaba con mi mamá y llevaba esta mantilla - corroboró agitando un tul blancuzco, convencida de que ese ajado testimonio garantizaba la veracidad de su historia.*

Richmal Crompton decidió que, periódicamente, su protagonista: Guillermo Brown, pusiera en crisis a los adultos que lo rodeaban.

También decidió que tuviera una vecina de su misma edad, llamada Violeta Isabel, y que ésta fuera una malcriada infernal.

Estas decisiones de la genial escritora inglesa, sobre sus personajes, funcionaron como un mecanismo desencadenante para que el papá de Guillermo “se estremeciera con sólo oír la voz de un niño” y Violeta Isabel cada tanto pataleara anunciando:

- ¡Chillaré, chillaré y chillaré hazta que me ponga mala! Ce hazerlo.

Sólo me resta informar que Violeta Isabel era la hija única de una pareja de gorditos nuevos ricos que la consentían en todo; pero, como suele ocurrir, ella deseaba lo único que sus papás no podían darle: ser de la pandilla de Guillermo y sus amigos. Estos la despreciaban y le negaban el privilegio de jugar con ellos, (los proscritos no admitían mujeres en su cuartel general llamado “el cobertizo”).

Pero a veces, acuciados por el célebre “chillaré”, la sometían a pruebas imposibles de cumplir como condición para acceder a sus caprichos.

Para su desgracia Violeta Isabel siempre, indefectiblemente, cumplía con éxito esas pruebas.

*La primera vez que Violeta Isabel invitó a Carmelo a su casa el Sr. Bertrand habló con exagerada animación de la juventud descarriada y de cómo la experiencia de su generación podía hacer sentir su benéfica influencia:*

*- Yo me hice solo muchachos, con tesón, con imaginación, porque el Elixir Bertrand hoy tiene mi nombre...*

*- Zí, lo interrumpió su hija - él mezcló cuatro porquerías y engañó a todo el mundo ¿no papi?*

*El Sr. Bertrand la fulminó con la mirada y siguió hablando:*

*- Los jóvenes siempre necesitan de los mayores - dictaminó con severidad. Durante su largo y edificante monólogo la Sra. Bertrand, que sufría periódicos colapsos nerviosos, mantuvo una sonrisa apagada y aprensiva. Carmelo se limitó a observarlos sin expresión alguna.*

*- Este muchacho - Carmelo siempre sería "este muchacho" para el Sr. Bertrand- lo único que necesita es que lo aconsejen un poco - le comentó después a su esposa.*

*Pero cuando Violeta Isabel anunció que ella estaba enamorada de este muchacho y que lo acompañaría donde fuera, el Sr. Bertrand sonrió forzosamente y con histérica animación habló de deberes y responsabilidades mientras la Sra. Bertrand tenía su colapso nervioso lo más rápido que podía y luego regresaba al living. Estaba furiosa con su marido por haberle permitido a Violeta Isabel posar para el aviso de ese producto que los había hecho inmensamente ricos. Amarrete. No había querido pagar a una modelo profesional y ahora, por su culpa, la nena iba a casarse con un desconocido, un don nadie que quién sabe de dónde venía.*

*Pero Violeta Isabel y Carmelo no tenían la más remota intención de casarse, por lo menos en ese momento, y ella se encargó alegremente de comunicarlo:*

*- No mami, vamos a vivir como los gitanos ¿zabez? Ez mucho más divertido. Y yo también voy a trabajar en el circo - gorjeó - ¿No es prezioso?*

*La Sra. Bertrand alcanzó a pensar que un rasgo de Violeta Isabel que siempre la había preocupado afloraba en esos instantes con toda intensidad: su infantilismo, acentuado por ceceo. Intuyó que ese rasgo extraño, y por lo tanto temible, de su hija era justamente lo que atraía a los hombres. Con aturdido horror decidió tener otro colapso nervioso.*

*Para el Sr. Bertrand el asunto era sencillo: bastaba con ofrecerle a Carmelo alguna ocupación en su empresa. Inventaría un puesto donde su yerno, porque "este muchacho" debía ineluctablemente casarse con su hija, no molestara demasiado.*

*Cuando el Sr. Bertrand comenzó a vislumbrar que era inútil, que nada detendría la partida de Violeta Isabel y "este muchacho", la desesperación le dictó una esplendorosa bofetada a su hija que enderezó inesperadamente, dos de sus dientes, cerrando el espacio de aire que provocaba el encantador ceceo.*

*Las consecuencias de este hecho fueron tres:*

*1) La bofetada y la consiguiente desaparición del atributo erótico más importante de Violeta Isabel indignó a Carmelo quien se sintió íntimamente afectado y precipitó su decisión: esa misma tarde partieron.*

*2) A partir de ese momento Violeta Isabel tuvo que fingir el ceceo durante sus acrobacias amorosas con Carmelo.*

*Pero fue recién a partir de su independencia y, es preciso reconocerlo, a la desaparición del ceceo, que Violeta Isabel maduró. Comenzó a leer. Leía vorazmente el*

*“Martín Fierro” que se convirtió en su biblia.*

*El Sr. Bertrand los observó alejarse con mirada entre impotente y fascinada. La Sra. Bertrand, por su parte, tuvo el colapso nerviosos más prolongado de su existencia, hecho que contribuyó, durante dos generaciones por lo menos, a la manutención de varias familias de médicos.*

XI

---

*TRAGO AMARGO*

*Te va a gustar trabajar aquí, vas a ver - le dijo Carmelo mientras recorrían las jaulas de los animales. Pero Violeta Isabel no lo escuchaba.*

*- Estos animales parecen enfermos - observó.*

*- Tienen hambre.*

*- Les voy a dar Elixir Bertrand, a lo mejor a ellos les hace bien.*

*En realidad Violeta Isabel debutó por casualidad en el picadero ya que Carmelo, intuyendo que los números en los que tomara parte tendrían la singular virtud de convertirse en algo completamente distinto de lo que se esperaba, la tuvo mucho tiempo alimentando a los leones, que curiosamente, mejoraron su aspecto después de ingerir copiosa dosis de Elixir Bertrand.*

*Pero un día claudicó. Había prometido hacer unos números a beneficio del Instituto Frenopático Dr. Helmholtz, pero el actor que hacía de mamá en la Estampa Gauchesca "Trago Amargo" se negó y lo abandonó diez minutos antes. Entonces recurrió a Violeta Isabel.*

*El salón estaba repleto de gente, reunida por los activos miembros fundadores del Instituto Frenopático Dr Helmholtz, cuyas caras denotaban diversos grados de aburrimiento.*

*- No te preocupes - le dijo Carmelo a Violeta Isabel mientras se vestían, él de gaucho; ella de viejecita - este número es facilísimo, lo único que tenés que hacer es lo que yo te vaya diciendo.*

*- Quiero ir al baño - dijo ella ya entre bastidores y cuando faltaban segundos para salir a escena.*

*- No. No hay tiempo.*

*- Me estoy meando.*

*- Tomá, hacé aquí - dijo Carmelo alcanzándole la lata de aceite vacía que hacían sonar como un gong durante el número de los leones.*

*- ¿Y si me ve alguien?*

*- Aquí no te puede ver nadie.*

*- ¿Y el ruido? Mirá si oyen el ruidito del...*

*- Decime ¿vos tenés ganas de hacer pis o no?*

*- Me estoy haciendo encima.*

*- Entonces meá de una vez y no me jodas más.*

*ESTAMPA GAUCHESCA: "MATE AMARGO"*

*MUSICA Y LETRA: Navarrine*

*PUESTA EN ESCENA Y DIRECCIÓN: Carmelo San Román*

*INTÉRPRETES: Violeta Isabel Bertrand  
Carmelo San Román.*

*HOY, 2 UNICAS FUNCIONES, 18 Y 21 HS. EN EL SALON DEL INSTITUTO FRENOPÁTICO DR. HELMHOLTZ, A TOTAL BENEFICIO DE LA INSTITUCIÓN POR GENTILIZA DE ARTISTAS VISITANTES DEL GRAN CIRCO ROMA*

*La escena representa el modesto interior de un rancho. Hay algunos muebles y un brasero. En escena el GAUCHO y su MADRE, una viejecita. El está sentado sobre su recado; ella en una mecedora.*

*GAUCHO (CANTANDO LASTIMERO) Arrímese al fogón, viejita, aquí a mi lado...*

*La viejecita se levanta, arrima su mecedora al brasero y vuelve a sentarse.*

*GAUCHO Prepare un cimarrón para que dure largo...*

*La viejecita se levanta, va hasta el ropero, lo abre, saca un paquete de yerba y vuelve a sentarse al lado del brasero donde comienza a cebar mate.*

*GAUCHO Atráquele esa astilla, que el fuego se ha apagado...*

*La viejecita se levanta, atraca la astilla e intenta regresar a la mecedora.*

*GAUCHO (IMPERATIVO) ¡Revuelva aquellas brasas y bebe bien amargo!*

*La viejecita regresa al brasero, revuelve las brasas, agrega más yerba al mate, lo prueba, hace una mueca de asco, se lo ofrece al gaucho y se sienta en la mecedora.*

*GAUCHO (ANIMADO) ¡Alcance esa guitarra de cuerdas empolvadas, que tantas veces ella besó su diapasón!*

*La viejecita se levanta, va al ropero, lo abre, saca una guitarra llena de telarañas, se la alcanza e intenta volver a la mecedora.*

*GAUCHO ¡Y arránquele esa cinta donde la desalmada bordó con sus engaños mi gaucho corazón!*

*La viejecita duda, perpleja.*

*GAUCHO ¡Arránquele!...*

*La viejecita intenta nuevamente. Nada.*

*Ahora prueba con los dientes.*

*El gaucho le dirige una mirada apática e impotente. Lúgubrementemente intuye que debe proteger el número del efecto devastador de la viejecita mientras el salón del*

*Instituto Frenopático Dr. Helmholtz se puebla de murmullos de consternación y regocijo; predominando este último.*

*La viejecita, vencida, comienza a lloriquear.*

*GAUCHO (CANTANDO LASTIMERO) No llore madrecita, no aumente más mi pena...*

*La viejecita colgada de la cinta ha retomado la lucha. El público aplaude.*

*GAUCHO (DIRIGIENDO MIRADAS DE ODIO A LA SALA) Y séquese esas lágrimas que me hacen tanto mal...*

*La viejecita logra arrancar la cinta y se derrumba agotada. Sentada en el suelo, obediente, se seca las lágrimas. Desde la sala se oyen algunos: “¡Bravo!”*

*GAUCHO (FURIBUNDO) Y cébeme otro amargo...*

*La viejecita se arrastra por el piso hasta el brasero y le ceba otro amargo.*

*GAUCHO Y ponga yerba buena...*

*La viejecita, tambaleante, vuelve al ropero, lo abre y extrae un tarro donde se lee: “Yerba Buena”; agrega una cucharadita al mate, se lo alcanza al gaucho y se desploma en la mecedora.*

*GAUCHO Que mientras yo a la caña, le pongo otro bozal. Después cuando la noche envuelva los bañados y se oiga allá a lo lejos el toque de oración (SE DETIENE EXPECTANTE HASTA QUE ALLA A LO LEJOS SE OYE EL TOQUE DE ORACIÓN)... inclínese a la Virgen de los Desamparados...*

*La viejecita sigue desplomada en la mecedora.*

*GAUCHO (INQUIETO) Y a mi pobre guitarra colóquele un crespón...*

*La viejecita no se mueve; por primera vez el gaucho se levanta del recado y se acerca a la mecedora; observa fijamente a la viejecita durante unos segundos, se vuelve, mira al público y dice:*

*GAUCHO ¡Qué la parió!*

*Se adelantaron a saludar en medio de una ovación.*

*- ¡Estropeaste todo! - bufó Carmelo - ¡No es un número cómico!*

*- ¡Ah sí, mirá cómo aplauden! - contestó ella acomodándose la peluca.*

*- A mí me gustaba como era antes - insistió él mientras la gente aplaudía de pie y no se iba de la sala. Ahora pedían un bis.*

*- Calláte y saludá otario, que nos están mirando - lo codeó Violeta Isabel.*

*- La próxima vez lo vas a hacer como era antes - silabeó él furioso.*

*- Machista - murmuró ella mientras sonreía encantadoramente al público - no tenés ninguna intuición escénica; si lo querés como antes hacé vos de vieja y yo de gaucho.*

XII

---

*ÚRSULA*

“Ursula era callada como una vaca. Ya había empezado el verano cuando yo la veía llevar su cuerpo grande por una calle estrecha; a cada paso sus pantorrillas se rozaban y las carnes le quedaban temblando. A mí me gustaba que se pareciera a una vaca.”

Felisberto Hernández - *Úrsula*.

“El Dr. Helmholtz, que ahora tiene casi noventa años de edad, fue contemporáneo de Freud, un pionero del psicoanálisis y el fundador de la escuela de psicología que lleva su nombre. Quizá su mayor fama se deba a sus investigaciones sobre el comportamiento humano en las que probó que la muerte es una característica congénita”.

Woody Allen - *Conversaciones con Helmholtz*

*Después de la función el Director del Instituto Frenopático Dr. Helmholtz invitó a los artistas del Circo Roma a cenar en su casa que estaba a continuación de los pabellones donde se alojaban los internos.*

*Había acordado de antemano con su esposa, una mujer llamada Úrsula, de aspecto vagamente bovino. Al principio ella se había negado:*

*- Es mucha gente Atilio, yo sola no puedo cocinar para tantos y además servirles.*

*Lo de la servidumbre era un tema que martirizaba a la esposa del Director del Instituto Frenopático Dr. Helmholtz; dicho martirio repercutía cada tanto en su marido:*

*- Siempre lo mismo - ladró él - yo no sé cómo se las arreglan otras mu...*

*- Si te refería a Marisa - Marisa era la cuñada del Director del Instituto Frenopático Dr. Helmholtz - tu hermano le paga una cocinera; así es muy fácil - mugió agriamente Úrsula.*

*- De todas maneras yo pensaba conseguirte ayuda - la calmó él.*

*- ¿Cómo ?*

*- Están Renata y Mario, que son ambulatorios y muy obedientes; si vos les explicás lo que tiene que hacer pueden servir la mesa a la perfección porque son obsesivos.*

*- ¿Te parece?*

*- Absolutamente; a mí me ayudan en el consultorio y nadie se da cuenta de que son pacientes.*

*- ¿Y querrán ponerse uniforme? - insistió ella todavía no muy convencida.*

*- Yo no creo que tengan inconveniente; es más, pienso que les va a gustar.*

*Úrsula habló con Mario y Renata una semana antes del gran día. A él le pidió que se presentara bien afeitado y que se cortara las uñas. Renata no se veía tan mal, tenía el pelo canoso y bastante corto. Úrsula le probó un uniforme negro y un delantal y le dio un par de zapatos. Por último les rogó a los dos que el día de la cena llegaran bien temprano.*

*Y Mario y Renata fueron puntuales, para alivio de Úrsula que les explicó cómo debían servir la mesa: pasando la fuente por la izquierda de cada comensal; sirviendo el agua y el vino por la derecha; reponiendo la bebida cuando faltara y estando atentos a sus indicaciones.*

*Terminada la función llegaron los artistas; al rato Úrsula los invitó a sentarse alrededor de la mesa y agitó una campanilla. La puerta vaivén que conducía a la cocina se abrió entonces de golpe y, como si le hubieran dado un empujón, apareció Renata, los ojos bajos, aferrando la sopera como si en ello le fuera la vida.*

*- Apóyela aqu... - empezó a decir Úrsula, pero Renata, sin mirarla, la interrumpió:*

*- Cuando oigo la campanilla llevo la sopera... - y al tiempo que servía a cada uno de los invitados repetía memorizando:*

*- Paso la sopera por la izquierda y sostengo el cucharón... - cuando llegó a los dueños de casa dijo:*

*- A la Señora Úrsula y al Señor Atilio les sirvo al último...*

*Úrsula se incorporó pero en ese momento apareció Mario con el vino:*

*- Cuando Renata termine de servir la sopa yo empiezo a servir el vino; no antes, porque si no no va a alcanzar...*

*- Ya pueden re... - comenzó a decir Úrsula algo tensa, pero Renata y Mario no se*

dieron por enterados y continuaron:

- Ahora retiro el plato por la izquierda...

- Ahora sirvo el agua por la derecha...

Con súbito arrebató Úrsula agitó histéricamente la campanilla en un desesperado intento por silenciar el monótono sonido de esas voces. Pero después, emitiendo un gemido de impotencia, volvió a sentarse, no sin antes dirigir una mirada de inexpresable odio a su marido, que ajeno a su furia bovina, comenzó a sentenciar concierta condescendencia doctoral:

- Renata, Mario, las explicaciones son cosas que aburren y es mejor... - pero Renata y Mario no lo dejaron terminar, ellos estaban concentrados en su deber y firmemente decididos a demostrar su responsabilidad en el trabajo que les habían encomendado por lo que, con seráfica sonrisa y el tono de quien repite una lección continuaron:

- Ahora busco la fuente...

- Ahora le paso la fuente por la izquierda al gordo...

- Ahora sirvo el vino por la derecha...

- Ahora le paso la fuente por la izquierda a la narigona...

- Al Señor Director y a la Señora Úrsula al último por si no alcanza...

Todos, entonces, comenzaron a hablar nerviosamente en un tono cada vez más alto para acallar de alguna manera esas voces implacables y llegó un momento en que entre el griterío de los “¿Dónde actúan la semana que viene? Ahora retiro los platos de pan... ¿A qué edad comenzó a trabajar como trapeceista? Ahora traigo los platos de postre... ¿El número de la levitación es un truco?” se estableció un duelo en el que finalmente dueños de casa y comensales, agotados, derrotados, sucumbieron al ritmo parejo y monocorde de las voces de los autómatas que, triunfantes, fueron las únicas que prevalecieron hasta la silenciosa y sombría sobremesa:

- Ahora le ofrezco de nuevo postre, por la derecha, a la flaca que parece muerta de hambre...

- Ahora les damos té y café ¿no Mario?...

- Ahora les servimos el café en las tacitas blancas porque es el único juego completo...

- Ahora, cuando se levanten y pasen a la sala, retiramos el servicio...

- Ahora les decimos buenas noches...

Después que las visitas se fueron Úrsula vociferó cosas como para llenar páginas, algo que no pienso hacer porque Felisberto Hernández insiste en que ella era “callada como una vaca”.

Felisberto admite, además, que a él le gustaba que se pareciera a una vaca y dice que, sin saber por qué, tuvo la idea de que Úrsula entregaría su cuerpo como si fuese el de un animal. Se le ocurrió también que si entraba en relaciones con ese cuerpo amaría disimuladamente a una vaca.

Pero no hay peligro, porque ya Úrsula, sacudiendo las ubres, se vino al trotecito hasta este episodio del Instituto Frenopático Dr. Helmholtz, donde es la esposa de Atilio.

Desde aquí lo mira desafiante a Felisberto y él ve brillar las córneas de sus grandes ojos.

## XIII

---

### *EL CORAZÓN DE UNA MADRE*

*A pesar del éxito de aquella memorable función de “Trago Amargo”, Carmelo no la dejó actuar más de viejecita a Violeta Isabel, porque se robaba el número.*

*Fue entonces que le propuso modificar su nombre e interpretar, en cambio, la célebre danza de los Siete Velos; versión pudorosa en la que al final ella no aparecía desnuda sino enfundada en una malla color carne.*

*- Salomé, la Novia de Oriente, andaría bien - decretó. De esta manera él exaltaba su condición de hembra apetecible, pero no pudo neutralizar del todo cierta comicidad que en ella era totalmente involuntaria.*

*Y así Violeta Isabel fue desde entonces Salomé y casi podría decirse que inauguró un género nuevo en el repertorio habitual del circo. En realidad esto se lo debía a Mme. Bertrand, su abuela, cupletista frustrada quien, sin saberlo, inspiró varios de sus números. Salomé siempre la recordaría cantando La Marsellesa envuelta en una toalla.*

*Mme. Bertrand era baja y voluminosa de la cintura para arriba y su pelo rojo se estiraba en un apretado rodete en la punta de la cabeza. No tenía cuello, sólo una gran papada que se agitaba al compás de su voz gruesa y jovial.*

*Cerraba la puerta del cuarto de su nieta y empuñando una regla con mano crispada encaraba los primeros versos mirando con ferocidad un punto ignoto y lejano.*

*- ¡Allons enfants de la patrie, le jour de gloire est arrivé! ¡Contre nous de la tyrannie, l'étendart sanglant est levé!...*

*- Sí, abuelita Bertrand sabía muchas canciones y también me contaba historias - recordaba nostálgica Salomé.*

*Y su versatilidad no tuvo límites al recrear ese fecundo patrimonio oral por medio de dramatizaciones y pantomimas en las que encarnaba los roles de odalisca, marinerita, zagala tirolesa, mala mujer y muchos otros.*

*Una pantomima que tuvo mucho éxito fue “El corazón de una madre”.*

*- Abuelita me contaba esta historia cuando era chica, antes de que me fuera a dormir - le había dicho Salomé a Carmelo - y trata de un muchacho que se enamora locamente de una mala mujer..*

*- ¿De qué? - preguntó él.*

*- De una mujer mala.*

*- ¿Putita?*

*- Qué sé yo, mirá las preguntas que hacés. Bueno, el asunto es que ella todo el tiempo le pide pruebas de su amor y él las cumple, hasta que un día, la muy páfida le pidió al muchacho el corazón de su propia madre. ¿Te das cuenta? Y esa misma noche, loco de insano deseo, el muchacho corrió a su casa y, clavando un cuchillo en el pecho de su pobre madre...*

*- ¿Enferma?*

*- No; dormida, ¡le arrancó el corazón!*

*- Y ella se despertó.*

*- No me interrumpas más que entonces me olvido las palabras exactas, sigo: con la divina ofrenda sangrante y todavía caliente entre sus manos corrió nuevamente por las calles en pos de la cruel mujer. Pero ¡ay! tropezó y cayó. Fue el destino quien lo quiso. El*

*palpitante corazón saltó de sus manos y, salpicándolo de roja sangre, rodó a su lado.*

*Entonces, en medio del tenebroso silencio de esa noche se oyó la tenue voz de la madre, que, desde el corazón caído en la vereda, preocupada, tiernamente preguntó:*

*- ¿Te has hecho daño hijo mío?*

*- Yo lo veo al corazón hablando con una boquita ¿vos no? - concluyó Salomé.*

*Carmelo no lograba imaginarlo.*

*- Es que ustedes, los hombres, no tienen entrañas - sentenció ella gravemente.*

*La canción “Al pie de los abedules”, también del repertorio de Mme. Bertrand, fue resuelta como pantomima que Carmelo y Salomé interpretaban mientras, alguien, al piano, la cantaba. Se desarrollaba así:*

*LA ESCENA ESTÁ DIVIDIDA EN DOS POR UN ANDAMIO QUE HACE DE PUENTE, AL FONDO, UN TELÓN PINTADO MUESTRA EL RÍO, LOS ABEDULES Y LAS FLORES*

CANCIÓN	ACCIÓN
<p><i>Al pie de los abedules dos flores azules                      Bis mostraban su lindo capullo al mismo murmullo del agua veloz</i></p>	<p>Salomé avanza por el puente seguida de Carmelo. Ambos están vestidos de campesinos tiroleses. Alborozada, ella señala las dos flores azules pintadas sobre el telón. Repite la mímica siguiendo el bis de la canción.</p>
<p><i>Antojósele a una zagala llevarlas por gala                      Bis y por complacer a la hermosa la cuesta escabrosa bajó su galán.</i></p>	<p>La zagala tirolesa hace mohines y patea empacadamente el puente con uno de sus piececitos para expresar que quiere esas flores. Patea una vez más siguiendo el bis de la canción. El puente tiembla.</p>
<p><i>Buscando flores, corrió bajo el puente rueda la pendiente y al fondo del río cayó.</i></p>	<p>El muchacho tirolés corre por el puente que se sacude peligrosamente. El muchacho tirolés desaparece detrás del telón pintado. Ruidos. La zagala tirolesa abre muy grandes sus ojos y su boca expresando horror. También levanta los brazos a la altura del pecho y separa los dedos de las manos.</p>
<p><i>Lleno de tristeza, alzó la cabeza dijo: ¡No me olvidés! y el agua lo sepultó</i></p>	<p>La cabeza del muchacho tirolés aparece por encima del telón pintado y enseguida desaparece. La zagala tirolesa hace lo mismo que en la estrofa anterior con la única diferencia de que ahora se sacude espasmódicamente para expresar que grita pidiendo auxilio. La cabeza del muchacho tirolés asoma por segunda vez. La zagala tirolesa extiende los brazos en su dirección. La cabeza del muchacho tirolés desaparece definitivamente detrás del telón pintado.</p>

Anotación al margen:

En el próximo capítulo voy a incluir a los Mirola (Yolanda y Cipriano) como personajes; tienen un hijo poeta que se llama Rufino que según parece tuvo algo que ver con Salomé y esto me viene muy bien para completar la trama.

Localización: Mallín del Gringo.

Temporalidad: año 1957.

## XIV

---

### *LA VIDA ES SUEÑO*

*Carmelo y Salomé llegaron a “La Estancia” en un viejo Ford. Arrastraban una casa rodante con dos sirenas pintadas sosteniendo un cartel que anunciaba: “Gran Circo Roma”. Los tres últimos días de trayecto por el desierto patagónico los habían pasado discutiendo mientras Carmelo emparchaba las cubiertas que sucesivamente iban pinchando.*

*Las discusiones de Carmelo y Salomé eran recurrentes, a esa altura del partido las mantenían sólo como una suerte de nostálgico deporte pues ya habían decidido separarse amigablemente después de pasar una temporada en Mallín del Gringo.*

*Cuando cruzaron la tranquera con la tabla podrida de ciprés que ostentaba el famoso “VOLVERÁN” de Francisca, estaban embarcados en una que apasionaba especialmente a ambos y cuyo tema eran los ronquidos de Carmelo.*

*Salomé insistía en que la noche anterior, cuando finalmente se había colocado tapones en los oídos para poder dormir, él había dejado instantáneamente de roncar.*

*- Lo hacés a propósito - declaró indignada - para molestarme.*

*Esas fueron sus primeras palabras al bajar del auto dando un portazo, ante la mirada atónita de los San Román.*

*Estas peleas estimulaban a Carmelo que consideraba la beligerancia mucho más interesante que la paz. Salomé había constatado que su humor empeoraba notoriamente los días en que no tenía discusión alguna. Por el contrario, cuando ejercía su agresividad parecía mucho más animado; y si lograba quedar con la última palabra se veía exultante.*

*Una mañana, al mes de haber aterrizado en “La Estancia” y cuando ya habían agotado su repertorio de conflictos, Carmelo decidió enfurecerse porque no había suficiente pan a la hora del desayuno.*

*- Sabés que no puedo desayunar sin pan y no te preocupás porque haya suficiente. No pensás en mí - le dijo a Salomé.*

*- ¿Sabés lo que te pasa a vos? Que andás necesitando a tu Tatiana; eso es lo que te pasa - diagnosticó ella.*

*El comentario dejó mudo a Carmelo. En los buenos tiempos, ante similares reproches, Salomé terminaba llorando. No estaba preparado para este cambio. Sin embargo la separación ya estaba resuelta y él sabía muy bien que sus peleas eran sólo fórmulas para encubrir el hastío. Conocían sus respectivos papeles y los desempeñaban, pero ya habían repetido la escena demasiadas veces como para seguir convincentemente la representación. Pero le costaba desprenderse de Salomé, como le había costado desprenderse de los leones y del colchón, por eso le había rogado que lo acompañara un tiempo en “La Estancia” antes de irse definitivamente.*

*Así que Carmelo tenía otra mujer, pensó Francisca. Tatiana; alguna rusa que habría conocido por ahí. Su curiosidad pudo más que su discreción y en cuanto estuvo sola con Salomé le preguntó quién era esa Tatiana.*

*- Una que cantaba.*

*- ¿Y?*

*- Y bueno, que Carmelo siempre se agarraba con ella.*

- Andaban juntos...

- No, nada que ver, yo le puse así a las rabietas que él se agarra cada tanto, porque es como que necesita a alguien para pelear. En el circo era con Tatiana, la que nos acompañaba al piano y cantaba; después quedaba hecho una seda. Le hacía bien, como hacer un poco de gimnasia, ¿viste? Y ahora que ella no está me busca a mí, pero no me va a encontrar. Qué se cree.

- Igual al padre - comentó Francisca.

- Lo que pasa es que cinco años al lado de una misma persona es mucho tiempo; cansa a cualquiera - comentó Salomé que agregó con un desparpajo que maravilló a Francisca:

- Yo ya estoy harta, ¿vos no?

- ¿Vos estás harta? Vos no tenés ni idea de lo que puede ser estar cansada de alguien. Yo me casé hace dieciocho años.

- Qué horror, ¿cuántos años tenías?

- ¿Cuántos tenés vos?

- Veintidós.

- Yo tenía diecisiete y Gregorio treinta y tres - recordó Francisca.

- La edad en qué me junté con Carmelo; pero no pienso aguantar tanto - agregó Salomé mirándola como a una marciana - sos tan joven...

En ese momento Francisca tuvo ganas de confesarle que ella había decidido odiarla cuando llegó y no había podido. Pero se contuvo.

- ¿Te puedo preguntar algo?

- Sí - contestó Francisca divertida.

- ¿Por qué no tuviste hijos?

- No puedo, tengo un problema en los ovarios, ¿y vos?

- ¿Yo? Con la vida que hicimos, imposible. Además Carmelo nunca quiso casarse y no iba a obligarlo por un hijo. Pero me gustaría - agregó soñadora - tal vez más adelante, si encuentro a alguien...

- A mí me hubiera encantado tener hijos - se lamentó Francisca - Dios da pan a quien no tiene dientes.

- En el fondo es mejor que no los hayas tenido - la consoló Salomé - estás libre, ¿por qué no te venís conmigo a Buenos Aires?

- Para mí no es tan fácil. Gregorio es insoportable a veces y me harta, pero estoy acostumbrada a él. No sé, es difícil de explicar.

- Hacéme caso, vos sos un bombón para ese viejo.

- No es tan viejo.

- Cincuenta años, o más ¡qué te parece! Largálo y hacé tu vida, todavía estás a tiempo.

- Estás loca.

- Puede ser. Pero no me vas a negar que es divertida la idea de mandarnos mudar las dos. - Francisca no contestó. Nunca se había sentido tan hipócrita. Pero ¿qué podía hacer? ¿Contarle a Salomé que estaba enamorada de Carmelo? La misma pregunta le dio miedo, además no estaba tan segura de eso.

*Una tarde Salomé le propuso a Carmelo organizar una función de cine en “La Estancia”, todavía tenían el proyector y algunas películas, y el evento contribuiría a terminar de apaciguar los ánimos aún conmocionados por la muerte de los leones. Aunque el verdadero objetivo de Salomé era, en realidad, la posibilidad de conocer a Rufino, el hijo de los Mirona, a quien había visto de refilón en el pueblo.*

*La función sería al aire libre porque ese mes de enero el clima, insólitamente, era benigno.*

*La película estaba anunciada para las diez de la noche cuando comenzaría a oscurecer, y un poco antes de esa hora comenzó a juntarse la gente. Llegaron los Mirola y el administrador de un campo vecino con su mujer; el capataz de “La Estancia”, un hombre grandote y jovial, un puestero y su familia y también, en una volanta, un matrimonio de chacareros gringos, que arrendaban parte de las tierras que los San Román no se dignaban a trabajar, con todos sus hijos. Los chicos se habían bañado y estaban distintos.*

*Carmelo era el centro de la reunión; contaba anécdotas de sus andanzas con el circo que todos festejaban. Cuando apareció Salomé se produjo un silencio embarazoso; era la intrusa. Pero casi enseguida Carmelo arremetió con otro cuento mientras Gregorio murmuraba:*

*- Circos eran los de mi época - y Francisca ofrecía guindado y galletitas “Visitas”.*

*Al rato, ayudado por los hombres de la reunión, Carmelo acercó la casa rodante donde ubicó el proyector y comenzó a colocar la cinta mientras Salomé colgaba una sábana del alambrado y las demás mujeres traían mantas y sillas para sentarse.*

*Ya oscurecía y empezó a soplar una brisa fresca; algunos protestaron pero los chicos se instalaron en las mantas, sobre el pasto, con los ojos fijos en la sábana que ondulaba levemente.*

*De pronto irrumpió, muy fuerte, una música que salía de un parlante ubicado en el techo de la casa rodante; pero el sonido resbaló penosamente, el volumen bajó y volvió a elevarse repentinamente hasta que, encarrilándose al envío inicial, pareció estabilizarse.*

*En la sábana aparecieron las imágenes de una ciudad con unos títulos sobrepuestos. La película se llamaba: “Pájaros sin nido” y ya se los veía volar premonitorios sobre un cielo tormentoso.*

*- Les va a encantar, van a ver - prometió Salomé.*

*Las imágenes daban cuenta de las sórdidas vicisitudes de tres huérfanas: primero en un orfanato del que lograban escapar para sumergirse en una vida miserable donde eran explotadas por hombres siniestros. Después, una de ellas, tomaba los hábitos y expiaba sus presuntas culpas en un convento; otra se enamoraba de un hombre honesto y bueno que le perdonaba su turbio pasado y la tercera moría trágicamente en brazos de sus compañeras.*

*Cuando comenzó la película Salomé se alejó hacia la casa. Rufino, que se había quedado fumando, recostado contra un árbol, la alcanzó.*

*- ¿No te quedás a ver? - le preguntó.*

*- Me la conozco de memoria - sonrió ella - ¿y vos?, ¿no te interesa?*

*- ¿Yo?...eh... bueno, yo vine nomás por... vine para verte.*

- Ah sí, no me digas...

- Es en serio, a mí... a mí lo único que me interesa en este momento sos vos.

Ella lo miró, el viento la había despeinado y en sus ojos oblicuos, entrecerrados, bailaba una sonrisa. Se volvió y siguió caminando hacia la galería pero él le cerró el paso.

- Mirá Rufino... - comenzó ella y él reteniéndole el brazo la interrumpió diciéndole al oído:

- Me.. me volvés loco, mujer. No, no te vayas.

Ella separó un poco la cara para mirarlo, seguía sonriendo, entonces Rufino se inclinó y le dio un beso húmedo muy cerca de los labios. En ese momento llegaron correteando algunos de los chicos a quienes los problemas de las huérfanas tenían sin cuidado. Se habían cansado de brincar sobre las mantas y ahora, chillando, buscaban a los personajes detrás de la sábana.

Viendo la improvisada pantalla amenazada, Salomé corrió a sujetarla. Después tuvo que ayudar a Carmelo con los cambios de rollo y Rufino no encontró otra oportunidad de estar a solas con ella. Maldijo a los niñitos y experimentó una súbita corriente de simpatía por Herodes.

*Un tema recurrente de Carmelo y Salomé era el de los sueños.*

*- Anoche soñé con vos - le había dicho él una mañana, al poco tiempo de vivir juntos.*

*- ¿Sí? ¿Y yo qué hacía? - preguntó ella zalamera.*

*- Fífabas con otro.*

*- ¿Era rubio?*

*- Sí.*

*- ¿Tenía un tatuaje en la espalda?*

*- Sí.*

*- ¿Una mujer desnuda?*

*- Sí, ¿me querés decir quién es ese tipo?*

*- Que sé yo. Estaba soñando que me dormía cuando apareció y empezó a abrazarme; no lo oí entrar. Y no sé quién es. Al principio yo no quería saber nada porque estaba muerta de sueño, pero él, bueno, qué querés que te diga, me convenció...*

*- Hasta durmiendo me engañás.*

*- Mirá, no quiero que sueñes más mis sueños. Son mi privacidad, mi doble vida.*

*- La mía también - protestó él - además no tengo la culpa.*

*- Sí, lo hacés a propósito para vigilarme; al fin y al cabo no tengo nada propio - dijo ella, ya al borde de las lágrimas.*

*El fastidio de Salomé aumentaba con los ronquidos de Carmelo; tenía la sospecha de que él roncaba para arrancarla de esos sueños. Pero una vez, y ya de regreso en "La Estancia", Salomé soñó que llegaba a un bar perdido en medio del desierto; adentro del bar, que tenía piso de tierra, había una cancha de bochas y varios hombres jugando. Salomé se preguntaba de dónde habrían salido, si afuera sólo estaba el desierto, el viento y un sol poniéndose.*

*En ese momento se le acercó un muchacho bastante mugriento, con aspecto de mecánico. Ya debe de estar listo el auto, pensaba ella, pero él pasaba a su lado y le susurraba algo descaradamente divertido al oído. No podía recordar qué. Salió afuera, a la noche y él la siguió y comenzó a abrazarla, apretándose contra ella. Salomé se recordó diciéndole:*

*- Dejame, dejame; estás loco... y al observarlo reconocía a Rufino, el hijo de los Mirola, que le decía:*

*- Tu auto tiene el acelerador engranado, te lo arreglo enseguida, es cosa de minutos. Salomé se sentía extrañamente fascinada por la sabiduría exótica de alguien que dominaba el misterioso mecanismo del motor del Ford y caminó abrazada a Rufino hasta un galpón. Allí, detrás de un mostrador, apareció una mujer flaca de sonrisa estática y cutis verdoso. No dijo nada y ella tuvo la sensación de que los observaba con cierta piedad antes de alejarse caminando por un corredor.*

*- ¿Quién es? ¿Tu mamá? - preguntó Salomé. Rufino rió:*

*- Nada que ver, si vos la conocés a mamá; ésta es la Muerte, una hinchabolas que cada tanto se pone histérica y jode.*

*En eso suena un teléfono y como él ahora está debajo del auto y tiene las manos muy sucias le pide a Salomé que atienda.*

*- Hola, hola - es Carmelo. Está con Francisca. Qué tendrás que hacer vos con Francisca, piensa ella, pero no se lo dice y en cambio le avisa que el auto ya va a estar*

*listo, que el hijo de los Mirola lo está arreglando.*

*- Pero si ese gil de motores no entiende nada - salta Carmelo del otro lado y ya Rufino está de nuevo junto a ella, acariciándola, no recuerda si con las manos limpias o sucias y de todas maneras no importa y la voz en el teléfono sigue hablando y ella se abandona hasta que un ronquido la despierta.*

*Miró a Carmelo, a su lado, en la cama y pensó que probablemente él tenía algo con Francisca. Se las había arreglado para contárselo en sueños el muy cobarde, pero también se había enterado de una cosa que ella misma no sospechaba: el hijo de los Mirola le gustaba.*

XV

---

*DESPIERTA, MI BIEN, DESPIERTA*

“¿Será bueno esto? No sé (me apuro un poco para mostrarle a Bouilhet un borrador cuando venta). Lo que sí es seguro, es que la cosa marcha desde hace una semana.

¡Que siga! ¡Porque estoy cansado de mis lentitudes! Pero desconfío el despertar, ¡las desilusiones de las páginas pasadas en limpio! No importa, bien o mal, ¡es delicioso escribir! No ser más uno y circular por toda la creación de la que se habla. Hoy me he paseado a caballo por un bosque, en una tarde de otoño, bajo las hojas amarillas, y yo era los caballos, las hojas, el viento, las palabras que se decían y el sol rojo que hacía entrecerrar sus párpados inundados de amor.”

Gustave Flaubert - *Correspondencia*

*Al poco tiempo del regreso de Carmelo, Francisca se inventó un viaje a Buenos Aires, con la excusa de dejar a padre e hijo “en familia”.*

*- Así se ponen al día - le dijo a Gregorio.*

*Pasó casi un mes afuera y volvió rejuvenecida: corte de pelo, vestido nuevo.*

*- Fuimos de compras - se burló Carmelo.*

*- ¿Y qué?*

*- Nada.*

*- ¿Entonces?*

*- Bueno, si querés que te diga la verdad, no me gusta como te queda.*

*Era la primera vez, desde su regreso, que le decía algo personal.*

*- No me importa - mintió.*

*- Yo podría diseñarte un vestido - continuó él en un tono tan decididamente seductor que a ella le dio rabia.*

*- Si son como los que usa tu mujer, no gracias - le contestó pensando en el vestido de peluche, imitación leopardo, con que Salomé deambulaba por “La Estancia” ante la mirada atónita y maravillada de los paisanos.*

*- En primer lugar no es “mi mujer” y en segundo lugar, por supuesto que no, ése no es tu estilo. Además Salomé no sabe distinguir entre el escenario y la vida real; nunca lo hizo.*

*- ¿Cómo es mi estilo? - preguntó ella, no tanto por coquetería como por verdadera curiosidad.*

*- Tenés pinta de tana - le dijo, pero ella se apartó al sentir sus manos.*

*- Vamos a caminar - le susurró al oído. Francisca volvió la cara hacia otro lado.*

*- ¿Y Salomé?*

*- Dale con ella. Se va a ir. Hemos decidido separarnos.*

*Francisca se sintió mal de pronto.*

*- Pero yo...*

*- Vos no tenés nada que ver con eso - la interrumpió él - ya estaba conversado antes de que viniéramos aquí. Me considero libre y ella también.*

*- Yo no soy libre - dijo Francisca en voz baja pero recalcando las palabras.*

*- ¿Ni siquiera para caminar hasta el río?*

*- No puedo - dijo ella.*

*- A las seis; te espero allí a las seis.*

*Caminó por el sendero dorado como una automática. Le molestaba y al mismo tiempo le encantaba esa insolente seguridad de Carmelo respecto a ella.*

*Todo estaba silencioso y húmedo; allá abajo, el agua del río despedía un vapor fantasmal.*

*El camino, pegajoso de hojas muertas que caían de los álamos, plantados por el viejo San Román para detener el viento, bajaba por la barranca, entre los pastizales. Allí estaba Carmelo, esperándola.*

*Caminaron un rato sin hablar. Francisca se sentía intimidada.*

*- Por qué - preguntó por fin - te separás de Salomé.*

*- Porque quiero dejarla.*

*- Pero ¿por qué?*

*- Lo nuestro no va más; y además no quiero casarme.*

*Francisca volvió a quedar silenciosa; por momentos el sendero subía y descendía después de una manera abrupta, bordeando peligrosamente la orilla del río.*

*- No querés casarte con ella ¿o no querés casarte?*

*- Las dos cosas.*

*- ¿Y ella qué dice?*

*- Que soy un inmaduro y que siempre le he llevado la contra.*

*- Algo de razón tiene - dijo Francisca con el tono de una madre que, en el fondo, tolera las travesuras de su hijo.*

*- ¿No te parece que la has tratado bastante mal?*

*- Lo que pasa es que debimos haber terminado hace tiempo. Estoy cansado y ya no soy un pendejo - dijo con cierta pasión - veintinueve pirulos - mintió, agregándose dos años.*

*- ¿Entonces yo? Tengo treinta y cuatro - mintió ella a su vez, sacándose dos -, ¿qué tendría que decir yo? Voy a cumplir treinta y cinco.*

*Y Carmelo sintió que lo miraba con ironía.*

*- Qué importa eso. A mí no me interesa tu edad.*

*Francisca se detuvo y se volvió hacia él con un gesto encantador.*

*- Volvamos - pidió.*

*- ¿Qué pasa? - sonrió Carmelo atrayéndola hacia él.*

*Ella intentó separarse débilmente pero él, sin soltarla buscó su boca. Porfió con su lengua para que separara los dientes. Al principio ella se resistió pero después lo dejó y Carmelo pudo encontrarla en un beso largo y profundo. Pasaron unos segundos antes de que se separasen.*

*- No debí venir - dijo ella apoyándose en su pecho.*

*- Vamos hasta allá - murmuró él en su oído señalando una pequeña plataforma de pasto en un declive, al pie de unos árboles. Ella lo miró poniéndose en sus manos, Carmelo se deslizó primero.*

*- Está resbaloso - gritó, porque el ruido de la correntada amortiguaba las voces.*

*- No importa - contestó ella y allá fue vacilando, resbalando hasta un árbol al que se aferró sosteniéndose de las ramas.*

*- Tratemos de avanzar - dijo él y comenzó a trepar por una picada que volvía a subir desde el declive. Finalmente encontró el interrumpido camino y llegó a una pampita con árboles.*

*Ella avanzó hasta llegar a su lado. Al sentarse junto a él, en el pasto, lo miró*

*pesadamente y apoyó la cabeza en su hombro. Carmelo la abrazó con fuerza mientras miraba a su alrededor. Estaban completamente solos. Hundió la boca en su garganta. Todo estaba muy quieto. La sintió temblar y abandonarse.*

*Le acarició la mejilla y Francisca sonrió con melancolía. Para ella la felicidad estaba en la imaginación y no en el acto; tenía temperamento flaubertiano, encontraba el placer primero en la ilusión y después en el recuerdo.*

*- ¿Por qué estás tan triste? - le reprochó.*

*- Es que... me siento mal. Tu padre...*

*- El es lo que menos me importa. Decíme, ¿te sigue pegando?*

*Francisca no contestó; Carmelo se levantó entonces y ella adivinó su expresión sombría.*

*- Cuando pienso lo que la habrá hecho sufrir también a mi madre... Y lo que hizo con Cándido. ¿Te parece bien eso?*

*- Ya no me pega - dijo ella por fin - toma menos y además yo ya no le tengo miedo como antes. Y ahora tengo bronca - su voz sonaba cansada - bronca por haberme dejado llevar.*

*- Yo no puedo evitarlo - Carmelo volvió junto a ella y hundió la cara en su regazo-, no puedo dejar de quererte; nunca pude.*

*- Vos sos libre - continuó ella - y te vas a ir.*

*- No*

*- Sí, claro que te vas a ir. Y va a ser mejor así porque ¿hasta cuándo vamos a seguir engañándonos todos?, ¿cuánto podríamos durar así?*

*- No me voy a ir.*

*- ¿Dentro de cuánto tiempo te hartarías?*

*- Nunca - respondió él con voz ahogada.*

*Cuando volvían Carmelo intuyó algo desgano o resentido en ella. Después que treparon la cuesta Francisca se adelantó por el sendero. Él se detuvo. Ella se volvió sorprendida y lo miró. Él se acercó entonces y la abrazó. Caminaron en silencio y cada tanto él besaba una de sus manos que mantenía aferrada. Cuando llegaron cerca del portón de la galería la soltó. Ninguno de los dos hablaba.*

*- Buenas noches - dijo ella por fin y se alejó, entrando en la casa antes que él.*

*Al entrar en su cuarto Salomé le habló. Se oyó a sí mismo contestándole como en un eco. No podía soportarlo. Quería golpearse la cabeza contra las paredes. Pero se quedó quieto, sentado en la cama, vestido, con el mentón en las rodillas, mirando sin ver por la ventana el paredón rocoso de la montaña que ya empezaba a ensombrecer.*

*No podía ni pensar ni dormir, de modo que se quedó quieto, mirando.*

*El frío lo despertó horas más tarde. Estaba exhausto. Tengo que irme, pensó. Pero no quería. Se metió bajo las cobijas y durmió.*

*A la madrugada su padre se levantó, lo oyó atizar el fuego. Finalmente llamó con suavidad a la puerta para ofrecerle unos mates. Contestó como si estuviera dormido mientras Salomé rezongaba.*

*Lo despertó el silencio. Miró el reloj: las diez de la mañana. Ya no se oían los pasos de su padre en la cocina y calculó que habría ido hasta el pueblo con Francisca.*

*A su lado Salomé dormía. Se levantó despacio y sin ruido y fue a la cocina.*

*Al cruzar el umbral quedó paralizado, su padre no había salido; estaba allí, pero*

*derrumbado en el suelo.*

*Muerto. Está muerto alcanzó a pensar. Al acercarse comprobó que Gregorio respiraba. Tenía la cara gris y su boca temblaba torcida hacia un lado en una mueca incontrolable, pero el pecho subía y bajaba rítmicamente.*

*Gritó llamando a las mujeres.*

*- No lo muevan - les dijo y fue al pueblo a buscar al médico.*

*Cuando volvió Gregorio seguía igual.*

*- Aparentemente es un derrame - dijo el médico-, hay que trasladarlo al hospital.*

*Allí, luego de interminables exámenes y consultas, Gregorio fue entubado y canalizado. Poco a poco fue convirtiéndose en un despojo que manifestaba algunos escasos y esporádicos momentos de conciencia, durante los cuales sólo alcanzaba a quejarse.*

*¿Dónde estaba? Se sentía flotar en una sustancia blanda, algodonosa. Por momentos tenía vértigo, un mareo extraño que lo arrastraba hacia atrás, muy atrás. Me voy, atinó a pensar; me voy al vacío. Entonces la vio. Venía caminando por ese largo pasillo iluminado. Gregorio no recordaba haberla visto antes. La luz era muy blanca y ella avanzaba descalza desde el fondo de tiempo. Caminaba balanceándose con sus jaulas, como aquella primera vez, en el patio de "La Estancia", y le sonreía.*

*Vanessa ¿qué hacés aquí? ¿Dónde estabas? No contesta. Siempre fue oscura, silenciosa... La vendedora de pájaros instauró aquí su vaivén descalzo ¿te acordás? apoyaba las jaulas en el suelo y abría una a una de las puertas. Libres, los pájaros se arremolinaban en breve tumulto de sonidos y fulgores...*

*No puedo verlos pero oigo el batir de sus alas. Hay muchas luces. Pero ¿sos vos Vanessa?, ¿o es Francisca? Porque Francisca también está aquí, y Carmelo. Alcanzo a verlos, él le dice algo y la abraza ¿o soy yo el que te abraza Francisca y esto es un sueño donde me veo abrazándote mientras Vanessa me llama, me sigue llamando desde el fondo de ese pasillo iluminado, me dice que despierte y yo no puedo moverme por estas cuerdas malditas que me atan. Preso, me tienen preso... Quiero arrancarlas y volar con todos tus pájaros... yo...*

*- ¿Qué dice? Está murmurando algo - susurró Francisca.*

*- No sé. Parece que quiere algo - Carmelo se acercó a la cama.*

*- Dice algo de unos pájaros y me parece que la está nombrando a tu madre.*

*Carmelo, ¡Carmelo llamó al médico! ¡Tu padre está mal, está temblando!*

*- ¿Hace mucho que está así? - preguntó el médico al verlo.*

*- Recién - dijo Francisca - nos acercamos a la cama porque nos pareció que quería decir algo y de pronto se puso a temblar. Mire, también se arrancó la sonda.*

*- Fue una convulsión - afirmó el médico - me parece que ya no hay nada que hacer.*

*Lo velaron en “La Estancia”. Salomé decidió vestirse de negro, no tanto por solidaridad hacia los San Román como porque sabía que a su melena rubia le sentaba.*

*La gente invadió la casa que se pobló de frases hechas: Así es la vida; Nunca supo estar enfermo; Hoy estamos, mañana no estamos; No somos nada; etcétera.*

*Empezaba a preocuparse, los Mirola habían llegado pero no Rufino. Aburrida se dedicó a servir café hasta que sintió una mano en su hombro. Se volvió y ahí estaba.*

*- Vení, vamos afuera - murmuró él.*

*Ella lo siguió dócilmente.*

*- ¿Tenés frío? - le preguntó, atrayéndola hacia él cuando ya nadie podía verlos.*

*- No... sí; pero podemos ir hasta la casa rodante - propuso ella.*

*Una vez allí Salomé abrió la puerta y apenas entraron empezaron a besarse con cierta desesperación. No se decían nada y poco a poco fueron derrumbándose en la cama donde se tendieron sin dejar de abrazarse.*

*Rufino la acarició con manos urgentes mientras su lengua recorría ahora una oreja de Salomé y se hundía en ella mientras le desabotonaba torpemente la blusa.*

*Pero esa primera vez hicieron el amor horriblemente, a medio vestir, con gran zozobra y pendientes de cualquier ruido.*

XVI

---

*DE JOSÉ HERNÁNDEZ A SIGMUD FREUD*

*Los amores de Rufino y Salomé iban viento en popa, aunque las cosas se complicaban porque resultaba difícil mantener la clandestinidad. El problema no era Carmelo, que estaba al tanto de todo; ella le contaba sus avatares amorosos y él la aconsejaba, sino el resto de la gente. El inesperado ataque y después la muerte de Gregorio habían frustrado sus planes de irse juntos. Salomé estaba desolada, pero le dijo a Rufino:*

*- Andate primero vos y esperame allá; yo no me puedo ir en este momento; por delicadeza, ¿entendés?*

*Y Rufino entendió y esperó hasta que ella, pasado un tiempo, decidió anunciarle a Carmelo que, ahora sí, se iba definitivamente a Buenos Aires.*

*Después que Gregorio murió, Francisca lo convenció a Carmelo de llevar a Cándido a “La Estancia”.*

*- Gregorio nunca quiso que volviera - le comentó - pero a mí me da pena porque él, que lo adoraba a tu padre, siempre tuvo que andar por ahí como un paria, dependiendo de changas para comer.*

*Hoy habían venido su padre y Francisca a buscarlo. El estaba en lo del vecino, amarrando un ciprés que amenazaba caerse sobre la cabaña. Hay que sacarlo patrón, le había dicho. Y en eso habían llegado ellos. Mucho viento, le estaba diciendo al vecino, y este árbol trae las raíces sueltas. Y ellos querían que él volviera a “La Estancia”. Tamaño árbol. Le va a caer encima le había dicho al vecino. Parece que lo había perdonado el padre, porque él le había contestado una vez a la Francisca que si el padre no mandaba él no volvía. Y el padre había venido a buscarlo.*

*En cuantito saque el árbol del vecino me voy para “La Estancia”, les dijo. Y ellos se habían reído. Y él también, de puro contento.*

*Y Cándido volvió a “La Estancia”. Francisca le había preparado una pieza, al fondo de la galería, pero él se empeñó en instalarse en la casa rodante que había quedado en el camino de la entrada.*

*- Cree que soy papá - le dijo Carmelo a Francisca.*

*- ¿Por qué decís eso?*

*- Bueno, es difícil saber qué es lo que pasa por su cabeza, pero me parece que no se da cuenta de que papá murió y cree que soy yo.*

*- Es que te parecés bastante y además, andá a saber qué recuerdos le trae el haber vuelto.*

Salomé debe de haber trabajado en Buenos Aires, cuando lo dejó a Carmelo para seguirlo a Rufino. ¿Como modelo, tal vez, en el taller de algún pintor?

La imagino como una modelo que posaba en lo de Oscar Rivera y que llevaba en la cartera un ejemplar sobado del Martín Fierro. Era como su biblia y cada tanto, desde el estrado, les descerrajaba una máxima a los alumnos de Oscar.

Tenía un físico contundente, acompañado de un look y una manera de caminar decididamente provocativos. Sin embargo, una vez que la encontré en la calle me comentó, genuinamente sorprendida:

- ¿Viste cómo me miran? No sé qué me ven.

Le gustaba disfrazarse y posar con “ambientaciones”, según decía, para lo cual llevaba cosas *ad hoc*: una sombrilla y un kimono: Oriente; una sábana: Grecia o Roma...

Pero acerca de esto no indagué a Oscar lo suficiente. Tendría que haberlo hecho; ahora me intriga saber qué más inventaba. Me recuerda ese cuento de Henry James: *The real thing*; el narrador es un pintor y el tema es el del realismo, el de la posibilidad que tiene el artista de representar lo real. La conclusión es irónica: los exponentes de “lo real” los aristocráticos esposos Monarch que, venidos a menos, se ofrecen al pintor como modelos para sus ilustraciones, son fácilmente superados en su representación de la nobleza por una muchacha insignificante que hace las veces de sirvienta. Al final lo real y lo ficticio se confunden, se trastruecan; el pintor desecha a los aristócratas prefiriendo como modelo a la muchacha que se metamorfosea con ductilidad asombrosa en los personajes que él requiere para sus viñetas y los esposos Monarch terminan por ocupar el lugar de la sirvienta.

La modelo de Oscar Rivera vivía en una pensión de San Telmo y se lamentaba porque la dueña la odiaba. Algo previsible, ya que este tipo de mujeres casi siempre despierta ese sentimiento entre sus congéneres.

Con innegable sentido práctico había seleccionado tres amantes entre los hombres del barrio: el carnicero, el hijo del almacenero y un verdulero, que, no sólo se conocían entre ellos sino que, además, estaban al tanto del hecho de compartirla. Lo único que ella les ocultaba pudorosamente era su profesión de modelo:

- Quién sabe qué pensarían - le dijo a Oscar una vez - ellos no comprenden este mundo del arte.

Definitivamente voy a utilizar estos datos para terminar de caracterizar a Salomé y lo voy a meter a Oscar Rivera en la novela.

*Salomé no tardó en conseguir trabajo. Una mañana al bajar del colectivo se enganchó una media. El accidente la obligó a ciertas maniobras que resultaron muy interesantes para un hombre que bajó con ella y que la había estado observando desde hacía rato y también para los otros que esperaban en la parada.*

*- Gracias - le dijo Salomé al desconocido que le ofreció el brazo cuando ella trastabilló al intentar solucionar el desastre - pero no hay caso, ya no tiene arreglo. - En ese momento se dio cuenta de que todos la miraban.*

*- ¿Vio cómo me miran? - suspiró enderezándose y meneando provocativamente la cola - no sé qué me ven - concluyó, genuinamente sorprendida.*

*- La miran porque es usted preciosa - afirmó el desconocido - y a mí me gustaría que posara como modelo en mi taller.*

*- ¡Un artista! Usted es un artista.*

*- Bueno, si se quiere; soy pintor, es verdad.*

*- ¿Español?*

*- Catalán.*

*- ¿Y no es lo mismo?*

*- Pues, yo diría que no.*

*- Para mí es lo mismo, me encanta cómo hablan todos ustedes. Yo antes también hablaba así, ¿sabe? - proclamó nostálgica - pero porque era ceceosa.*

*- Eso debe haber resultado encantador.*

*- Supongo que sí porque, algunas veces, mi marido me rogaba que volviera a cecear.*

*- Vaya, creo que yo en su lugar hubiera hecho lo mismo.*

*Salomé lo miró sin pestañear; no estaba mal el tipo.*

*- ¿Y, qué le parece mi propuesta?*

*- ¿Propuesta, qué propuesta? - Y además era un artista de verdad.*

*- Venir a posar a mi estudio, tiene usted un cuerpo estupendo...*

*- Salomé, Salomé Bertrand.*

*- Bertrand, ya me parecía, origen francés.*

*- Sí, bueno, en realidad yo no hablo... - Decididamente le gustaba el hombre, Rufino era poeta pero nunca le decía esas cosas.*

*- Ça ne fait rien ma petite.*

*- ¿Qué? ¿Qué está diciendo?*

*- Nada. Venga y haremos una prueba, aquí tiene mi tarjeta y la dirección.*

*El nombre que se leía en la tarjeta era: Oscar Rivera y el estudio quedaba en la calle Córdoba.*

*Salomé no le comentó nada a Rufino de este encuentro; sólo le dijo que se había ofrecido como modelo en una academia de Bellas Artes para señoritas y que la habían aceptado.*

*- Tené cuidado con las lesbianas - comentó él, y ella asoció el término a algo difuso relacionado con lápices labiales.*

*El taller de pintura de Oscar Rivera hacía furor entre una numerosa clientela de alumnos ricos y desocupados, en su mayoría mujeres. Salomé podría haberse conformado con posar pero, además de acostarse con Oscar los días que éste no daba clase, cuando trabajaba aparecía con un enorme bolso lleno de implementos para "ambientar", como ella decía y que iban, desde un narguile hasta una raqueta de tenis.*

*Primero retomó nostálgica la Magdalena y la Lady Godiva de su adolescencia en el Estudio Baratti a las que agregó la zagala tirolesa y la mala mujer de El corazón de una madre, esta última en actitud de tango con un gran tajo en la pollera y puñal en la liga. También agregó una odalisca y una princesa egipcia.*

*- Esta les viene bien porque ¿viste qué brutos son para sacarme de perfil? le comentaba a Oscar Rivera.*

*Así metamorfoseada se prestaba a la pose descerrajando cada tanto, sobre los azorados alumnos, máximas del sobado Martín Fierro que llevaba siempre en la cartera.*

*Rufino andaba sin trabajo y ella ganaba muy poco. La situación se volvía insostenible. Él la presionaba para que pidiera aumento de sueldo en la academia inexistente.*

*- Deciles a esos usureros que te paguen más.*

*- No puedo, me da vergüenza - pero esa tarde resolvió y fue hasta la carnicería, diciéndose a sí misma: "No te debés afligir aunque el mundo se desplome: lo que más precisa el hombre tener; según yo discurro, es la memoria del burro que nunca olvida ande come".*

*El dueño de la carnicería, que estaba a una cuadra del taller, más de una vez le había susurrado al oído mientras le regalaba milanesas o colitas cuadril.*

*- Me volvés loco nena, ¿qué estás esperando, que me crezcan bulones?*

*Tenía unas manos enormes, poderosas, que Salomé no podía dejar de mirar, hipnotizada, cuando diestramente maniobraban los cortes, y cuando Pepe (así se llamaba el carnicero) envalentonado le mordisqueó juguetonamente la oreja, sintió unas cosquillas no por conocidas menos especiales, por lo que decidió no esperar bulones y sí más milanesas y colitas de cuadril.*

*Al cabo de algún tiempo le anunció triunfante a Rufino:*

*- Mirá, traje carne; en la academia me aumentaron el sueldo y también voy a trabajar los sábados a la tarde.*

*Pepe le presentó a Rubén, el hijo del almacenero. Rubén era joven y rubio y tenía los ojos celes, celestes... Este detalle le encantó a Salomé.*

*- Es tan dulce... - le comentó a una de las alumnas de Oscar Rivera - pero no sé si debería... Aunque es mejor que sean dos por si alguno me falla; Pepe es casado y tiene familia, son muchos compromisos y con éstos una nunca sabe.*

*- ¿Y tu marido? - se asombró la otra.*

*- Rufino no es mi marido; yo a él lo quiero. Pepe y Rubén son algo pasajero. No me importan y yo a ellos tampoco, pasamos el rato y nada más.*

*- ¿Con los dos? ¿Te acostás con los dos?*

*- Y qué. Si son amigos.*

*- ¡Salomé, como podés!*

*- El asunto no es que yo pueda sino que ellos puedan; y pueden eh, son bastante gauchitos los dos.*

*- ¿Y saben que trabajás aquí?*

*- No, quién sabe lo que podrían pensar; ellos no comprenden este mundo del arte; Rufino sí, él es un artista, por eso tenemos diálogo.*

*En la biblioteca de Oscar Rivera, Salomé descubrió a Sigmund Freud y comenzó a alternar la lectura de Psicopatología de la vida cotidiana con el Martín Fierro.*

*El hallazgo modificó inesperadamente su vocabulario y la llevó a afirmar que ella tenía tendencia a la máscara, el disfraz y al histrionismo en general, no sólo a causa de la imagen imborrable de su abuela cantando La Marsellesa sino por una frustrante ( esta palabra le encantaba) experiencia infantil en el jardín de infantes durante el tradicional acto de fin de curso.*

*En esa oportunidad, ella y todas sus compañeritas, debían realizar un sencillo número de baile vestidas de patinadoras.*

*Salomé recordaba con amargura el momento previo, en que todas las mamás, maquillaron esplendorosamente a sus hijitas con rouge, colorete y rimmel. Con especial amargura porque la Sra. Bertrand se negó a hacer lo propio arguyendo que era una barbaridad, que ella no iba a pintarrapear a una mocosa de cinco años.*

*- Pero todaz lo hazen – balbuceó Violeta Isabel al borde de las lágrimas.*

*- Vos no sos todas, y vas a quedar mucho más linda, como sos.*

*- Pero voy a zer la única diztinta... – lloriqueó ella.*

*- Te vas a destacar justamente por eso nena, porque vas a ser la única que va a estar bien.*

*Y ése fue el instante clave en que Violeta Isabel Bertrand decidió inaugurar el grito de guerra que periódicamente la acompañaría durante la infancia:*

*- ¡Chillaré, chillaré y chillaré hazta que me ponga mala! – y por si quedaba alguna duda agregó:*

*- Cé hazerlo.*

*Pero aquella vez no tuvo oportunidad de demostrarlo; una imponente maestra arrió de pronto con las niñitas y el inquietante berrido quedó pospuesto. El tropel de patinadoras arrastró a Violeta Isabel al escenario donde, paralizada de rabia, equivocó todos los pasos ante la hilaridad de la concurrencia.*

*La actitud intransigente de su madre fue, según Salomé, la motivación (esta palabra también le encantaba), de sus posteriores reivindicaciones exhibicionistas, a las que se sumaron la imagen de la abuela, el odio a su madre represora y la tendencia a disfrazarse o, en su defecto, a vestirse y maquillarse de manera especialmente llamativa.*

*Hasta mi cambio de nombre tiene que ver con eso – concluía maravillada y convencida.*

XVII

---

*ARTE DE MAGIA*

*Pero Salomé estaba cansada de ser pobre y entonces le propuso a Rufino el negocio de la Lámpara de Aladino.*

*- ¿Qué es eso? – preguntó él un poco alarmado; estaba empezando a conocerla.*

*- Algo que se me ocurrió anoche. No me podía dormir y pensé que si mandáramos hacer una lamparita así, como la de Aladino, ¿te acordás el del cuento?*

*- Sí.*

*- Bueno, entonces la vendemos por correspondencia...*

*- Pero ¿para qué? ¡y a quiénes? – la interrumpió Rufino que, poeta y todo, tenía sentido práctico.*

*- Para empezar a las alumnas de Oscar Rivera y después es cuestión de agarrar la guía. Es la lámpara de la buena suerte y nosotros le vamos a vender buena suerte a la gente – dijo ella con total convencimiento. Rufino la miró atónito.*

*- Mirá, leé. Esto lo escribí mientras vos dormías y es la propaganda:*

*AQUÍ ESTÁ EL ÚNICO CAMINO POSIBLE PARA TENER MÁS SUERTE:*

*LA LÁMPARA DE ALADINO*

*PARA USTED QUE NECESITA DEJAR DE PERDER SIEMPRE*

*No desaproveche esta oportunidad ÚNICA*

*Este mensaje va principalmente dirigido a las personas que jamás ganaron la lotería, la quiniela o una simple rifa, y también a aquellos que tienen mal aliento, transpiración en las manos y los pies, frigidez o impotencia.*

*¡CONVENZASE! Usted también tiene derecho a ser feliz como los demás.*

*No tiene más que decidirse y pedir la LÁMPARA DE ALADINO. No lo dude. Quizás ésta sea la primera y última vez que LA SUERTE GOLPEA SU PUERTA y Usted por fin pueda:*

*Ganar la lotería de una vez por todas  
Pagar sus deudas y cuentas atrasadas  
Acertar a la quiniela una y otra vez  
Comparar una casa nueva  
Encontrar dinero en la calle  
Tomarse vacaciones largas y placenteras  
Apostar en las carreras sin perder  
Comprar un auto cero kilómetro  
Mejorar su aspecto (rejuvenezca:  
hágase una estética y  
cómprase la ropa que está de moda)  
Disfrutar haciendo el amor*

*Aunque Usted no lo pueda creer, aunque sea escéptico o piense que esto es pura*

*fantasía, pruebe con la LÁMPARA y verá.*

### *USTED NO PIERDE NADA.*

*Por eso, ya mismo, sin dudar, recorte el cupón que está en esta página y remítalo por correo. Nosotros se la enviaremos a cualquier ciudad o pueblo de la Argentina sin ninguna inscripción externa. SÓLO USTED SABE QUÉ CONTIENE EL PAQUETE.*

### *LOS SECRETOS PARA ACTIVAR LA LÁMPARA\*:*

*La forma de activar la LÁMPARA DE ALADINO, la orientación de ésta en el momento de pedir lo deseado, los cuidados especiales, todo esto y mucho más lo encontrará en el MÉTODO SECRETO DE ACTIVACIÓN DE LA LÁMPARA DE ALADINO.*

*Si sigue detalladamente las instrucciones que recibirá junto con la LÁMPARA DE ALADINO, nunca más ni Usted ni los suyos soportarán necesidades económicas o espirituales.*

*¡Compruébelo ya mismo! Deje que ELLA trabaje para su felicidad.*

*\*Por ahora sólo podemos revelarle que el MÉTODO DE ACTIVACIÓN DE LA LÁMPARA DE ALADINO incluye un traje completo de odalisca para la dama y un narguile para el caballero.*

### *CERTIFICADO DE GARANTÍA ABSOLUTA*

*Si en el plazo de 30 días la LÁMPARA DE ALADINO no le dio dinero en efectivo, o un cambio sustancial en su vida afectiva, Usted puede devolverla por correo y nosotros le reintegraremos el valor de su compra (descontando los gastos de envío) sin discutir nada. este es un Certificado de Garantía Absoluta que le otorgamos en el momento de la compra.*

*- Y a los que la devuelven no les reintegramos nada y recuperamos lámparas. Podemos trabajar con muy pocas lámparas – repiqueteó Salomé encantada.*

*- Pero mi amor, lo que estás planeando es una estafa...*

*- No vamos a estafar, vamos a ayudar a muchísima gente; con la Lámpara de Aladino se van sentir seguros de sí mismos y entonces les va a ir bien en todo lo que emprendan y yo estoy segura de que además van a ganar plata.*

*- No sé, no sé... – meditó él.*

*- Yo no voy a engañar a nadie, yo creo en esto; lo aprendí en Psicopatología de la vida cotidiana.*

*Salomé y Rufino ganaron bastante plata con la Lámpara de Aladino, y Salomé además heredó. El señor Bertrand había muerto y la señora Bertrand en cambio, a pesar de sus reiterados colapsos nerviosos, seguía en pie abasteciendo a toda una población de médicos.*

*Decidieron entonces volver al sur porque Rufino extrañaba a sus padres, pero no se animaron a instalarse con ellos porque Yolanda Monterroso de Mirola no toleraba que la pareja viviera bajo el mismo techo sin casarse.*

*- En concubinato; viven en concubinato, te das cuenta qué vergüenza Cipriano – se lamentaba. Cipriano se daba cuenta pero aunque intentaba hacerle comprender que sus vidas no habían cambiado en lo más mínimo por eso, ella no se resignaba.*

*- Nuestro único hijo – solía decir Yolanda, agregando con resentimiento:*

*- Y además ella es mayor que él.*

*La pareja entonces siguió hasta Blacston, deformación de Black Stone, nombre original de un pueblito vecino a Mallín del Gringo, que debía su existencia a un primitivo asentamiento de colonos irlandeses. Allí vieron una pequeña casa de campo que les encantó. Al preguntar por el propietario les informaron que se trataba del Reverendo Jeremy Sánchez, predicador y representante del culto religioso: Profetas de la Energía Espiritual Cristiana, a quien pidieron permiso para visitar la casa.*

*Entusiasmados por su emplazamiento en medio de un magnífico bosque la señalaron inmediatamente. Ya de regreso en Mallín del Gringo y reconstruyendo mentalmente el plano de la casa, Salomé recordó la distribución de las habitaciones pero no pudo localizar el baño. Rufino envió entonces, al propietario, la siguiente carta:*

*Rvdo. Jeremy Sánchez:*

*Hace unos días estuvimos con Ud. En Blacston y dejamos una seña por su propiedad, con la firme intención de comprarla a la brevedad, pero nos gustaría que nos informara sobre un detalle que consideramos fundamental; le agradeceríamos mucho no indicase dónde se encuentra el W.C.*

*Sin otro particular saludan a Ud. Con todo respeto*

*Rufino Mirola y Salomé Bertrand*

*Salomé insistió en escribir W.C. en lugar de Baño:*

*- Es gringo – dijo – y ellos lo llaman water closet.*

*Pero Jeremy Sánchez no era gringo sino chicano y no conocía el significado de la abreviatura “W.C.”. Pensó que se trataba del Templo de los Profetas de la Energía Espiritual Cristiana, denominado White Chapel y, convencido de que el Espíritu había guiado los pasos de esos compradores hacia él, respondió complacido:*

*Estimados Sres. Mirola:*

*Recibí su carta y tengo el placer de informar que el local a que*

*Uds. Se refieren se encuentra a doce kilómetros de la casa aproximadamente. Es muy cómodo, sobre todo si Uds. Tienen el devoto hábito de ir allí frecuentemente. En tal caso es preferible llevar la comida para pasar todo el día. Algunos van a pie; otros, en bicicleta, pues no hay transporte más adecuado. Hay lugar par 160 personas sentadas y 100 de pie. Ventiladores para evitar los inconvenientes de la aglomeración. Asientos de terciopelo. Se recomienda ir temprano para obtener lugar sentado. Los niños se sientan al lado de los adultos y todos cantan a coro. En la entrada le es provista a cada persona una hoja pero si llegara después de la distribución puede usar la hoja de su vecino. Hay altoparlantes. Todo lo que se recolecta en el cumplimiento de deber tan humano como divino es para los niños pobres de la región.*

*Esperando haber satisfecho vuestra noble inquietud los saluda muy atte.*

*Rvdo. Jeremy Sánchez*

*Dilucidado el equívoco, Rufino y Salomé compraron la casita de Jeremy Sánchez y se instalaron. Pero Rufino quiso ir a W.C. inmediatamente. Al firmar la escritura había conocido al predicador y sentido el aura de una revelación proveniente de su persona.*

*Cuando llegó, Jeremy Sánchez en persona salió a recibirlo. Vestía de blanco de pies a cabeza y le dijo que lo estaba esperando.*

*- Pero usted no sabía que yo iba a venir – se sorprendió Rufino.*

*- Tuve la percepción de su visita; me ocurre con cierta gente – y cuando le dio la mano, Rufino sintió algo similar a una descarga eléctrica y vio que del predicador emanaba luminosidad.*

*- Esa electricidad a mí me da siempre que toco cosas de nailon o las puertas de los autos por el metal – le dijo desdeñosamente Salomé cuando Rufino le comentó su experiencia, y todavía agregó:*

*- Es la electricidad del ambiente.*

*En otra oportunidad Jeremy Sánchez los invitó a almorzar en compañía de otros adeptos; durante la sobremesa echó en una jarra todos los restos de líquidos que habían quedado en vasos y tazas de café. Batió un poco, pidió vasos limpios y les sirvió una sidra deliciosa.*

*- La verdad que eso no sé como lo hizo – tuvo que reconocer Salomé – pero seguro que es un truco y lo de la moneda también.*

*Con lo de la moneda se refería a una que el predicador le había pedido a Rufino y que delante de sus ojos había doblado y pulido en unos pocos segundos y con sólo mirarla.*

*- Concentración de energía – les explicó sonriendo y a partir de ese momento Rufino guardó la moneda como un tesoro y comenzó a vivir sólo para Jeremy Sánchez.*

*- “Nace el hombre con la astucia que ha de servirle de guiarle de guía; sin ella sucumbiría , pero, según mi experiencia, se vuelve en unos prudencia y en los otros picardía...” – sentenció Salomé primero alarmada, después aburrida de tanto despliegue. A ella las actividades del predicador no le transmitían más que un excelente olfato para los negocios; los Profetas de la Energía Espiritual Cristiana eran empresarios financiados por los adeptos al culto, y una tarde en que Rufino insistía en adoctrinarla acerca de las ventajas de la Energía Espiritual reencarnada, no pudo contenerse y le dijo:*

*- Al fin y al cabo, ¿qué es la reencarnación me querés decir? Algo que inventaron*

*para no derrochar almas; prefiero el úselo y tírelo yanqui.*

*Esto marcó el comienzo del fin. Al poco tiempo repartieron las ganancias logradas con la Lámpara de Aladino y vendieron la casita; de todas formas Rufino ya se había mudado a White Chapel para estar más cerca del maestro.*

*Salomé regresó a Mallín del Gringo y fiel al pragmático Martín Fierro buscó su acomodo; después de coquetear un tiempo con el intendente fue nombrada Directora de Cultura de la localidad.*

*Al tomar posesión de su cargo dijo que toda su vida había estado regida por motivaciones culturales, que no frustraría las esperanzas puestas en ella y que amaba a los artistas porque el arte era la sublimación de la libido insatisfecha.*

*Todos se quedaron boquiabiertos.*

XVIII

---

*CENIZAS, NADA MÁS*

Cuando dejamos la casa de Buenos Aires para venir aquí escribí esto:

Nuestra convivencia se parece a esta casa. Nueva, intacta al comienzo, fue deteriorándose con nosotros.

A los que venían les atraía el aspecto descuidado y la mezcla de cosas que reunimos con el tiempo. Antes de sentarse a la mesa ubicada sobre la alfombra y sus manchas imborrables como insultos, alaban el sillón defectuoso al que nos habíamos acostumbrado y el cuadro que tapaba una pared descascarada.

No veían las huellas que dejaron el tedio, la piedad y la bronca. No veían las puertas clausuradas y los umbrales vencidos porque la consigna era disimular los remiendos, esconder las manchas y ocultar los muebles rotos para que la casa, como nosotros, conservara la apariencia gloriosa de lo que había sido.

En el sur tendremos casa nueva. Esto nos obligará a reponer algunos muebles, a enmarcar cuadros y a cambiar alfombras y cortinas.

Entonces habrá un divorcio entre ella y nosotros. Y se nos verá ajenos y apagados en medio de esos brillantes objetos sin historia.

Mañana estamos invitados a una reunión “culturosa” en lo de los Mirola. Por fin conoceré a los mentados Francisca y Carmelo de quienes tanto se murmura en el pueblo. Por ahora sólo los he visto de pasada; ella es la viuda de Gregorio que en la realidad murió hace un año, justo antes de que nosotros llegáramos a Mallín del Gringo y como, desde entonces, los dos viven solos en “La Estancia” las malas lenguas no paran.

Dice Yolanda que a Francisca no le importan en lo más mínimo los comentarios que sobre ella y Carmelo hace la gente; o por lo menos cierta gente. Ella no se mete en sus vidas, que digan lo que quieran le comentó y que había vivido casi cuarenta años al lado de Gregorio y tenía la conciencia tranquila.

Además le confesó que le gustaba que hubiera un hombre en la casa, por eso le había pedido a Carmelo que la acompañara; se parecía tanto al padre que eso hacía menos dura la realidad.

También le dijo que no pensaba dejar que se mudara definitivamente a la cabaña que tenía en el cerro a causa de unos estúpidos y malévolos comentarios y que, de todas maneras, la mayoría de las personas eran, a su juicio, idiotas. Mire que andar diciendo esas cosas de ella, había agregado indignada, una mujer de cincuenta y cinco años cumplidos.

Me divierte mucho encontrarme con estos personajes de mi ficción en un presente que es su futuro; porque yo sigo fabulando sobre ellos inventándoles una doble vida, pero veinte años atrás: año 1957, que es cuando lo elimino al pobre Gregorio de un derrame, y bastante joven por cierto ya que, según mi novela, en ese entonces tendría apenas unos cincuenta y un años.

Bueno, había que ver nomás a esos que últimamente habían invadido Mallín del Gringo, decía Francisca, sarcástica, cuando llegamos a lo de Mirola; apiñándose en casitas estilo “rústico” con pequeños jardines lindando unos con otros. Criticándose ácidamente, procreando hijos mal educados y alimentando enorme ovejeros alemanes que estropean las plantas, atacan a desprevenidos caminantes y desparraman la basura.

- Suponen que así es como se debe vivir en un pueblito de la Patagonia – agregó – un pueblito que, desgraciadamente, ya tiene cierto prestigio turístico y están convencidos de que tienen que instalarse frente a la chimenea encendida con las pantuflas de corderito puestas, un vaso de whisky en la mano y un perrazo recién comprado en los pies. Sí, por desgracia ha venido mucha gente de Buenos Aires últimamente – concluyó sombría – es por la violencia, allá hay mucha violencia y todos vienen aquí escapando de eso.

Decretó esto último mirándonos de reojo aunque enseguida agregó:

- No me refiero a ustedes por supuesto.

- Sí, porque lo guerrilleros... – comenzó a decir Yolanda.

- No querida – la cortó Francisca – lo de los guerrilleros fue en Tucumán. Ahora hay terrorismo. Y represión; mucha represión. Los militares ¿vieron?

- Pero ellos son diferentes – dijo Yolanda Monterroso de Mirola abogando por nosotros y sintiéndose obligada a justificar su capitulación ante nuestra sospechosa condición de intrusos porteños:

- Son vecinos de ustedes Francisca, y los invité para que se conozcan porque ellos son artistas; la señora es escritora y usted...

- Yo no – se defendió aterrado mi marido.

- Cómo que no si a usted lo hemos visto en la tele y su señora me contó que hizo teatro en la capital, como usted Carmelo; porque aquí también tenemos nuestros artistas, la señora San Román es pintora...

- Tengo que leer su libro, Sofía – la interrumpió Francisca dirigiéndose a mí – Yolanda me lo va a prestar ¿no es cierto?

Pero Yolanda Monterroso de Mirola, que tenía sus veleidades dramáticas ya había acaparado a Martín en una especie de interrogatorio policial acerca de sus actividades teatrales en Buenos Aires, diálogo al que se sumó Carmelo mientras Cipriano Argentino Mirola, que hasta el momento había oficiado de sombra, servía vino caliente con canela. La dueña de casa estaba exultante; al debutar en las tablas con un conjunto teatral que había formado Carmelo en Mallín del Gringo, había descubierto una fogosa y tardía vocación teatral. Su desempeño le había otorgado cierta notoriedad y ahora su objetivo era protagonizar el movimiento cultural del pueblo para lo cual nos había convocado.

Pero además, Yolanda Monterroso de Mirola quería promover subrepticamente la obra poética de su hijo aunque dada la relación que Rufino había tenido con la ex mujer de Carmelo, no sabía muy bien cómo abordar el tema. Finalmente se decidió por un ataque frontal a Salomé:

- La Dirección de Cultura es como si no existiera... – aventuró.

- Bueno Yolanda, qué quiere; ella es una buena persona pero no le da, no le da... – y Francisca dejó su copa sobre la mesa con una sonrisa de suficiencia.

- Bueno pero ése no es un motivo para que cobre un sueldo precisamente ¿no les parece? – Yolanda Monterroso de Mirola miró a los demás buscando asentimiento.

Nosotros sonreímos cortésmente sin decir palabra, pero Carmelo y Cipriano también parecían estar de acuerdo con Yolanda, que alentada con el consenso acotó:

- Lo peor es que no se resigna a ser simplemente una figura decorativa; ahora pretende organizar el Festival de la Tradición y ha enviado gacetillas con faltas de ortografía. Ustedes no se imaginan...

- Yo sí puedo imaginarlas – se rió Carmelo – es más, las conozco.

- Una vergüenza – siguió Yolanda – por eso me decidí a llamarlos.

- ¿Pero qué quiere qué hagamos Yolanda? ¿Qué le corriamos las gacetillas? – ironizó Francisca.

- Quiero ver si juntos podemos organizar algo, hacer lo que Cultura no hace; un recital de poemas... – arriesgó esperanzada, pero Francisca la atajó:

- Lo que pasa Yolanda es que en este pueblo cualquiera se cree un genio; o porque pintó un cuadrito o porque trabajó en una obra de teatro... – a ver si pretendía que ella y Carmelo difundieran los lamentables poemas de su hijo, lo único que faltaba. Pero Yolanda hizo caso omiso de la observación y entonces Francisca insistió:

- También están los que escriben... – largó la frase en el aire y yo sentí una cierta solidaridad con Rufino porque esta vez intuí que la indirecta era para mí.

- ¡Ay, ustedes no saben las bellezas que está escribiendo Rufinito! Antes de que se vayan quiero mostrarles algo – amenazó Yolanda mirándonos a Martín y a mí – algo que...

Pero Francisca la interrumpió abruptamente:

- Para mí, el único poeta de este pueblo – y no agregó “de mierda” pero iba implícito – fue mi marido – dictaminó.

Tomá mate, me dije.

- Pero él nunca hizo alarde y estoy harta – continuó Francisca envalentonada – harta de todos los que en este pueblo, sólo porque han escrito un miserable librito de poemas, o actuado en una obrita, o pintado un cuadrito, se creen geniales. Hay que traer gente de Buenos Aires, pero gente de talento – y nos recorrió desafiante a todos deteniéndose significativamente en Martín y en mí. Su mirada expresaba claramente que, a su juicio nosotros no éramos el caso.

- Por último – concluyó levantándose – yo no tengo tiempo para “mallincitos”.

Todos nos miramos; “mallincitos” eran, seguramente, lo que Francisca definía como esporádicas manifestaciones artísticas del pueblo.

Después que los San Román se fueron Yolanda nos leyó un poema de Rufino impreso en un folleto.

- Pertenece a una nueva serie que él llama de autoayuda anunció antes de recitar:

## CELOS

Disculpa mi comportamiento;  
sé que te he hecho daño  
y por eso estoy dañado\_.

Mis celos fueron más fuertes que yo  
y por eso te maltraté  
de esa manera tonta...

Pero... ¿Qué te sucede?  
¿acaso estás llorando?...  
no disimules tu llanto;

¿Qué importa que te miren?  
si yo también estoy llorando  
Ven amor... lloremos juntos.

Autor: Rufino Mirola  
(argentino)

Posdata: Donde hay guión ( \_ ) pon la letra de acuerdo a tu sexo.

Soy de Argentina, poeta y peregrino. Me vine en bicicleta desde Argentina hasta Canadá atravesando 16 países.

Motivos: Conocer mejor cada lugar y hacerme conocer, para escribir con más certeza y realidad.

Mi libro titulado: “Encuentros y desencuentros con la meditación y la lógica”, con el cual pienso ganar el Premio Nobel en cinco años, aproximadamente.

Agradezco me brindes una colaboración para continuar con la impresión de mi libro (aquí venía una tachadura, bajo la que podía leerse: “y mis viajes”).

Si fumás o bebés alcohol, no lo hagas delante de los niños.

- Porque ahora Rufinito se va al Canadá con el Reverendo Jeremy Sánchez, ¿han oído hablar de él? – nos preguntó Yolanda después que escuchamos la obra de su hijo. Contestamos que sí, que algo habíamos oído.

- Es una persona maravillosa – suspiró Yolanda – extraordinaria. Su energía se expande y uno la puede sentir y hasta ver ¿no es cierto viejo? – su marido asintió cansinamente.

- El puede hacer, bueno, cosas increíbles...

- ¿Cómo qué?

- Miren – dijo Yolanda y nos mostró un paquetito minúsculo – ábralo con cuidado.

Martín lo desenvolvió y adentro había un montocito de polvo gris.

- Es ceniza que él materializa en el aire – dijo solemnemente Yolanda – yo lo he visto hacerlo, así chasqueando los dedos. A Rufinito le dijo que tenía mucha fuerza mental, pero él todavía no hace estos, estos...

- ¿Milagros? – aventuré.

- Bueno, si usted quiere Sofía, pero esto es energía, energía pura.

- Qué interesante – dije yo por decir algo y viendo la cara de Martín me levanté para irnos.

- Antes de que se vayan quiero proponerle algo a usted – Yolanda Monterroso de Mirola lo miró fijo a Martín – un ciclo de charlas, como las que ha hecho su señora. Me gustaría que hablara sobre el hecho teatral; usted que es actor podría decirnos algo hermoso ¿no te parece viejo?

- Yo creo que, como dijo la señora San Román, hay que aprovechar a la gente de Buenos Aires – asintió Cipriano.

- Sí, y también podríamos organizar algún tallercito de teatro – insistió ella y a mí casi se me escapó: algún mallincito...

- Pero tal vez Carmelo quiera hacer algo de eso – se defendió mi marido – él ha hecho teatro aquí y todos lo conocen.

- Sí, claro, y también en Buenos Aires; allí la conoció a Salomé, su ex mujer, aunque la verdá yo creo que nunca se casaron ¿no viejo? Pero Carmelo no tiene tiempo ahora; es instructor y está muy ocupado con su Escuela de esquí.

- ¿Ella también actuaba? – pregunté.

- No, ella era modelo. Es muy linda pero tremenda, se lo puedo decir porque también lo engatusó a Rufinito y ahora al intendente ¿qué les parece?

Como no nos pareció nada Yolanda Monterroso de Mirola no tuvo más remedio que dejarnos partir. Después que nos fuimos le dijo a su marido:

*- ¡Cómo se puso la Francisca! Qué querés que te diga, a mí me parece que tiene celos de la escritora.*

*- “El amor de la viudita es como la lechuguita; si lo riegan un poquito, ligerito resucita” – recitó Cipriano muerto de risa al tiempo que extraía un papel del bolsillo.*

*- Mirá mamita, le escribí una carta al Reverendo Jeremy Sánchez, agradeciéndole lo que ha hecho por Rufinito – y leyó:*

*Estimado Rvdo. Jeremy Sánchez:*

*Gracias a Dios y a Usted, nuestro hijo Rufino está creciendo espiritualmente en White Chapel, o Capilla Blanca, para nosotros; ese Templo Natural del Alma que dio, da y dará a luz hombres y mujeres que, tarde o temprano sabrán retribuir cuanto hizo por ellos.*

*Dada la timidez verbal expresiva de mi hijo, le transcribiré parte de lo expresado por él en nuestras charlas hogareñas, luego de conocer ese maravilloso lugar:*

*“es un mundo encantado donde la Energía brota perpetuamente acompasada por el paisaje que desborda nuestro caudal humano”*

*“es un luminosísimo rincón del Universo donde se visualiza con cristalinidad el*

*entrelazamiento de las fibras entrañables que estructuran la sensibilidad y agudizan el alcance de los sentidos”*

*“ingresar a White Chapel genera una búsqueda intrínseca gradual y progresiva del Sí mismo; una exploración introspectiva de los sótanos del Alma, para oxigenar el espíritu y depurar la expresión del mismo”*

*“el marco geográfico: la montaña, el bosque, el lago... me transportan al Más Allá y los vivenció como un Altar sobre el que deposité mis poemas, ofrenda elaborada con la imperiosa necesidad de decir lo que siento, con el firme propósito de perfeccionarme vehementemente, para llevar con dignidad por el Mundo entero Su Mensaje”*

*Rvdo., espero que esta sintética recopilación de algunas de las manifestaciones de mi hijo le esboce la trascendente proyección de su fulgurante ministerio.*

*¡Muchas gracias!*

*Lic. Cipriano Argentino Mirola y Sra.*

Así que al final Gregorio era un buen tipo. Cuando empecé la novela yo también lo encaré manso, pero después tuve que cambiarlo para justificar que Carmelo se encame con Francisca sin remordimientos.

En cuanto a ella ¡qué personaje! No tenía idea que pintaba y no es muy simpática que digamos; aunque debe haber sido una linda mujer. Y lo admiraba a Gregorio; el mejor poeta de Mallín del Gringo... Le voy a pedir que me deje leer algún poema, después de todo yo también le atribuí uno mío.

A veces pienso que también escribir es como llevar una doble vida; al final uno termina respirando, sufriendo y riendo con sus personajes. Martín dice que a los actores les pasa lo mismo y le creo.

Ahora me falta una conclusión para las situaciones Carmelo / Cándido y Carmelo / Francisca. La pareja Salomé / Rufino ya está. Con ellos no tuve que inventar nada, superan cualquier ficción.

A Salomé la conocimos en casa de unos amigos y en cuanto se enteró de que Martín está administrando un campo en Blacstone y que viaja todas las semanas, le comentó que allí, justamente, (¡oh casualidad!) ella debía ir en misión cultural (palabras textuales).

Mi marido entonces (demasiado caballeroso para mi gusto) se ofreció a llevarla.

Yo decidí colarme pero en la mitad del viaje me dormí y tuve un sueño horrible:

Abro la puerta de la cabaña y oigo risas y murmullos. En la penumbra del atardecer distingo las siluetas. A Martín siempre le gusta hacer el amor a esta hora pienso confundida, cuando una ráfaga de viento cierra la puerta con un clac definitorio.

Un perfume denso me envuelve, mi ropa es demasiado abrigada y tengo calor. El murmullo de la pareja ahora es entrecortado, anhelante. Me doy cuenta de que mis pupilas adquieren una fijeza hipnótica contemplando la escena, pero no puedo evitarlo porque la que se agita sobre el cuerpo abandonado de Martín hasta caer exhausta, es Salomé.

Entonces advierten mi presencia, y tal vez esta mirada insoportable. Se abalanzan sobre mí y me arrastran hacia adentro. La cara de Martín rozando la mía me estremece. De un tirón me desprendo y lo miro todavía sin entender. El me sacude y me dice que me despierte, que ya estamos por llegar a Blacstone.

Agarro mi bolso que se ha caído y los observo; Salomé dormita. Busco su rostro inclinado. Sin cambiar de postura, y a través de sus ojos entrecerrados, me sonríe con sorna.

Los cálculos que estoy haciendo para entregar a tiempo esta novela se parecen a los que hago para llegar a fin de mes con guita: puedo y debo escribir tantas carillas por día; no puedo y no debo gastar tanto por día...

Cosas que me tengo que preguntar: ¿De qué manera este capítulo hace avanzar la historia?

¿Desde cuando Martín se acuesta con Salomé? Y, como lectora, no; como su mujer ¿qué más quiero saber?

Nada. No quiero saber nada más.

XIX

---

*FLAUBERTIANO*

“Los libros dicen: ella hizo esto porque. La vida dice: ella hizo esto. En los libros las cosas quedan explicadas; en la vida, no. No me extraña que la gente prefiera los libros. Los libros le dan sentido a la vida. El único problema radica en que las vidas a las que dan sentido son las de otros, jamás a la del lector.”

Julian Barnes - *El loro de Flaubert*

Cuando publiqué mi primer libro de poemas nadie lo leyó; ni las ratas. Y esto no es un eufemismo. La primera persona que llegó a la presentación fue un desconocido que me saludó efusivamente, compró el libro y fue el último en irse sospechosamente alegre.

Fue el único libro que vendí.

Además de ese personaje, que vendría a ser algo así como el soldado desconocido de las letras, tuve una visita ilustre. Íbamos por la lectura del cuarto poema cuando sonó el timbre del portero eléctrico:

- ¿Quién es? - preguntó mi marido.
- Borges - le contestaron del otro lado.

Emocionado, mi cónyuge se aprestó a recibir al maestro, cuando unos golpes en la puerta y la voz de un gallego anunciándose:

- Borges, con el hielo - lo ubicaron rápidamente en la realidad. Aunque, parafraseando al maestro; ¿cuál realidad? Por otra parte a mí nadie me podrá negar que Borges quiso estar, apelativamente al menos, en la presentación de mi primer libro.

Pero volviendo al hecho cierto de que, salvo el soldado desconocido de las letras, nadie leyó esos poemas, esa noche tuve que enfrentarme no al hecho literario sino al concreto de regresar a mi casa con casi toda la edición a cuestas.

Cuando Rimbaud escribió “Une saison en enfer” además de genial fue astuto. Retiró a cuenta unos pocos ejemplares que regaló a sus amigos. Después se esfumó y lo clavó al editor belga con todos los libros.

Pero yo, que obviamente no soy Rimbaud, quedé como paralizada ante el volumen de mi creación. Providencialmente apareció mi hermana mayor con un altillo más providencial todavía. En ese momento descubrí que antes de asumirse como poeta hay que disponer de un altillo. Ahí fueron a parar los libros. Yo contenta. Olvidaba.

Un par de años después, en medio de una conversación nada que ver, y esto fue como una traición, mi hermana me espeta:

- Che Sofía a tu libro se lo están comiendo las ratas. Mejor llevátele

Al día siguiente me encaramé al altillo para comprobar in situ el feliz y ecológico desenlace.

Chasco: las ratas ignoraban ominosa y descaradamente las páginas y sólo se comían las tapas.

En la base del cerro todavía hay nieve; me calzo las botas y voy esquiando hasta la cola de la silla. Está nublado pero no hace frío y dicen que más arriba hay sol.

Al lado de la cabina alguien me llama; es un tipo grandote que me hace señas para que me acerque. Carmelo.

- Con ese gorro y las antiparras no te reconocí - le digo.
- Vení, subí conmigo así no hacés cola.
- ¿Tenés una clase?
- No, por suerte me plantaron así que estoy libre. A su disposición señora.
- Esto sí que es un lujo; clase gratis.
- ¿Tu marido no esquía?

- Sí, pero está con un esguince en el tobillo y tiene que hacer reposo.

Ya habíamos dejado atrás el ruido y las voces de la gente; ahora ingresábamos en ese silencio mágico que instaura la nieve y donde sólo se escucha el leve chirrido de la silla al pasar una torre y el de los esquís al deslizarse.

Entramos en una nube. Los esquiadores se transformaron en sombras borrosas y sus voces resonaron como ecos remotos en ese espacio fantasmal.

- Después de esta nube hay sol - vaticinó Carmelo.

Y como obedeciéndole una luz tibia nos inundó al emerger de la niebla. El mundo de los grises quedó atrás, ahora la montaña blanquísima, con su cresta de piedra, se recortaba nítida sobre el azul impecable.

Instructor... es más convencional que en mi novela. Prefiero al Carmelo trashumante; aunque no sé, éste es más pintón que mi personaje y también más viejo.

- ¿A... a vos te hubiera gustado trabajar en un circo? - le pregunté.

- ¡En un circo! ¿Por qué?

- Es que... No, es por algo que estoy escribiendo.

- Bueno, tan mal papel no hubiera hecho; en mis buenas épocas hice esquí acrobático y también teatro, en Buenos Aires. Pero eso fue hace tanto tiempo - sonrió con nostalgia - ahora ni tiempo para dedicarme al teatro tengo.

- ¿Qué obra te gustaría hacer?

- No sé... en este momento creo que me interesaría más dirigir una obra y ponerla, pero al aire libre, en un lugar como el anfiteatro.

- ¿Dónde queda?

- Tenés que haberlo visto; yendo a Buenos Aires es justo antes del Valle Encantado.

Estábamos tan distraídos charlando que cuando quisimos acordar la silla había llegado al final del último tramo, (donde no queda otra que largarla y deslizarse esquiando) y con nosotros todavía sentados comenzaba a dar la vuelta para bajar. Carmelo entonces, alzó de un golpe la barra protectora y se tiró de un salto al vacío al tiempo que me gritaba:

- ¡Quedate! ¡Ahora van a parar!

Efectivamente, cuando desde el puesto de control vieron a este loco que se largaba con la silla andando, detuvieron el mecanismo y yo pude bajar en un lugar menos complicado. Me esperó muerto de risa pero agarrándose un brazo.

- ¿Qué te...? Te hiciste mierda.

- Un poco. ¿Vamos al T-Bar?

- ¿Allá abajo?

- Sí, está funcionando.

- No... No me animo.

- ¿Cómo?

- Yo... bueno, es que siempre me caigo en los T-Bar.

- No me vas a decir que subís hasta aquí y no vas al T-Bar.

- Sí. Sí te digo.

- Pero entonces ¿qué esquías? ¡Un cuarto de montaña!

- Es que me embola caerme, los que vienen atrás te dicen de todo y es un papelón.

- Vení, dale, aprovecharé que hoy no sé cómo han conectado dos neuronas y no sólo hay buena nieve sino que andan todos los medios.

- ¿Y si me caigo?

- Yo te prometo que no te vas a caer; no podés perder esta oportunidad, pensá que cuando vengan todos los chetos de Buenos Aires no se va a poder esquiar por las colas y además yo voy a estar trabajando.

- Te puedo contratar como profesor particular - le dije mientras nos deslizábamos por la enorme olla de nieve que hay que cruzar para llegar al T-Bar.

- Soy carísimo - me gritó riéndose mientras se ubicaba delante de mí para que lo siguiera. Desde ese lugar podíamos ver los dos lagos rodeando la montaña. De pronto tomé conciencia de que en ese momento era absolutamente feliz.

Cuando llegamos al T-Bar Carmelo agarró el ancla y me ubicó, como a los chicos, entre sus piernas para evitar que mis esquís se desviaran durante el ascenso.

- Apoyate en mí todo lo que quieras, pero no te sientes - me advirtió - si te sentás nos vamos al suelo. Y por supuesto nos caímos antes de llegar. De todas maneras esa tarde aprendí a subir con la famosa ancla y, a partir de ese momento, miré con infinito desprecio a los torpes que no podían.

Nunca había disfrutado tanto; a Martín lo sacaba de quicio esquiar conmigo, en cambio Carmelo me transmitía seguridad y era tierno y muy paciente con mis temores.

- Vamos hasta allá - me dijo señalando una de las huellas que, bordeando la montaña, empalma con una pista. Era hora de volver.

- Seguime - gritó deslizándose primero y después me avisó:

- Ojo que hay hielo; clavá los cantos - y al ver mi cara de terror:

- Derrapá, derrapá que no te va a pasar nada.

Y comenzamos a bajar, sorteando *bumps*, él delante, esperándome cada tanto.

Me acompañó hasta el auto y antes de que arrancara se asomó a la ventanilla y me dijo:

- Ya sé a quién te parecés, a Ingrid Bergman.

- Oscar Rivera me decía eso.

- ¿Quién?

- Oscar Rivera, un pintor catalán que conocí hace tiempo en Buenos Aires, cuando trabajaba como periodista. Le hice una nota...

- Y se quiso acostar con vos.

- No... Sí. Pero justo en esa época lo conocí a Martín y dejé de verlo. A veces pienso que me gustaría encontrármelo, saber qué fue de su vida.

- Te lo prohíbo.

- No hay peligro; está en Barcelona.

- ¿Te escribe?

- No. ¿Estás celoso?

- Sí. Bueno, no; es lógico que le hayas gustado.

Con la excusa de que me daba clases nos encontramos muchas veces en el cerro. Yo, algo de esquí aprendí; ahora flexiono bien las rodillas y me largo por la temible pendiente tirando todo el peso del cuerpo al valle en vez de echarme, aterrada, para atrás; pero él no ganó un mango.

Por más que intenté demorar ciertas preguntas clave al final éstas llegaron.

- Decime ¿qué paso, qué se quebró entre vos y Martín?

- Pero... ¿Por qué lo decís?
- Y no ahora; esto no es de ahora, es de hace tiempo.
- Yo no... No sé de qué...
- Mirá Ingrid Bergman, vos a mí no me engañás haciéndote la payasa y hablando siempre en joda.
- Con vos no me hago la payasa ni hablo en...
- Está bien, conmigo no, pero con los demás.
- ...joda. Pero además ¿qué sabés vos de nosotros?
- No sé nada pero siento que vos estás muy sola; que necesitás desesperadamente a alguien.
- Lo tengo a Martín junior.
- No me refiero al amor maternal, ¿qué pasa con tu marido?
- Nada... Nosotros...
- Ah.
- No seas tonto, quiero decir que nosotros... que ahora Martín está mejor, pero...
- ¿Por qué está mejor? ¿Qué tuvo?
- Depresión; estuvo muy mal y ...
- No me cuentes si no querés; no quiero...
- No, si me hace bien. Estábamos a punto de separarnos y descubrí que me había quedado embarazada. Fue tal vez una manera inconsciente de postergar algo, no sé... No sé tampoco si hicimos bien en darnos más tiempo. Estamos mejor pero yo a veces... no sé, siento como una asfixia. El... él puede llegar a ser muy autodestructivo. Por eso me aferro a esta novela que estoy escribiendo, para no pensar en nosotros.

Cuando lo conocí Martín era, según las críticas: “uno de los actores jóvenes más promisorios de su generación...”

Yo nunca había salido con un tipo tan buen mozo y me halagaba gustarle. Después, cuando fuimos pareja, me sentí importante, poderosa, y descubrí que era una sensación interesante. Tan interesante que le hice caso y dejé mi trabajo en la revista.

Ese fue mi primer error, porque Martín no resultó ser un príncipe azul precisamente. Era un depresivo que tomaba bastante y que ya comenzaba a descuidar sus compromisos de trabajo. Fue su época de la televisión y ahí comenzó la decadencia. Agarraba cualquier cosa: telenovelas, avisos, y me lo echaba en cara. Lo hacía, según él, porque necesitábamos la plata.

A veces, cuando lo oía volver borracho, después de alguna grabación, me encerraba en el cuarto.

Nunca me voy a olvidar una noche en que me golpeó. De mi nariz comenzó a brotar sangre, me incorporé y di unos pasos hacia el baño, él me siguió tambaleante. Al oírlo detrás de mí giré y me aparté para evitarlo; tuvo que agarrarse a la puerta para no caerse. Yo lo único que quería era encerrarme en el baño pero él se me tiró encima:

- Sé que estoy borracho en este momento - farfulló - pero eso no cambia las cosas; soy tu marido y no me gusta que mi mujer me rechace - y se apoyó contra mí.

Me asusté y empecé a patearlo histéricamente hasta que logré escabullirme.

Lo sentí respirar con dificultad mientras por fin abría la puerta del baño y entraba, poniéndome a salvo, pero cuando intenté cerrarla el peso de su cuerpo fue más fuerte. Creo que grité.

- Por qué me casé con vos ¿eh? Ni siquiera un hijo me has dado.

- Basta, basta - le rogué cubriéndome la cara para atajar los cachetazos.

- Te conozco a vos, son todas iguales, decime putita ¿con quién me engañás? - masculló enardecido.

Al día siguiente me fui. Recién un tiempo después, cuando arreglamos un encuentro para conversar civilizadamente, me enteré de que él no recordaba nada. Para ese entonces mis sospechas de embarazo eran bastante firmes y se lo dije. Él, entonces, me prometió cambiar. Comenzó a tratarse y, al poco de nacer Martín junior, terminó su carrera (le faltaban cuatro materias para recibirse). Un par de años más tarde decidimos venir al sur.

- ¿Por qué no nos vamos unos días a Buenos Aires? - me propuso Martín - los viejos lo reclaman a Martín junior y a vos te vendría bien descansar un poco.

- No puedo - contesté - tengo que meterle pata a la novela y terminarla de una vez. En realidad, no vendría nada mal que ustedes se fueran - le sugerí - así yo puedo trabajar más tranquila; me falta resolver algunas cosas del final y el título.

Terminé de decirlo y, aunque era cierto, me sentí asquerosamente hipócrita; sabía muy bien que en cuanto ellos se fueran aparecería Carmelo.

Y al día siguiente de que los Martines partieron a Buenos Aires, vino. Yo justo acababa de terminar su escena con Francisca en el río.

- Vamos a esquiar - me propuso.

- Yo no soy libre - contesté en voz baja pero recalando las palabras.

- ¿Ni siquiera para ir a esquiar?

- No puedo - dije sin mucha convicción, repitiendo las palabras que le acababa de

hacer decir a Francisca en la novela.

- A las doce, te paso a buscar a las doce - insistió él igual que el Carmelo de la ficción; y me molestó y al mismo tiempo me encantó esa insolente seguridad respecto a mí. A las doce subí a su auto como una autómatas. Un poco antes de llegar al cerro empezó a nevar.

- Está nevando - dije estúpidamente.

- Sí y aquí no debe andar nada; vamos a mi cabaña que está acá nomás, quiero que la conozcas.

- Volvamos - pedí.

- ¿Qué pasa? - sonrió, atrayéndome hacia él. Intenté separarme débilmente pero sin soltarme buscó mi boca. Su lengua porfió intentando que yo separara los dientes. Al principio me resistí pero después lo dejé y nos encontramos en un beso largo y profundo.

- No debí venir - dije apoyando mi cabeza contra su hombro.

Ya en la cabaña no me da tiempo a nada y empieza a abrazarme; tiene olor a nieve y a intemperie. De pronto siento miedo ¿qué estoy haciendo? Yo tendría que estar en mi casa, escribiendo, extrañando a Martín junior.

- No doy más - oigo que me dice - dejame.

Y me hace el amor sin desvestirnos casi. Todo está muy quieto y el silencio es impresionante. Sólo se oye su respiración galopando al compás de su urgencia. No me ha dado tiempo a gozar, todo ha sido muy rápido.

- Perdoname - dice - me has vuelto a la adolescencia.

Ahora enciende el fuego y comienza a desvestirme. Me niego. No quiero desnudarme para él; esto lo excita más y paradójicamente despierta en mí la necesidad de abrirme y gozar sin reservas con la difusa sensación de que será la única vez que estaremos juntos.

Después recuesta su cabeza en mi pecho y me acaricia lentamente.

Lo que se pierde en espontaneidad se gana en erotismo, pienso y también que es buena esta frase. Tendría que anotarla. Añoro mi libreta y la lapicera que están en el bolso pero no me animo a moverme. La olvidaré probablemente. Que más da.

Me acarició la mejilla y yo sonreí.

- ¿Por qué estás tan triste? - me reprochó.

- Todo esto me hace mal. Martín...

- Decime, ¿sigue tomando?

No le contesté. Se levantó entonces y adiviné su expresión sombría.

Yo he vivido esto, pensé. Lo escribí esta mañana, pero era Francisca la que hablaba; estaba en el río y hacía el amor con Carmelo. ¿Tendré temperamento flaubertiano como ella yo también?

- Ya no toma - dije por fin - pero me necesita. Necesita todo mi apoyo. Y ahora tengo bronca por haberme dejado llevar; te estoy jodiendo a vos, a él y me estoy jodiendo a mí misma.

- Yo también te necesito y no me arrepiento - dijo tomándome la cara, obligándome a que lo mirara.

- Vos sos libre Carmelo y nosotros no... no nos...

- No sigas...

- ... vamos a ver más...

- No quiero oírte.

- Va a ser mejor así. ¿Hasta cuándo vamos a seguir engañándonos todos? ¿Cuánto podemos durar así?

Mierda. ¿Por qué sigo repitiendo las palabras de Francisca? ¿Qué tiene que ver mi realidad con su ficción?

- No voy a dejar que te vayas.

- ¿Dentro de cuánto tiempo te hartarías?

- Nunca - dijo con voz ahogada hundiendo su cara en mi cuello.

Volvimos en silencio. Cada tanto él besaba una de mis manos que mantenía aferrada.

- Los sueños son como una doble vida - me dice Martín -, en Buenos Aires tuve uno increíble, una pesadilla.

- Contame.

- Soñé que caminaba por el escenario vacío, después de uno de los ensayos de Macbeth, en el San Martín y que, detrás de la cámara negra, entre bastidores, estaba el cuerpo de Oscar Rivero que hacía de Banquo, ¿te acordás los celos que yo le tenía a ese tipo?

- Me acuerdo.

- ¿Qué tenía que hacer ahí me querés decir?

- No tengo la menor idea.

- Bueno, después de todo él y vos...

- Ah no; no vas a reflotar eso ahora. Además fue antes de conocerte.

- Pero esto es un sueño.

- Justamente. ¿Y vos, de quién hacías?

- Era uno de los asesinos, creo, y lo había matado a Oscar durante el ensayo. Estaba convencido de que tenía algo con vos.

- ¿Y?

- Algunas cosas me las acuerdo bien y otras no porque en los sueños todo es bastante confuso, ¿viste?

- ¿Pero qué pasaba?

- Bueno, al parecer yo lo había matado durante el ensayo de la escena de la emboscada, de eso no tengo dudas; y nadie se había dado cuenta. Pero el cuerpo seguía allí y a mí eso me ponía muy nervioso. Tenía miedo de que en cualquier momento lo descubrieran. Entonces iba y te contaba todo a vos que te estabas maquillando para salir a escena porque eras Lady Macbeth.

- ¿Yo?

- Sí, vos. De eso me acuerdo perfecto.

- ¿Cómo estaba vestida?

- Qué sé yo. Mirá las cosas que preguntás. Tenías el pelo suelto como a mí me gusta.

- ¿Y yo qué te decía?

- Me escuchabas, resignada, mirándome a través del espejo mientras te pintabas como si andar matando gente por ahí fuera la cosa más normal del mundo. Lo único que te preocupaba era que no te hiciera quedar mal.

- Andá... Estás macaneando.

- En serio; después llegaban, escuchá bien: Cipriano...

- No.

- Yolanda, Carmelo San Román, Francisca, Salomé y ya no me acuerdo quiénes más; también actuaban, ¿qué tal? Vamos todavía...

- Es genial, un Macbeth con Oscar Rivera, los San Román y los Mirola...

- Todos ponderaban la escena de la emboscada y me felicitaban porque había salido muy real. Yo pensaba que me lo decían en joda porque ya sabían la verdad y eso me angustiaba mucho más. Después vos te ponías a hablar en voz baja con Carmelo y yo me preguntaba, aterrado, si me delatarían. En eso daban luz de sala y oíamos el rumor del público. Todos estábamos ansiosos esperando salir a escena de un momento a otro. Mi corazón galopaba. De pronto, en un rincón, entre bastidores, te vi. Mejor dicho: los vi.

- ¿A quiénes?

- Y no lo quería creer.

- ¿Qué? ¿Qué no querías creer?

- Te veía a vos en el suelo, revolcándote con Carmelo. Sí, con Carmelo San Román y yo como un boludo había matado al otro. Quería romperle el alma pero ahí, justo antes de salir a escena, no podía hacer nada. Nada más que putear. Agazapado, expectante, me veía saltando a la arena de ese circo donde todas las noches estaría condenado a matar, equivocadamente, a Oscar Rivera.

1978. Este año vino cargadito. Primero el circo del Mundial y, ahora estos trenes macabros trayendo al “teatro de operaciones” cientos de ataúdes vacíos para los muchachos que van a morir en la guerra con Chile.

Anoche hubo simulacro de oscurecimiento y están requisando autos y camiones.

También se rumorea que van a racionar el combustible.

Nuestra situación es crítica. Tendría que estar preocupada pero no puedo; las cosas suceden de una manera irreal, como en las películas. Martín se quedó sin laburo, sus patronos son chilenos y tuvieron que irse. Y por el momento no hay más perspectivas a la vista, sólo mangrullos construidos laboriosamente por los soldados para ocupar su tiempo antes de que ocupen esos ataúdes traídos especialmente.

Cuando todo se presenta tan catastrófico lo único que se me ocurre es gastar alegremente la poca guita que nos queda y llenar un bidón de nafta y otro de querosén que, según Martín, no nos servirá para nada. También compré una botella de whisky y chocolate. Ahora dejar que la voz de Freddie Mercury invada, “Love of my life” consuela. Por lo menos moriremos felices.

No, los milicos no son buenos operadores turísticos, ellos se sienten como San Martín antes del cruce de los Andes; aunque supongo que el padre de la patria se hubiera avivado de que un mangrullo con una montaña delante sólo puede llegar a cumplir fines decorativos.

XX

---

*MONJA CON CHAPARRÓN*

Yolanda Monterroso de Mirola, insiste en que sus alumnos tienen que hacerme un reportaje; Cipriano también quiere que vaya a la radio.

- Es que aquí nunca pasa nada – me confiesa con candorosa honestidad – entonces aunque la literatura no les interesa vio, porque son todos brutos, a usted hay que aprovecharla.

Reportajes, bla, bla, bla... Nadie *dice* la verdad en una entrevista. *At least* nadie *se dice* la verdad; yo tampoco, por eso cuando mi ascendente sagitario oye las clásicas y temibles preguntas se estremece:

- ¿Por qué escribe?

- No sé, supongo que escribo porque si no reviento – pero me callo lo de las voces, no les voy a decir que oigo voces porque van a pensar que quiero hacerme la Juana de Arco. Tampoco les puedo decir que escribo para no aburrirme.

- Escribir es una manera de tolerar la espera.

- ¿La espera de qué?

Me sobresalto, debo haber pensado en voz alta. Godot, me digo.

- Esperando a Godot.

- ¿Cómo?

- La espera de la muerte – contesto y suena muy dramático y no me gusta, entonces agrego:

- Pero también escribo porque es una actividad barata, y aparte del lápiz y el papel no dependo más que de mí misma.

Creo que ésta es una razón más que suficiente, y además no se puede vivir sin razón y mucho menos sin una razón; el hecho de escribir tal vez me otorgue la razón de la sinrazón...

- ¿Fue a la universidad?

Venía bien el jueguito de palabras, pero ahora me perdí.

- ¿Estudió letras?

- Hice todo al revés: en vez de estudiar letras seguí la carrera de Bellas Artes y dos años antes de recibirme largué todo a la mierda, perdón, soy muy mal hablada. Estudié francés que no me sirve para nada y sabiendo que un poeta es un cartero envuelto en llamas, como dice Blaisten; sabiendo eso, escribí poemas. Después me casé con un tirado igual que yo; incapaz de hacer guita, igual que yo. En cambio hicimos un hijo adorable que esperamos no sea igual a nosotros y nos vinimos a Mallín del Gringo lo cual, probablemente, es otra insensatez.

- ¿Qué está escribiendo ahora?

- Una novela.

- Tengo entendido que se inspira en hechos y personajes de Mallín del Gringo, ¿qué puede decir al respecto?

- He tomado algunos personajes y situaciones como punto de partida, pero nada más. Además la mayor parte de esta novela sucede entre los años cuarenta y los sesenta.

- ¿Es feliz un escritor?

- Bueno, no sé, no soy un hombre – risas – aunque supongo que para el caso es lo mismo. En realidad no sé, la felicidad es algo subjetivo. Yo sólo sé que a mí el *no escribir* me haría profundamente desgraciada; “il mio supplizio è quando non mi credo in armonia...”, dijo Ungaretti y creo que ahí está la clave. Pero no adhiero a la visión romántica del artista sufriente, por la simple razón de que la encuentro de una petulancia

insoportable. Creo que los escritores no sufren ni más ni menos que las demás personas; y por lo menos tienen la posibilidad de transformar el sufrimiento en algo interesante.

- ¿Qué piensa de los escritores que ganan plata con sus libros? ¿De los *best seller*?

- Los envidio. Me encantaría poder ganar plata con mis libros, sin embargo no podría escribir con ese objetivo porque me sentiría atada de pies y manos. Una de las cosas apasionantes del acto de escribir es justamente la libertad. El hecho de poder decir lo que quiero y como quiero; de lo contrario es nada más que un oficio. En cuanto a lo que hacen los demás es asunto de ellos. Arnold Bennet pronosticó la genialidad de Faulkner y dijo que escribía como un ángel, pero el escritor confesó que nos obsequió con la serie de truculencias de *Sanctuary* con una sola finalidad: ganar gaita; y lo logró porque fue una de sus obras más leídas. Pero Arnold Bennet tenía razón: Faulkner era un genio. En cambio Mary Wollestonecraft, la segunda mujer de Shelley, escribió un *best seller* sin querer: *Frankenstein*.

Por otra parte, Rimbaud intentó el tráfico de armas y se rumoreó que el de esclavos (*by the way*, Verlaine ya le había descerrajado un tiro); Jean Genet fue ladrón, drogadicto y pederasta; Heidegger y Pound, fascistas, y allá por 1916, Ungaretti aceptó que Mussolini prologara “Il porto sepolto”.

Nadie es perfecto sin duda, y la lista podría ser interminable; muchos escritores se taponaron los ojos y los oídos y aceptaron infamias enarboladas como necesarias por los totalitarismos de turno; al lado de todo eso querer ganarse la vida escribiendo suena más que razonable. Lo que pasa es que escribir, tal como yo lo entiendo, escribir lo que quiero y como quiero no es ni inocente ni razonable; es como esquiar. Se siente vértigo. Miedo y placer juntos porque en cada impulso, al avanzar, uno encara la máxima pendiente; es un segundo apenas, pero hay que vencer ese vértigo. ¿Cómo? Arremetiendo contra ese vacío justamente. Todo lo contrario de lo que indica la cordura. Pero nadie cuerdo escribe o esquía.

Las preguntas de los reportajes siempre son las mismas, habría que plantearlas por el lado del absurdo; por ejemplo: ¿En qué se parecen un chaparrón y una monja medio dormida?

¿En qué se parecieron, alguna vez, un chaparrón y una monja medio dormida? Lea lo que sigue y saque sus conclusiones:

Cuando murió Perón todavía estábamos en Buenos Aires. Vivíamos en pleno centro, en la calle Paraguay. Al día siguiente del reconocimiento oficial de su muerte esa calle, que formaba parte del recorrido previsto ante el féretro, estuvo ocupada, lado a lado, por una columna compacta de chicas y muchachos de la Juventud Peronista.

A pesar del célebre “¡Imberbes!” del Viejo quisieron rendirle homenaje, porque probablemente el epíteto lo habría sugerido López Rega, o Isabelita; la famosa dialéctica de Perón seguía funcionando aún después de su muerte.

La columna de la calle Paraguay respondía a jefes de grupo que supervisaban el desarrollo más o menos ordenado del acontecimiento y avanzaba muy lentamente hasta la 9 de Julio.

En la cuadra donde vivíamos hay una casa que pertenece a una congregación

religiosa y que aloja a unas cuantas monjas.

Esa noche, alguien, presumiblemente de algún edificio vecino, se coló por los techos, en el mejor estilo Batman, hasta la azotea del convento y desde allí, tiró sobre la gente, en el mejor estilo facho, dos pastillas encendidas de gamexane.

La columna se encrespó enardecida, pero los jefes del grupo lograron apaciguar y demorar la legítima protesta, al tiempo que solicitaban la presencia de la policía.

Aparecen ambulancias, coches celulares, reflectores apuntando a techos y balcones y, por fin, un grupo de efectivos policiales, al mejor estilo Swat que avanza decididamente sobre el convento. Gran silencio gran. Van a entrar a sangre y a fuego para llegar a la azotea y capturar al hijo de puta. Expectativa. La cosa se pone interesante.

Armados hasta los dientes los Swat llegan a la puerta del convento y... tocan el timbre.

Esperan cortésmente con la multitud embravecida, y contenida a duras penas, a sus espaldas. Nada. Nadie contesta. Educadamente tocan de nuevo el timbre. Esperan otro rato; de pronto ruido de llaves y cerrojos. En la puerta se descubre una mirilla. El Rambo que comanda el grupo habla con alguien que está al otro lado. La mirilla vuelve a cerrarse. Los Swat se retiran del lugar sin dar explicaciones.

Nunca sabremos que le dijo la monja semidormida ni como, afuera, los jefes del grupo lograron contener a toda esa gente que pocos momentos antes aullaba: “¡Paredón, paredón!”.

A la madrugada cayó una lluvia torrencial y hubo un intento de asalto por parte de algunos grupos dispersos que comenzaron a golpear las puertas cerradas de los edificios a la voz de:

“¡Abran guachos, déjennos entrar!”.

Pasados unos minutos la columna, o lo que quedaba de ella, se disolvió.

Conclusión:

un chaparrón y una monja medio dormida se parecieron alguna vez en que podían llegar a ser elementos disuasorios. Pero sólo alguna vez y hace mucho tiempo. Cuando murió Perón la represión recién comenzaba. Ahora hay monjas desaparecidas, y me pregunto cuántos de esos chicos y chicas de aquella columna de la calle Paraguay están en este momento en algún chupadero o en el fondo del río.

XXI

---

*FICCIÓN, REALIDAD*

“La primera actriz. (Entrando por la derecha.)  
*¡Está muerto! ¡Pobre muchacho! ¡Oh, qué cosa terrible!*

El primer actor. (Entrando por la izquierda, riendo.)  
*¡Qué muerto ni qué muerto! ¡Ficción! ¡Ficción! ¡No le crean!*

Los actores. (Desde la derecha.)  
*¡No! ¡Realidad! ¡Ha muerto!*

Otros actores. (Desde la izquierda.)  
*¡No! ¡Ficción! ¡Ficción!*

El padre. (Se levanta y grita, entre las voces de ellos.)  
*¡Pero qué ficción! ¡Realidad, realidad, señores!*  
(Desaparece, desesperado, por el fondo.)

El Director. (Airado, sin poder contenerse más.)  
*¡Ficción! ¡Realidad! ¡Váyanse todos al diablo! ¡Luz! ¡Luz!”*

Luigi Pirandello – *Seis personajes en busca de autor*

El conflicto con Chile se frenó justo a tiempo, pero estuvimos a esto. Es que el eslógan: “venga a disfrutar de la guerra” no funciona; en Mallín del Gringo no ha quedado nadie, sólo soldados, hepatitis y folclóricos mangrullos en medio de la cordillera.

Me falta poco para terminar la novela; en mi ficción ya han pasado unos dos años desde que murió Gregorio y ahora debería venir un monólogo de Cándido que podría empezar así:

*La Francisca se va a la capital por unos días y que yo me quedo con el Carmelo pero yo no la entendí eso del Carmelo pero si nostá le contesté no tea cordá que se jué con el circo eso jué hace tiempo me dijo pero ya golvió ese no es el Carmelo pensé yo porque hay cosas que no intiendo es mi padre no ves que el Carmelo nunca llevó los bigote...*

*- Pero ahora sí, y se parece mucho a Gregorio, pero no es él; tu padre murió, Cándido. Murió.*

*Pero a mí se me hace que me quieren hacer creer que mi papá murió se piensan que soy tonto se piensan él no era hombre de morirse no señor así que falleció le digo...*

*- Sí; estuvo muy enfermo y murió. En el hospital.*

*Cómo que falleció. Que de veras falleció y entonce vo estas con el Carmelo ahora le digo llorando y ella que se me queda mirando con tamaños ojos pero a mí no miengaña yo los viaustede una vez en el río le digo y ella no me contestó pero yo me sé muchas cosa...*

Y para concluir el argumento, esa noche, después que la dejó a Francisca en la estación, Carmelo puede haberse quedado a comer en lo de los Mirola. Probablemente ella le comentó su conversación con Cándido y él no le dio mayor importancia. Volvió tarde a “La Estancia”, cerca de las dos.

*Al llegar a la tranquera lo vio. Estaba ahí estúpidamente apoyado en su guadaña, con su sonrisa parpadeante, bajo la podrida tabla de ciprés que todavía ostentaba el premonitorio “VOLVERÁN” de Francisca. Pero Cándido, ahora encandilado por los faros, no le abría.*

*Debe estar en pedo, pensó Carmelo. Pero en cuanto se bajó del auto se le fue encima:*

*- Ande está mi padre.*

*- Papá murió, Cándido; ya te lo dijimos.*

*- ¿Y quién lo mató? ¿Eh?*

*¿Qué bicho le pica a éste? Carmelo lo apartó.*

*- Nadie Cándido. ¿Qué te pasa macho? Papá murió de un ataque.*

*- Vo le está robando la Francisca a mi padre.*

*- Yo no le robo nada a nadie Cándido – por ahí venía la mano – papá está muerto, murió de un ataque hace tiem...*

*Cándido no lo dejó terminar; alzó la guadaña y golpeó con todas sus fuerzas la base de la cuchilla contra la frente de Carmelo. Este alcanzó a esquivar en parte el golpe y la guadaña le dio en el hombro y se estrelló contra el capot del auto.*

*- Estás loco... – balbuceó Carmelo estupefacto. Cándido volvió a golpearlo con fuerza, esta vez en la sien. Carmelo avanzó unos pasos, se agarró la cabeza; la oreja colgaba como un despojo y sus manos comenzaron a teñirse de sangre. Entonces se encorvó, tambaleante y cayó de bruces al lado del auto.*

*Cándido lo golpeó en la cabeza una vez más y soltó la guadaña. Después sorteó el cuerpo de su hermano; ya no le interesaba Carmelo, ahora lo que le llamaba poderosamente la atención era el auto que todavía estaba en marcha. Subió y apretó el acelerador.*

*Alborozado comprobó que avanzaba. Atravesó a los tumbos la tranquera y aceleró más, mucho más. Al llegar a la curva de la arboleda siguió de largo y se estrelló de frente con el pilar de cemento de la conexión eléctrica. El tórax se incrustó contra el volante.*

Esta maldita costumbre de imaginar las muertes de las personas que quiero, pero de imaginarlas hasta las lágrimas, sí; llorando como una estúpida y después verlas, como ahora a Carmelo que ha venido a visitarme y me mira sonriente y yo no le digo nada porque no entendería. No, no entendería que está fuera de lugar aquí.

Durante una estada de verano en Suiza, en 1816, la esposa del poeta Percy Shelley, imaginó una novela notable: Frankenstein. La publicaría dos años después en medio de acontecimientos domésticos azarosos y, por momentos, dramáticos.

En el prólogo, Mary Shelley se siente obligada a declarar que no le debe a su marido, la indicación de un solo incidente de esa novela. Confiesa, sin embargo, que de no haber sido por su estímulo, eso no habría tomado nunca la forma en que se presentó al mundo. También cuenta que la idea de la obra fue germinando en ella a partir de una propuesta de Lord Byron, vecino de la pareja, en Suiza, de “escribir cada uno un cuento de aparecidos”.

Literalmente, lo único comprobable es que “eso”, hoy día un clásico de novela gótica, es de lejos lo mejor que escribió Mary. Pero, como suele suceder, la intención moral que quiso otorgar a su novela no prevaleció sobre la sorprendente estructura de fantasía y terror que articula todo el relato y que el cine aprovechó, un siglo después, con mayor o menor fortuna según los casos. Sin querer, Mary escribió un *best seller*.

En 1931, James Whale filmó la tercera versión de Frankenstein. Para ello contrató a un desconocido que actuó bajo el seudónimo de Boris Karlof, y agregó a la trama una escena de escalofriante belleza: el monstruo se topa con una dulce niña y ambos se entretienen arrojando flores a un lago. Pero la belleza pronto se trueca en horror porque el monstruo decide que la niña también es una flor y en consecuencia la arroja al lago.

El tiempo y la memoria suelen actuar como un calidoscopio que a veces conjuga simétricamente, imágenes dispersas. En mi memoria esa escena del Frankenstein de Whale y Karlof convoca a otras dos. La primera transcurre en la habitación de una casa donde pasé la infancia. Llamábamos “escritorio” a esa habitación, aunque nunca albergó tal mueble sino unos cortinados de terciopelo rojo, un piano y un esqueleto.

En el piano mi madre interpretaba a los románticos. Para ella, ese Steinway and Son’s de media cola era insospechable. En cambio nunca logró saber la identidad del esqueleto, una adquisición de Julio, mi hermano, que estudiaba medicina.

Este hecho que provocaba en nosotros las más variadas conjeturas, a mamá, preocupada por el origen de las personas, le inspiraba particular desconfianza.

Mi padre, que no tenía esos prejuicios, había decretado filosóficamente que la convivencia con la osamenta era instructiva y hasta saludable porque suscitaba en la familia reflexiones metafísicas.

Una mañana, por alguna razón que ahora se me escapa, me escondí debajo del piano y pude observar sin ser vista a mi hermana, una criatura rubia, angelical, teatralmente enmarcada por los cortinados de terciopelo rojo, conversando animadamente con el esqueleto. Podría jurar que éste le sonreía.

La segunda escena está geográficamente, lejos de esa casa y más cerca en el tiempo.

Hemos recalado en el sur con mi marido, concretamente en el Mallín del Gringo, paraje bautizado así porque afirman que aquí Butch Cassidy se detuvo a dar agua a su caballo.

Igual que el Conde Olinos, aunque no tanto lo del Conde era a orillas del mar, y además los personajes son otros; diminuto en medio de un bosque admirable veo a mi hijo.

Como mi hermana en la escena del piano es rubio, angelical y está hablando. Le habla sin parar a Cándido San Román que se ofreció para limpiar de mosqueta y otras plagas rastreras, nuestro sueño hecho realidad de un bosque propio.

Cándido, a quien no hemos podido arrancar más que los pocos monosílabos que requirió el trato, descansa cada tanto a poyado en su temible y emblemática guadaña y lo observa rascándose perplejo la cabeza, como si le pareciera imposible que de esa pequeñez pudieran surgir tantas palabras.

El tumulto de un arroyo y el oleaje del viento entre los coihues y cipreses gigantescos me impiden oír el infinito monólogo de Martín junior, pero me queda grabado el contraste entre su verborrágica fragilidad y la muda fiereza del hombre.

Después me distraigo. Mi marido está colocando, por fin, un piso de lajas alrededor de nuestra cabaña y yo he resuelto terminar hoy el último capítulo de mi novela, de manera que, confiada en el Cándido de la vida real, reanudo el teclear de la máquina y me olvido por completo de mi hijo.

Más tarde, al buscarlo en el lugar donde lo dejé con Cándido no lo encontré. Ninguno de los dos estaba.

El atardecer en un bosque es tristísimo. Con la desaparición de los últimos rayos de sol entre los árboles comienza una congoja indefinible. Empecé a correr llamándolos; me angustió la certeza de que la oscuridad pronto se instalaría cerrada y amenazante. Desesperada llegué al lago; allí estaban, en la orilla, tirando piedras al agua. Mi hijo seguía hablando. Cándido San Román le sonreía; creo que jamás me acostumbraré a estos atardeceres.

Ya en la cabaña, cuyas ventanas todavía no tienen ni postigos ni cortinas, me pareció que mil ojos nos acechaban desde la oscuridad.

Mi marido decidió ir al cine y yo, aunque sobresaltada, me dormí temprano. Soñé que estaba en aquella casa de mi infancia con Martín junior que, por momentos, también era mi hermana. Por alguna razón que ahora ya no recuerdo nos escondíamos debajo del piano y presenciábamos cómo, contra el fondo teatral de los cortinados de terciopelo rojo, la sonriente mueca del esqueleto se transformaba en la sonrisa incierta de Cándido San Román.

Cerca de la madrugada algo me despertó; casi enseguida un grito desgarrador se dejó oír y después de repitió varias veces. Quise despertar a Martín, pero no estaba. No había vuelto todavía y ya un silencio imponente borraba todo vestigio de aquellos alaridos. No me volví a dormir hasta que lo sentí llegar.

A la mañana, cuando me levante, ya se había ido. Yo sabía que recién vendría a la tarde porque, por suerte, había enganchado la administración de otro campo.

Después de almorzar jugamos a la pelota con Martín junior y cuando lo acosté a dormir la siesta me puse a corregir el manuscrito.

Mi marido no llegaba y ya empezaba a preocuparme cuando escuché el ruido del auto; al rato apareció en la puerta y murmuró:

- Pasó algo terrible.
- Los gritos – dije.
- Qué gritos.
- Oí unos gritos impresionantes esta madrugada.
- Debe haber sido Carmelo.
- ¿Cómo?
- El que gritó debe haber sido Carmelo.
- No entiendo ¿por qué?
- Lo mataron. Parece que fue Cándido.

Lo miré sin entender. Sentí que comenzaba a temblar.

- ¿A quién?

- A Carmelo. Alguien lo esperó en la tranquera esta madrugada y le dio con una guadaña o algo parecido.

- ¿Cómo? – balbucee.

- Tiene la cabeza deshecha; así y todo alcanzó a arrastrarse hasta la ruta pidiendo ayuda. Esos deben haber sido los gritos que oíste.

Después Martín me preguntó algo. Nunca sabré qué. Me escuché a mí misma contestándole como en un eco. No podía soportarlo. Quería golpearme contra las paredes. Pero fui a nuestro cuarto y me quedé quieta, sentada en la cama, vestida, mirando sin ver por la ventana el paredón rocoso de la montaña que ya empezaba a ensombrecer.

No podía ni pensar ni dormir y me quedé quieta, mirando.

El frío me despertó horas más tarde. Estaba exhausta. La novela, pensé; quiero quemarla.

Me levanté de la cama, agarré el manuscrito y fui hasta la chimenea. Las ciento treinta y siete hojas de papel, tamaño oficio, se enroscaron al arder como negándose a la disolución y a la muerte, y un fulgurante resplandor rojizo iluminó la habitación.

Después volví a la cama, me metí bajo las cobijas y me dormí.

A la madrugada Martín se levantó, lo oí atizar el fuego. Finalmente me llamó con suavidad para ofrecerme unos mates. Contesté como si estuviera dormida.

El “Noticias del Mallín” informó de la muerte de Carmelo y si bien todas las sospechas recaen sobre su hermano no hay pruebas.

Según la policía la guadaña de Cándido, a quien no han podido sonsacar nada coherente, no es el arma homicida. Tampoco en el auto encontraron huellas que puedan dar una pista.

Como todos aquí, yo creo que a Carmelo lo mató su hermano; lo anticipé además, premonitoriamente, en la novela que destruí. Pero a veces se me da por pensar que, de haberse enterado de lo nuestro, tal vez Martín...No. No sé. No me atrevo a imaginarlo y ahora mismo me horroriza haber teclado estas palabras; no puedo verlas sobre el papel. De todas maneras presiento que serán las últimas, no me siento capaz... No me siento capaz de seguir escribiendo.

## PRIMERA SOLAPA

Algunos juicios sobre la prosa de Luisa Peluffo:

... libro de medición, riguroso y terso, límpido y poético; metáfora del país que reflexiona sobre el lenguaje y nos muestra la pericia de la autora...

*Isidoro Blaisten*

Una novela muy original, en su propuesta y resolución... tiene naturalidad narrativa: fluye.

*Juan Forn*

... historias a la vez disparatadas, tiernas y violentas o tan leves como la voz de la imaginación, protagonizadas por figuras simultáneamente legendarias y llenas de carnadura. Un orbe mágico que en cada línea testimonia la felicidad de crear desde un lugar de la escritura a la vez lúcido, consciente y libre...

*Cristina Piña*

... resulta notable cómo Peluffo inicia una narración simple y lineal que se va complicando mediante aditamentos y desvíos, y cómo triunfa en esa tarea de crearse dificultades y luego trascenderlas, convirtiendo el discurso en un diseño sugerentemente restaurador de la buena literatura.

*María Esther de Miguel*

Con esta novela Luisa Peluffo ingresa con todos los honores en el territorio de la gran literatura.

*Nilda Sosa*

... eres una gran autora de milagros... original y sensible... gran novela... ¡Bravo!

*Gloria Alcorta*

## SEGUNDA SOLAPA

Luis Peluffo nació en Capital Federal. En el año 1977 se trasladó a San Carlos de Bariloche, donde reside actualmente.

Ha publicado:

Materia Viva, poemas, Editorial Schapire, 1976.

Conspiraciones, cuentos, Primer Premio en el concurso “Victoria Ocampo”, 1980; primera edición. Fundación Banco de la Provincia de Buenos Aires (1982); segunda edición, Fondo Editorial Rionegrino (1989)

Materia de Revelaciones, poemas, Editorial Botella del Mar, 1983.

Todo Eso Oyes, novela, Premio Literario Emecé 1988-89, Editorial Emecé, 1989.

La Otra Orilla, poemas, Premio Regional de Poesía Fondo Nacional de las Artes 1988, Editorial Último Reino (1991).

Diseño de cubierta: Peter Tjebbes

## CONTRATAPA

### VOCES DEL PLATA

*Una escritora porteña decide ir a vivir a un pueblo de la Patagonia. Allí comienza a escribir una novela a partir de algunos datos que obtiene acerca de una tradicional familia de la zona.*

*Pero mientras va escribiendo la doble vida de la familia San Román e imaginando sus amores y andanzas tragicómicas, su propia realidad invade los borradores.*

*Cuando está por terminar su historia tiene oportunidad de conocer a los personajes que la animaron, y comprueba que lo que ha imaginado en los papeles tiene poco que ver con la vida real de éstos.*

*Sin poder evitarlo, se ve inmersa en la doble vida de su novela, porque se oye a sí misma repitiendo palabras y gestos de escenas que ya ha escrito y que culminan en un demoledor final que su ficción no ha previsto.*

*LA DOBLE VIDA en un verdadero "tour de force" que revela a una escritora profunda, aguda, y a la vez irónica y jovial.*

*Copyright Luisa Peluffo 1993*

*I.S.B.N. 950-08-1104-9*